
3 1761 08714018 2





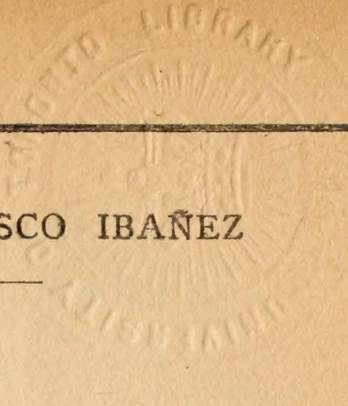
GUERRA SIN CUARTEL

# VICENTE BLASCO IBANEZ

## NOVELAS DE LA PRIMERA EPOCA

| | Pesetas |
|---|---|
| El conde Garci-Fernández | 5 |
| ¡Por la Patria! | 5 |
| Fantasías | 5 |
| El conde de Baselga | 5 |
| Él padre Claudio | 5 |
| El señor Avellaneda | 5 |
| El capitán Alvarez (dos tomos) | 10 |
| La señora de Quirós | 5 |
| Ricardito Baselga | 5 |
| Marujita Quirós | 5 |
| Juventud a la sombra de la vejez | 5 |
| En París | 5 |
| El casamiento de María | 5 |
| En el cráter del volcán | 5 |
| La hermosa liejesa | 5 |
| La explosión | 5 |
| Guerra sin cuartel | 5 |

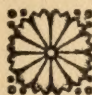
B6445g




VICENTE BLASCO IBAÑEZ

# GUERRA SIN CUARTEL

NOVELA



233752.
2.7.29

EDITORIAL COSMOPOLIS
APARTADO 3.030
MADRID



Imp. Zoila Ascasíbar. Martín de los Heros, 65.—Madrid.

# GUERRA SIN CUARTEL [1]

## I

### LA INSURRECCIÓN REALISTA

Conforme avanzaba el curso de la Revolución, iba extremándose la intransigencia realista y fanática de las provincias de Bretaña.

A principios de 1793, cuando el gobierno de la República funcionaba con regularidad, haciendo sentir su poder reformador a todos los departamentos de la Francia, aquellas provincias reaccionarias que habían de sostener la guerra llamada de la Vendé, ardían ya en el fuego de la insurrección, y las pequeñas partidas de bandidos que desde el año anterior merodeaban por los bosques, eran ahora engrosadas por los fanáticos furiosos y se daban el título de tropas del rey.

El anuncio del juicio de Luis XVI y su ejecu-

(1) Cuarta y última parte de la novela histórica «¡Viva la República!» cuyas partes primera, segunda y tercera se denominan respectivamente «En el cráter del volcán», «La hermosa liejesa» y «La Explosión».

ción en París vino a excitar la indignación de las masas vendeanas.

El hombre, a quien la nación entera llamaba Luis Capeto, fué condenado a la guillotina, y ochenta mil personas agrupadas en los muelles del Sena frente a la plaza de la Revolución, saludaron con fúnebre entusiasmo, al grito de ¡viva la República!, la cabeza ensangrentada que el verdugo les mostraba desde lo alto de la guillotina.

La Revolución era inexorable. Comprendía que para consolidar la República era preciso suprimir a los reyes, y al mismo tiempo quería, con este suplicio, vengar a los miles de patriotas que morían en las fronteras, luchando contra aquella coalición de los reyes, provocada y solicitada por la familia real de Francia.

La audacia asombrosa que demostraba la joven República ejecutando al destronado rey, levantó un alarido de indignación en toda la vieja Europa, que durante muchos siglos había presenciado impasible cómo se exterminaban pueblos enteros sobre los campos de batalla por cuestiones sin importancia.

Esta audacia de la Convención hizo que el año 93 comenzase para Francia en medio de los mayores peligros.

Nuevos soberanos entraron en la coalición de los reyes, cruzada monárquica que enviaba ejércitos y más ejércitos contra las fronteras de Francia sin éxito alguno, y al mismo tiempo produjo otra gue-

rra, que fué más terrible, por lo mismo que surgió en el seno de la nación.

Los conspiradores realistas, los emigrados, los curas refractarios y los obispos que habían huído de Francia, volvieron sus ojos a la Bretaña, comprendiendo que en aquel país ignorante y fanático, era donde debían desafiar a la Revolución.

Primero los bretones fueron agitados por una propaganda sorda que tenía su centro en Inglaterra. Los buques que anclaban en Nantes, traían proclamas y pastorales furibundas, de cuya circulación se encargaban los devotos, y al mismo tiempo los mayordomos y sirvientes de los nobles emigrados, iban de aldea en aldea con el rosario en la mano, anunciando a los escogidos la próxima llegada de sus señores para ponerse al frente de todos los campesinos de buena voluntad que quisieran tomar las armas en venganza del rey sacrificado y en defensa de Dios escarnecido.

La propaganda realista adquirió un tono más violento y público. La República necesitaba su ejército para enviarlo a la frontera y las autoridades de Bretaña no tenían otra fuerza para hacerse obedecer que algunas compañías de gendarmes acantonadas en las principales poblaciones.

Esta debilidad de la Revolución enardecía a los conspiradores. Los curas refractarios abandonaban sus guaridas de los bosques y reunían públicamente a los labradores para explicarles ciertos pasajes de

la Biblia, con los cuales querían darles a entender que Dios tenía interés en que todos los cristianos combatiesen a sangre y fuego la nueva República.

Tan grande era el fanatismo, que un aldeano disparaba contra los gendarmes, y cuando acribillado a bayonetazos le intimaban que se rindiera, contestaba con expresión tenaz:

—Rendíos vosotros a mi Dios.

A cada momento se hablaba de buques ingleses que iban a desembarcar un ejército para hacer la contra-revolución, y tan agitados estaban los ánimos, que un sacristán o una mujer bastaban para amotinar las poblaciones.

Los nobles, para halagar el amor propio de aquella demagogia reaccionaria, presentábanse en público vestidos de campesinos, ostentando en el lado izquierdo de sus chaquetas una imagen del corazón de Jesús.

Además, con esta agitación sediciosa coincidió el decreto del gobierno republicano ordenando una leva de trescientos mil hombres para engrosar los ejércitos de las fronteras.

Los curas refractarios aprovecharon esta circunstancia.

—¡Cómo!—exclamaban en sus predicaciones a los campesinos—. ¿Esa república que Dios maldice, os pide ir a morir por Francia? La Francia está aquí en vuestras granjas ¡Dejar vuestras mujeres, vuestros hijos, vuestros bueyes! ¡Jamás!

Estas predicaciones, por lo mismo que halagaban el egoismo de las masas ignorantes y envilecidas, alcanzaban gran crédito y se esparcían rápidamente por todo el país.

Además encontraban muy propia la ocasión para negarse a satisfacer el impuesto y decían con una certeza que tenía algo de candorosa y revelaba profunda ignorancia:

—Ya que no hay rey, no debemos pagar contribuciones.

El día en que se decretó en toda la Bretaña el alistamiento y sorteo de los mozos disponibles, seiscientas parroquias tocaron a rebato y comenzó formalmente la guerra civil.

Los destacamentos de tropas republicanas, aislados y sin auxilio, fueron sorprendidos y pasados a cuchillo, marcándose desde el primer instante el ímpetu feroz de aquellos fanáticos, que entraban en fuego con el rosario en la mano y buscaban la muerte porque ésta les abría las puertas del cielo.

Las partidas realistas presentaban un aspecto deplorable. Los aldeanos calzaban zuecos e iban armados con horquillas de hierro, hoces, palos o asadores; pero entre ellos marchaban también cazadores diestros y viejos contrabandistas, que tenían gran seguridad en sus fusiles.

Invadieron poblaciones de importancia, quemando los archivos de las oficinas públicas y apoderándose de algunos viejos cañones, y pronto tuvieron

jefes de prestigio, a quienes admiraban por su valor o su ferocidad.

La mayor parte de estos campeones del antiguo régimen eran plebeyos que se batían heróicamente en favor del sistema político que había tenido a sus familias en la servidumbre y que tal vez había apaleado o ahorcado a sus ascendientes.

El guarda-bosque Etoffet, el carretero Cathelireau, el peluquero Gastón y otros individuos pertenecientes a las últimas clases sociales, eran los jefes del naciente ejército realista y los que con sus hazañas audaces habían de preparar el terreno para que después condes y marqueses viniesen a ponerse al frente de las hordas vendeanas.

El único noble que apareció en el principio de aquella guerra civil fué Atanasio Charette, el más feroz de todos y que debía alcanzar más triste celebridad.

Como guerrero era intrépido y osado, tenía la rudeza de un campesino montaraz y era corrompido y disoluto como un señor de la corte.

En su rostro monstruoso, que tenía cierta semejanza con el de Marat, brillaba la demencia de las pasiones, el hambre de independencia, la soberbia infinita que no le dejaba aceptar iguales ni sufrir un señor.

Charette había nacido en Nantes de una antigua familia de armadores. Sirvió en la marina de guerra como teniente de navío, pero su carácter no po-

día resistir la despótica disciplina de a bordo, y abandonando su carrera, fuese a vivir en su país dedicándose a la caza, pues nada le agradaba tanto como una existencia errante llena de fatigas, de peligros y de azares y la cual, al mismo tiempo que fortificaba su cuerpo, endurecía su alma. Corría jadeante por la selva de Machecoul explorando las espesuras y los abismos, vivía confiando en la casualidad, que era quien le proporcionaba el sustento, dormía en la primera choza que se le presentaba y transcurrían semanas enteras sin que volviese al castillo de Briord, cuyo dueño era su tío y protector.

Charette, sin saberlo, al entregarse a esta vida extravagante y penosa, hacía el aprendizaje de la guerra de emboscadas y sorpresas que había de sostener. Cazando reses aprendía a perseguir hombres y adquiría exacto conocimiento de todos los bosques, barrancos, retamales y senderos ocultos que hacían el país intransitable.

Era una mezcla extraña de héroe y de bandido, siendo imposible señalar dónde acababa el uno y empezaba el otro. Hacía la guerra por puro gusto, por satisfacer sus instintos feroces y su afán de renombre, pero en el fondo era escéptico y no creía ni en el rey ni en la Iglesia, aunque para halagar el fanatismo de las hordas que mandaba, entregábase a exageradas prácticas de religión.

Su lujuria le hacía aún más temible que su fero-

cidad, y en todos sus amores demostraba instintos de ave de rapiña. No quería que la mujer se le entregase, sino arrebatarla a viva fuerza, y una impudente osadía era la expresión de su rostro extravagante y monstruoso. Siempre, a la cola de sus partidas, llevaba un bagaje de alegres cortesanas vestidas elegantemente, o de nobles señoras que se sentían atraídas por la audacia y los vicios de aquel hombre monstruoso, al que ellas miraban como un héroe de la buena causa.

Al frente de sus turbas de fanáticos, batíase como un lobo; pero así que cesaba el combate, los mensajeros encontrábanle siempre rodeado de su andante serrallo o bailando escandalosas danzas con sus cortesanas y algunos frívolos jóvenes, que eran sus confidentes íntimos.

Este era el general del realismo en la parte baja de la Bretaña y el que había de inaugurar su celebridad con los horrorosos suplicios de Machecoul.

Todos los prisioneros republicanos y sus familias fueron sacrificados por las hordas de Charette, apreciándose entonces cuantos refinamientos de crueldad puede inventar la devoción imbécil y bárbara.

Tras el viejo castillo de Machecoul habían abierto una larga fosa, al borde de la cual eran arrodilladas las víctimas, sin distinción de edades ni sexos.

La muchedumbre fanática contemplaba con hipócrita compunción el terrible espectáculo. Los curas rezaban el rosario para salvar las almas de los mal-

ditos republicanos, las mujeres contestaban a coro, y al llegar a cierto punto de la oración, hacíase fuego y los prisioneros caían en la tumba que tenían delante y muchas veces se les echaba tierra cuando sus miembros palpitaban aún con las últimas convulsiones de la vida.

Esto era lo que los campesinos realistas llamaban la hornada diaria, y estas hornadas estuvieron repitiéndose durante cinco semanas y a razón de treinta víctimas por día, hasta que todas las familias de patriotas de Machecoul y sus alrededores, quedaron enterradas en torno del viejo castillo.

El cura constitucional de Machecou,l varón de grandes virtudes, que por ser republicano sufría el odio de toda la comarca, fué entregado a las mujeres que seguían a los campesinos armados, y estas furias piadosas lo destrozaron en un momento, exhibiendo como trofeos los sangrientos pedazos.

Joubert, el presidente del distrito, un anciano de blanca cabellera y rostro sereno, sufrió los mayores tormentos sin que sus verdugos pudieran hacerle gritar ¡viva el rey!

Le aserraron las muñecas, le ataron a un árbol en la pradera donde yacían las víctimas de aquel día y allí, mientras se desangraba por sus heridas, reconoció casi a sus pies los cadáveres de su hija y de sus nietos, que acababan de ser fusilados.

Charette, que con alguna de sus queridas había salido a pasear para que el viento de la tarde despe-

jase su cabeza aturdida por los vapores de la orgía, detúvose en aquel lugar y las cortesanas realistas contemplaron con feroz atención la agonía del viejo republicano.

El infeliz Joubert fué degollado, librándose de este modo de tantos sufrimientos. Peor resultó la muerte de otros patriotas que fueron enterrados vivos, viéndose al día siguiente en la pradera que les servía de fosa, brazos que salían de tierra y se agarraban crispados a la hierba, esforzándose en vano por salir de la asfixiante profundidad.

Antes de que ocurrieran los suplicios de Machecoul l,as autoridades republicanas habían mirado con indiferencia aquello, que era una verdadera guerra civil y que ellos consideraban como una simple sublevación de campesinos, pero al hacerse públicas las atrocidades de Charette, la Francia se estremeció de espanto y la opinión pública exigió un inmediato castigo.

Por desgracia, Danton no estaba ya en el ministerio y los miembros del Comité de Seguridad General, en quienes la Convención había delegado una parte del poder ejecutivo, pasaban el tiempo entretenidos en discutir su republicanismo más o menos ferviente, y cuando se ocupaban de los peligros de la nación, fijaban sus ojos en el Norte, en aquellas fronteras que amenazaban la coalición de los reyes y despreciaban la insurrección bretona como un mo-

vimiento fácil de dominar en el momento que se lo propusiesen.

El general Verteuil, comandante militar de la Bretaña, al saber por una parte los crímenes de Charette y por otra que los vendeanos acababan de tomar y saquear la ciudad de Chantonnay, se decidió a salir de su inercia y envió contra los insurrectos una fuerte columna al mando del brigadier Marcié.

Los realistas abandonaron la ciudad conquistada, tras un breve combate con las tropas republicanas; pero Marcé, entusiasmado por este fácil triunfo, cometió la ligereza de perseguirles a través de los bosques, que desconocía, y en los cuales el enemigo encontrábase como en su propia casa.

Al anochecer, la columna cayó en una emboscada, vióse envuelta, creció el pánico entre los soldados republicanos y la derrota fué espantosa, hasta el punto de que los fugitivos emprendieran una fuga desesperada, que les hizo retroceder veinte leguas de terreno.

Este terrible fracaso, que dió un gran valor moral a la insurrección y aumentó su artillería, sirvió para que en París se fijaran más en la insurrección vendeana y para que la Convención se decidiera a separar algunas fuerzas del ejército del Norte enviándolas a la Bretaña.

Las autoridades republicanas de esta parte de Francia pudieron combatir la insurrección con algún éxito, contando con aquellos soldados que venían del

Norte acostumbrados ya a la guerra; pero estos refuerzos, que no pasaban de algunos miles de hombres, resultaban ineficaces para ahogar la sublevación realista, cada vez más formidable.

Los claros que los cañones republicanos abrían en las filas vendeanas, eran llenados inmediatamente por el fanatismo. Todos estaban prontos a combatir, lo mismo las mujeres que los niños y los ancianos, y aquella guerra continua de sorpresas, de emboscadas y ataques en masa, cuando lo permitían las circunstancias del país, habíales hecho aceptar una táctica que en ciertas ocasiones les hacía invencibles.

Desplegábanse en silencio por detrás de los setos y no disparaban un tiro sin hacer bien la puntería; esperaban para mostrarse a que el enemigo estuviese disperso, y entonces, saltando las trincheras, caían sobre él con un vocerío espantoso. Si veían las bocas de los cañones dirigidas hacia ellos, arrojábanse rápidamente al suelo en el momento de hacer la descarga y después se levantaban, corrían hacia las piezas y se apoderaban de las baterías luchando cuerpo a cuerpo con los artilleros. Cargaban sus viejas armas sin dejar de correr, eran certeros tiradores, sus victorias resultaban sangrientas, pues degollaban sin piedad a los heridos y a los prisioneros; pero cuando eran vencidos, resultaba infructuosa su persecución, pues instantáneamente y como por arte mágica, desaparecían en el laberinto de bosques, malezas y desfiladeros, cuyos secretos conocían perfectamente.

Su devoción les hacía más terribles que su ferocidad. Eran valientes por su fanatismo; creían que las balas republicanas quedaban detenidas ante los escapularios del Corazón de Jesús que llevaban cosidos en las chaquetas, y, aunque la experiencia les demostraba a cada instante lo contrario, seguían firmes en su idea, no dudando un solo instante de las palabras de los curas, que fueron los principales agentes de la guerra de la Vendé.

El clero reaccionario apelaba a las más burdas estratagemas para enardecer el entusiasmo de los rústicos campesinos, haciéndoles creer que Dios favorecía su causa por medio de estupendos milagros.

Una vez se ocultaron tres curas, haciendo circular la noticia de que habían perecido víctimas de la guillotina republicana. Mientras duró su encierro voluntario, cuidaron de tener constantemente un hilo atado alrededor del cuello, de suerte que les dejara una señal circular parecida a una cicatriz, y cuando estuvieron bien preparados, presentáronse ante los embrutecidos campesinos diciendo que habían resucitado después de su suplicio y que la cuchilla de la guillotina sólo había dejado en ellos aquella leve huella.

De este modo exaltaban los curas el entusiasmo de las gentes sencillas, y entre los campesinos armados extendíase la creencia de que muriendo en el campo de batalla o en la guillotina, morían por Dios y resucitarían al tercer día como Cristo.

Estas creencias extravagantes eran la principal causa de que los vendeanos mostrasen un valor tan salvaje y ciego y de que los prisioneros subiesen las gradas de la guillotina sonriendo y asegurando que la muerte no sería para ellos mas que un ligero sueño, del cual despertarían más fuertes que antes.

En esta lucha, fomentada por el entusiasmo fanático y por la devoción, tomaban una parte activa las mujeres.

El realismo tenía sus amazonas, que marchando siempre en primera fila, no dejaban a los hombres retroceder y muchas veces daban a éstos horribles ejemplos de ferocidad.

La señora de la Rochefoucauld y María Antonieta Adams, vestidas de hombre, montando briosos caballos y al frente de hordas de fanáticos, ayudaron cada una a la causa santa, pasando a degüello los destacamento de guardias nacionales, murió en la cendiando pueblos y batiéndose con salvaje tenacidad contra las tropas republicanas.

La señora de la Rochefoucauld, cogida por un destacamento de guardias nacionales, murio en la guillotina, y María Antonieta, a quien los campesinos entusiasmados apellidaban el caballero Adams por su carácter varonil, mereció, al caer en poder de las tropas republicanas, el honor de ser fusilada en pie.

Otras mujeres existían en la Vendé que, aunque no combatían al frente de los aldeanos ni llevaban

armas, no por esto dejaban de trabajar en favor de la guerra.

Aparte de las hermosas cortesanas y de las condesas viciosas que figuraban en el bagaje de Charette, vivían en granjas ocultas y en castillos casi arruinados que estaban en lo más intrincado de los bosques, un gran número de señoras de la nobleza, que por tener a sus esposos en el ejército de los emigrados o al frente de las partidas vendeanas, huían de las poblaciones donde ejercían jurisdicción las autoridades de la República.

Los horrorosos suplicios de Machecoul habían convertido aquella guerra en una lucha sin cuartel. Los vendeanos martirizaban y mataban sin fijarse en edad ni en sexo, y las tropas de la República, repuestas ya de sus primeras derrotas, imitaban la feroz conducta del enemigo, y cuando no fusilaban, era porque les seguía a retaguardia el verdugo y la guillotina prontos a funcionar.

Por esto las mujeres vendeanas, lo mismo la esposa del rústico cabecilla, que la baronesa o la marquesa, ocultábanse en misteriosos lugares, en torres semi-arruinadas, en granjas abandonadas o en profundas cuevas, y allí, sostenidas por la devoción fanática, que era el nervio principal de aquella lucha de fieras, sufrían con resignación toda clase de penalidades y las largas veladas del invierno pasábanlas cuidando los heridos de los últimos combates, haciendo hilas y vendajes o preparando un disfraz para

alguna compañera animosa que se encargaba de recorrer el país, pasando por entre las tropas republicanas para ir a llevar un aviso a alguna partida que estaba lejos.

Aquellas mujeres, que aportaban a la causa vendeana un entusiasmo tranquilo y tenaz y cuyas viviendas constituían un sinnúmero de puntos de reposo para los fugitivos y derrotados, sabían a lo que estaban expuestas.

La Convención, cansada de los atropellos de la insurrección realista y deseando ahogarla en sangre, había decretado la guerra sin cuartel.

La guillotina, que funcionaba en todas las poblaciones, lo mismo cortaba la cabeza del campesino cogido en armas, como la de la mujer alcanzada en los bosques y cuya complicidad con los insurrectos resultaba probada.

## II

### LA MEDIA BRIGADA NÚMERO 56

En marzo de 1793, una pequeña columna republicana estaba acampada en una aldea a ocho leguas de Nantes.

Componíase de dos batallones y de una batería procedentes del ejército del Norte. Sus soldados, con grandes bigotes, rostros tostados y los uniformes azules, descoloridos y rotos por las inclemencias del tiempo, tenían el aspecto fiero y ceñudo de los veteranos a pesar de que todos ellos eran jóvenes y hacía poco más de un año que impulsados por el patriotismo, habíanse dedicado a la dura vida militar.

Los jóvenes voluntarios de la República, convertidos rápidamente en veteranos a causa de aquella guerra en la que Francia se batía con toda Europa y en la que las batallas eran casi diarias, habían abandonado las fronteras del Norte para entrar en Bretaña, en la región donde miles de hombres, llamándose franceses,

ayudaban con su insurrección a los enemigos de la patria.

La mayoría de aquellos soldados habían hecho su aprendizaje militar sufriendo el horrible cañoneo de Valmy y asaltando a la bayoneta las tres líneas de reductos de Jenmapes.

Ellos, que se mostraban alegres y generosos en sus campañas del Norte y se animaban a cada instante entonando la *Marsellesa,* eran ahora en la Vendé sombríos y taciturnos, una arruga de ferocidad contraía sus frentes y cada vez que veían los calzones bombachos y el coleto de piel de un campesino bretón, brillaba en sus ojos la llamarada del odio y sentían impulsos de disparar su fusil como si se hallasen en presencia de un animal dañino.

La repugnancia feroz que experimentaban ante los naturales del país, era la que sentían todos los patriotas de Francia ante aquella Bretaña que entorpecía la vida de la República y le quitaba fuerzas para combatir a sus enemigos exteriores. Comprendíase que los *azules* (como llamaban los campesinos a los soldados republicanos a causa del color de su uniforme), sentíanse poco dispuestos a tener a sus enemigos consideración alguna y que su ferocidad había de resultar tan horrible como la de los salvajes vendeanos.

Los dos batallones, con sus cuatro piezas de artillería, formaban lo que en la nueva organización del ejército republicano llamábase una media brigada.

Había abandonado un mes antes el ejército del Norte por orden de la Convención y se había dirigido a Nantes, donde el general Canclaux, encargado de dirigir la guerra de la Vendé, había dedicado la media brigada a las empresas más difíciles y gloriosas. El aspecto decidido de sus soldados y el valor de sus oficiales, la hacían el mejor cuerpo de cuantos operaban en aquella guerra.

Formaba parte de la columna que mandaba el general Beysser, un hombre de estatura colosal y de extraordinaria osadía, que había vencido a los rebeldes realistas en Puerto del Santo Padre, y entrado en Machecoul, donde las represalias de los republicanos vengaron el martirio de tantas víctimas.

Muchos centenares de vendeanos, y entre ellos algunos de los oficiales favorecidos de Charette, cayeron en poder de los republicanos, siendo fusilados en masa sobre aquella pradera de Machecoul, en cuyo seno dormían eternamente tantos seres inocentes, después de sufrir algunos de ellos las espantosas angustias de un entierro en vida.

Después de esta victoria, la media brigada se había separado de la columna para ir a operar con completa independencia en el país donde ahora estaba acampada.

Los dos batallones que la componían habían tenido antes el título de 10 de Agosto y batallón de la Igualdad; pero ahora habían perdido sus antiguos

nombres al formar el nuevo cuerpo, que era conocido por la media brigada número 56.

Su jefe llamábase Santiago Vadier, y el comandante del primer batallón era Félix Guzmán.

Sus hazañas antes del choque en Valmy y el heroísmo con que asaltaron las trincheras de Jenmapes, habían valido a los dos amigos estos ascensos y una reputación de valientes en todo el ejército francés.

Hoche, que se había separado de ellos desde antes de la batalla de Valmy para seguir los impulsos de una suerte que había de elevarle a las mayores alturas, sólo muy de tarde en tarde podía enviarles noticias suyas, y esto hacía que Vadier y Guzmán, viéndose privados de tan dulce compañero, estrechasen aun más su amistad.

Ellos eran los que habían pedido a la Convención el ir a la Vendé, a pesar de que en el ejército del Norte había más ocasiones para alcanzar la gloria y de que la guerra en la Bretaña resultaba más difícil y repugnante por lo feroz.

Un día en la frontera de Bélgica, leyendo la relación de los atropellos en la Vendé que publicaba un periódico de París, sus ojos tropezaron con los nombres de Renato Beringel y César Dampierre.

Aparecían como oficiales del feroz Charette, tomando parte en las execrables matanzas de Machecoul.

Este hallazgo inesperado trastornó a los dos jó-

venes, haciendo que volviese a renacer en su memoria aquel pasado tan lleno de ilusiones y vehemencias y que los azares de la guerra habían hecho olvidar momentáneamente.

Los dos amigos pensaron del mismo modo. El haberse dirigido la baronesa a la Bretaña cuando huyó de París y el aparecer ahora en la misma región de Francia los dos nobles realistas, hacía creer que también en aquellos países, azotados por una guerra cruel, vivirían las dos pupilas de la baronesa Amalia Dampierre.

Esta consideración decidió a los dos jóvenes a pedir su traslado al ejército de Vendé, arrojándose de este modo en una guerra de emboscadas y de traiciones, en la cual a, cada momento, podía perderse la vida sin gloria alguna.

Más de un mes estaba en la Bretaña la media brigada mandada por Vadier, sin que los dos amigos hubiesen podido adquirir la menor noticia que les revelase la existencia de la baronesa de la Tour d'Argent.

Oían a cada punto los nombres de Dampierre y de Beringel como audaces tenientes de Charette, a los cuales destacaba éste para efectuar bárbaras correrías; pero nunca el nombre de Amalia Dampierre aparecía mezclado con ellos, y a todas las preguntas que hacían Vadier y Guzmán a los campesinos, contestaban éstos levantando los hombros con expresión de estúpida extrañeza.

Casi iban convenciéndose los dos soldados de la República de que habían cometido un desacierto pasando a la Vendé, para no adquirir gloria alguna ni encontrar rastros de aquellas dos mujeres, que ahora obsesionaban más que nunca su pensamiento.

No; era imposible que en aquel país desolado, donde tras cada matorral surgía un fusil y donde unos y otros se fusilaban y se guillotinaban sin piedad, estuviesen Margarita y Luisa sufriendo toda clase de fatigas y alarmas.

Justamente estaban hablando de esto Guzmán y Vadier en una tarde del mes de marzo, cuando hacía ya seis días que la media brigada estaba acampada en aquella aldea del departamento de Nantes.

Los dos amigos estaban sentados en una sala baja de la mejor casa de la aldea, y a través de los emplomados vidrios de una ventana, veían la calle y a lo lejos la campiña sombría y de un verde obscuro, bajo un cielo entoldado y plomizo, del que caía una lluvia lenta y sutil.

Los soldados estaban dentro de las casas, poniéndose a cubierto de aquella lluvia que duraba ya dos días, y que empapando lentamente los capotes parecía penetrar hasta los huesos.

Las voces y los cantos que sonaban dentro de las casas y los centinelas que se veían a lo lejos, inmóviles en la campiña, eran lo único que delataba la presencia de los dos batallones, pues las calles, azo-

tadas blandamente por la lluvia, estaban desiertas como si la población hubiese sido abandonada.

Vadier y Guzmán, después de agotar el tema de su conversación que versaba invariablemente sobre los vendeanos o las dos mujeres amadas, cuya existencia iba resultando problemática, permanecían silenciosos fumando en pipas de barro y con los codos apoyados en una mesa, sobre la cual veíanse dos vasos y una ponchera vacía y todavía humeante.

Aquella tarde de descanso y de regodeo, después de una vida tan agitada y de peligros, convertía a los dos soldados en tranquilos burgueses, proporcionándoles una seráfica calma, que poco a poco iba trocándose en dulce soñolencia.

El caliente ponche parecía enviar desde el fondo de sus estómagos una tenue humareda a sus cerebros, y los dos, siempre tan inquietos y activos, se sentían dominados por una dulce voluptuosidad y miraban el paisaje a través de la ventana encontrándolo todo hermoso y sonriente.

Transcurrió más de media hora sin que ninguno de los dos rompiese el silencio; pero al fin Vadier dejó su pipa sobre la mesa y habló a Guzmán, quien con la vista errante y sonriendo vagamente oía sus palabras como un lejano eco.

—Oyeme, Félix: no es malo que pensemos en esas dos jóvenes a las que amamos tanto y que tal vez no existan ya; pero no debemos olvidar que somos soldados de la República y que nuestro deber

nos obliga a preocuparnos de este terrible enemigo que tenemos enfrente.

Guzmán, aunque sin comprender claramente lo que su amigo le quería decir, asintió con algunos movimientos de cabeza.

—Digo todo esto—continuó Vadier—porque, preocupados continuamente por el paradero de la baronesa y sus pupilas, olvidamos nuestra situación, que aunque no es desesperada no por eso se halla exenta de peligros. Hemos venido a situarnos aquí para impedir que esos bandidos de la Vendé se dirijan a Nantes; pero si intentan el avance, nosotros seremos impotentes para resistirlo. El general Canclaux nos dijo que esperásemos en esta aldea, donde no tardarían en reunírsenos otras medias brigadas para dar una batida a esa línea de bosques que tenemos enfrente; pero han transcurrido seis días, nadie viene a reforzarnos y extraño mucho que ese bribón de Charette, que todo lo sabe, no haya aparecido aún por estos sitios para sorprender nuestra tropa aislada y olvidada en medio de un país hostil. ¿Qué opinas tú de esto que digo?

Guzmán, sacudiendo su dulce soñolencia, hizo un gesto de desprecio.

—¡Bah!—contestó con la bizarría que le daba la confianza en su valor—. Que se presente aquí Charette con todas sus hordas de bandidos y verás qué paliza le largamos. Nuestra gente es buena..

—No dudo del valor de nuestros soldados, pero

tampoco son cobardes los fanáticos de Charette y pasan de diez mil los que le siguen cuando reúne todas sus fuerzas. Ya comprenderás que nos veríamos en un apuro si toda esa avalancha cayera sobre nuestra media brigada.

—¿Y qué quieres que hagamos?

—No lo sé. No he encontrado todavía una idea que nos saque de este conflicto. Retroceder es tal vez dejar a Nantes al descubierto y el camino franco a los vendeanos. Avanzar equivale a una locura, pues en esos bosques donde pulula el enemigo, es indudable la derrota.

—Pues yo voto por la locura—dijo Guzmán sin jactancia—. Prefiero que avancemos a permanecer aquí inactivos y sin hacer nada por la República. Además, en esos bosques que tanto pareces temer, presiento yo que encontraremos algo que nos dará luz cerca del paradero de la baronesa. Dampierre y Beringel van con Charette; pues cuanto más nos acerquemos a este bandido, mayor será la probabilidad de saber algo. Creo que me explico con lógica.

—Sí, Félix, y esa misma lógica es la que me dice que con mil quinientos hombres no debemos meternos en un terreno desconocido, donde existen en armas más de diez mil salvajes.

—Sea como tú quieras—dijo Guzmán con resignación—. Permanezcamos inmóviles y aguardemos con paciencia que vengan a unírsenos esos batallones prometidos.

Y Guzmán, encendiendo su pipa, que durante el diálogo se había apagado, envolvióse en una nube de humo, y dejando caer la cabeza sobre el respaldo de su asiento, permaneció inmóvil, silencioso, con la soñadora mirada fija en el techo.

Comenzaba a extinguirse el día. Las sombras iban condensándose en la habitación y el horizonte se obscurecía, borrándose los contornos de los bosques.

La lluvia arreciaba al aproximarse la noche y por frente a la ventana pasaron algunos grupos de soldados con el fusil bajo el brazo, los picos del sombrero chorreando y la expresión resignada y tranquila del hombre de guerra que está acostumbrado a todas las fatigas y penalidades, sin que cosa alguna pueda extrañarle.

Eran los centinelas y destacamentos avanzados, que iban a establecer en torno de la aldea un cordón de vigilancia, relevando a los que habían prestado el mismo servicio durante el día.

Esta manifestación del deber militar hizo que los dos jóvenes sacudiesen el letargo que les embargaba.

Guzmán fué a la ventana, y después de seguir con la mirada la marcha de aquellos grupos y su desfile por la llanura, dijo a Vadier con alegre acento:

—Oyeme, ciudadano coronel; no creas que olvido mis deberes. Dentro de media hora montaré a caballo y pasaré revista a las avanzadas. ¡Vaya una

guerra penosa! Con estos malditos vendeanos hay que estar vigilando a todas horas y no olvidar la más ligera precaución.

Unos pasos, en extremo ruidosos, sonaron al otro lado de la puerta de la habitación. Parecían de un ser corpulento y pesado, que no podía moverse sin hacer temblar cuanto estuviera a su alrededor.

—Ahí está Goliat—dijo Vadier.

Abrióse la puerta y entró un hombre, cuya cabeza casi rozaba el dintel. Era en efecto el sargento Goliat, el soldado más alto del ejército francés y eso que en aquella época la Revolución parecía haber creado toda una generación de gigantes para que la sirvieran.

Aquel coloso tenía en el rostro una sonrisa casi infantil, y a pesar de su rostro tostado y de varias cicatrices que le desfiguraban, conocíase que era muy joven.

Su historia era sencilla y él la relataba con esa ingenuidad modesta de los seres cándidos que creen que interesan a todos los hechos de su propia vida.

Desconocía a sus padres y su propio nombre. Lo primero de que se daba cuenta al recordar su pasado, era que vagaba por el barrio de San Antonio y que la gente le llamaba Goliat, sin duda porque a los siete años tenía casi la fuerza y el aspecto de un hombre.

Había vivido a la ventura protegido por esa Providencia especial que parece amparar a los vaga-

bundos de las grandes ciudades. Se ganó la vida unas veces descargando barcos en el Sena y otras haciendo ejercicios de fuerza, ridículamente pintarrajeado, en las plazas de París o en el Puente Nuevo. Levantaba con una mano un racimo de hombres, ganaba en fuerza a dos caballos, rompía enormes piedras a puñetazos, hacía añicos una barra de hierro entre los dientes, se ceñía una cadena al pecho, bastándole respirar fuerte para romperla, y todas estas habilidades monstruosas valíanle algunos ochavos y mucha popularidad.

En su estrecho cerebro de atleta, donde no cabían más allá de dos o tres ideas, sólo existía un confuso y ridículo concepto de lo que era la Revolución; pero había sido de los primeros en asaltar la Bastilla, había matado suizos en las Tullerías el 10 de agosto y al ser declarada la patria en peligro, creyó que era un deber alistarse como voluntario en la plaza del Hotel de Ville.

Sus brutalidades de atleta causaron sensación en el ejército del Norte.

En Valmy divertíase en atrapar las granadas prusianas para arrancarles la espoleta impidiendo que estallasen y por esto lo hicieron cabo; en Jenmapes, al asaltar las trincheras mataba a los enemigos a puñetazos y por este rasgo lo hicieron sargento. Salía de los combates cubierto de sangre y con heridas de arma blanca, que para él equivalían a ras-

guños; considerábase dichoso en la guerra, sonreía con estúpido gozo cada vez que le cumplimentaban los jefes por su valor, y lo único que le entristecía, lo que agriaba su gloria, era que aunque por orden del general se le daba siempre doble ración, no encontraba nunca en las marmitas suficiente cantidad para llenar su estómago.

Esta hambre desesperada, feroz e interminable, que estaba martirizando a todas horas las entrañas del gigante, era la causa principal de que el sargento Goliat adorase al comandante Guzmán, a cuyo batallón pertenecía.

El joven jefe daba carta blanca a su subordinado en asuntos culinarios, encargándole de las provisiones del batallón para que de este modo pudiera combatir al feroz e implacable enemigo que llevaba en las entrañas.

La gratitud de Goliat era inmensa. Nunca se había sentido tan feliz y satisfecho como en el batallón del 10 de agosto, y si su comandante le hubiese mandado escalar el cielo, de seguro que lo habría intentado sin vacilación alguna.

Entró el sargento Goliat, como hemos dicho, en la habitación donde estaban los dos jefes y al verlos terció su fusil, que en sus enormes manos parecía una ligera pluma, y se llevó la mano al viejo sombrero saludando militarmente. El gastado uniforme azul, a pesar de que era el más grande que

había salido de los talleres del ejército, estaba tan ajustado sobre aquel enorme cuerpo y de tal modo oprimía los miembros atléticos y robustos, que a cada movimiento del gigante, el viejo paño y las costuras parecían próximos a rasgarse y a estallar.

—¿Qué ocurre, sargento?—preguntó Guzmán a su subordinado.

Y la voz de Goliat, que no era tan voluminosa como su cuerpo y por extraño contraste tenía cierto tonillo atiplado, contestó lentamente:

—Acabamos de hacer un prisionero en las avanzadas.

—¡Un prisionero!—exclamó Vadier—. ¡Bah! Será algún aldeano imbécil que os habrá inspirado sospechas.

—No, mi coronel; es un vendeano, uno de esos bandidos que martirizan y achicharran a nuestros camaradas. Lleva escapulario en la chaqueta y no niega que es defensor del rey. Le hemos cogido espiándonos y ha herido a uno de mis soldados antes de que yo pudiera echarle la mano encima.

Un ademán de los dos jefes indicó a Goliat el deseo de que fuese más explícito y relatase todo lo ocurrido.

—Estábamos esta tarde de avanzada en el camino que conduce al bosque, cuando nuestro centinela dió el quién vive, mirando a unos matorrales que estaban a poca distancia. Acudí con dos soldados. El centinela dijo haber visto una cabeza, que asomando

con precaución tras el matorral, examinaba la casucha donde tenemos nuestra avanzada y las obras de fortificación que en ella se han hecho. Al dirigirnos hacia la maleza huyeron los que estaban escondidos y que debían ser cuatro o cinco hombres. Vimos cómo se agitaban las malezas y distinguimos a ese hombre que traemos prisionero, el cual se escapaba a gatas. Al verse sorprendido y que le cortábamos la huída, se levantó, echóse a la cara el fusil e hizo fuego, hiriendo a uno de mis soldados. Yo entonces me arrojé sobre él, de una manotada le arranqué el arma arrojándola lejos, y después de cogerle por el cogote y levantarlo en alto cual si fuese un gato maligno, le administré unos cuantos puñetazos para que se acordara bien de lo ocurrido. Hacia aquí lo traen los de mi avanzada y no tardaréis en verlo.

—¿Y cuál es el aspecto de ese vendeano?—preguntó Guzmán.

—Pues el mismo de todos ellos; un campesino rudo, zafio, asqueroso, con cara de imbécil, pero con ojuelos de malicia. Es ya viejo y dice que tiene categoría de teniente en lo que esos bandidos llaman el ejército del rey. ¡Buenos tenientes los de ese ejército de bandidos! Al menos esta vez—continuó riendo con expresión irónica—he tenido el gusto de dar de puñetazos a un superior en categoría. Mi gente, indignada por haber herido al pobre soldado, quería fusilar inmediatamente a ese viejo y he tenido que

hacer esfuerzos para que me obedeciesen y lo trajeran aquí. Creo que lo más justo es fusilarlo así que preste declaración en forma ante vosotros que sois los jefes.

En este momento sonó ruido de pasos dentro de la casa, y Goliat, asomándose a la puerta de la habitación, gritó a la gente que llegaba y que suponía eran sus soldados:

—Adelante, ciudadanos; entrad al prisionero.

## III

### LA DECLARACIÓN

Era el prisionero tal como lo había manifestado el sargento Goliat, un hombre viejo pero fuerte, de pequeña estatura, cuerpo enjuto y ademanes torpes y bruscos, pero que indicaban fuerza y resolución.

Antes de entrar él en la sala, un soldado había dejado sobre la mesa una lámpara, cuya luz, no muy clara, disipó las sombras del crepúsculo.

Casualmente la pantalla estaba colocada de forma que toda la luz concentrábase en el espacio existente entre la mesa y la puerta.

Vadier, colocado cerca de la lámpara, quedaba en una penumbra que permitía distinguir sus facciones; pero Guzmán, sentado detrás de ella, quedaba envuelto por completo en la densa sombra, que aun parecía más negra por el contraste con la rojiza claridad.

El prisionero entró empujado rudamente por los

soldados, que se retiraron a una seña de Vadier.

El sargento Goliat quedó en la puerta obstruyendo el paso y en actitud del subordinado obediente, que no ve ni oye nada, ni está dispuesto a desempeñar otro papel que el que le encarguen sus superiores.

El viejo vendeano, que mostraba en su cuerpo cierto quebrantamiento producido por las rudas caricias del sargento Goliat y de los soldados que hasta allí le habían escoltado, paseó una mirada rápida y curiosa por toda la sala, fijándose en Vadier, única persona a quien vió.

En su rostro notábase una expresión inquieta, interrogante y astuta; pero hacía esfuerzos por aparentar el gesto de un hombre tosco y casi próximo a la imbecilidad.

Vadier notó que su amigo Guzmán, al ver al prisionero, se revolvía inquieto como si acabara de experimentar inmensa sorpresa, y antes de que él pudiera hacer una sola pregunta, la voz de su amigo salió de la obscuridad con una entonación solemne e iracunda, que alarmó al mismo coronel:

—Siéntese el llamado *Apelea-ranas*.

El viejo campesino se estremeció, mirando con expresión de angustiosa alarma la densa sombra que se extendía más allá de la lámpara. Pero como nada vió, sus ojos fueron a fijarse en Vadier, única persona que aparecía visible, permaneciendo inmóvil y callado.

Durante algunos segundos, el vendeano, trémulo y como aturdido, clavó sus ojos, tan pronto en Vadier como en aquel espacio de sombra, en el cual comenzaba a distinguir un bulto negro de indeterminados contornos.

—Señores—dijo con humildad exagerada y dirigiéndose lo mismo al silencioso Vadier que a aquella voz que salía de la obscuridad—. No conozco ese nombre que acabáis de darme. Yo soy un pobre viejo...

Pero no pudo continuar, pues la misma voz volvió a sonar en el silencio de la sala.

—Sois el posadero del camino de San Miguel de Dol y os mando que os sentéis. Tenemos que hablar largamente.

Estas nuevas palabras anonadaron al vendeano, convencido ya de que estaba en presencia de un ser misterioso, con el cual la mentira resultaba inútil.

Sentóse en la primer silla que halló a mano, y bajando su cabeza con resignación, esperó nuevas preguntas.

Guzmán, que desde el primer momento había reconocido al feroz dueño de la posada del Gallo Rojo, no tardó en continuar sus preguntas.

Sin poder explicarse la causa, creía que el encuentro con aquel hombre tenía algo de providencial y le había de proporcionar el conocimiento exacto de muchas cosas, que, tanto a él como a Vadier, les atormentaban desde hacía ya mucho tiempo.

—Creo que ahora, viejo bandido—dijo con expresión iracunda—, no intentaréis negar vuestro nombre. Bien comprenderéis que aquí os conocemos. Vuestros crímenes van a ser por fin castigados. Sólo la verdad podría proporcionaros la salvación. Contestad, pues, a todo y cuidado con mentir, pues así como sabemos que en vuestra posada asesinasteis a un hombre y a un niño para robar cierta cantidad que pertenecía al Estado, conocemos todos los hechos de vuestra vida.

El viejo, a pesar de su feroz carácter, temblaba al considerar lo bien enterados que estaban allí de sus crímenes, y su pavor iba en aumento al pensar si del mismo modo podría repetir aquella voz misteriosa las demás fechorías que él había cometido en su salvaje existencia de guerrillero realista.

—Ante todo—dijo Guzmán—. ¿Pertenecéis a la tropa de Charette?

—No, mis señores—contestó *Apalea-ranas* lentamente como midiendo el valor de sus palabras, para no decir más que lo necesario y que le creyesen veraz—. Charette es mi general; pero yo soy teniente en la división que mandan el señor marqués de Dampierre y el señor conde de Beringel.

Esta vez Vadier salió de su inmovilidad e instintivamente se hizo atrás un poco para ocultar la emoción que le producían tales nombres. Fué a hablar, pero sintió que Guzmán le tiraba de una manga y dejó que el comandante continuase su interrogato-

rio, sin extrañarle que se alejase del punto más importante, sin duda para turbar al prisionero.

—¿Y dónde está Charette?—siguió preguntando Guzmán.

—Lo ignoro, mis señores. El general no da a nadie cuenta de sus actos y hace más de un mes que se separó de nuestra división.

—Te pregunto si sabes dónde está Charette y cuándo iba a reunirse con vosotros.

—Yo, señores míos—dijo el viejo quejumbrosamente—, ignoro dónde se halla Charette. No quiero engañaros faltando a la verdad.

—Pues mientes, asesino—gritó aquella voz que intimidaba al viejo—. Mientes, porque tu presencia en las inmediaciones de esta aldea ha sido ordenada por Charette. Te han enviado para que nos espíes y descubras algún punto que facilite una sorpresa.

Guzmán nada sabía. Hablaba a la ventura, sin creer en sus propias palabras; pero pronto conoció que había acertado, al ver que aumentaba la turbación del viejo.

—Yo, señores—balbuceó—, no he visto a Charette hace mucho tiempo y no puedo haber recibido órdenes suyas.

—Bien—continuó Guzmán—; dejaos de distingos y hablad claro. Admito que Charette no os haya enviado directamente; pero siempre resultará que os han dado la orden de espiarnos esos marqueses y condes que decís tener por jefes.

*Apalea-ranas* bajó la cabeza como si cada una de las palabras que profería aquella voz misteriosa fuese un mazazo que recibía su rebelde voluntad.

Guzmán, comprendiendo el efecto que causaba en el vendeano, siguió hablando con voz que por momentos se hacía más iracunda.

—Oid, viejo bandido. Creo que sabréis la suerte que en el ejército republicano les está reservada a los espías. La salud de la patria nos hace ser inexorables con los hombres como vos. Antes que amanezca seréis conducido fuera del pueblo con una linterna encendida sobre el pecho y se os fusilará. Esta es vuestra suerte, y es inútil que penséis en resucitar al tercer día, como creen muchos de vuestros papanatas. Esos mismos curas que os engañan con sus farsas dicen que sólo resucitan los que mueren en la guillotina. El milagro no será con los fusilados. Vais, pues, a morir para siempre.

Estas palabras de Guzmán acabaron de aterrar al viejo posadero, y lo que principalmente aumentaba su pavor era que iba a ser fusilado, pues creía firmemente en la resurrección de los guillotinados.

Por esto, a pesar de su dureza de malvado empedernido, tembló cuando la misma voz dijo con expresión de mando:

—Adelante, sargento Goliat; ponedle a ese hombre el farol en el pecho y que lo fusilen fuera del pueblo.

El coloso avanzó, extendiendo una de sus podero-

sas zarpas, y el viejo, casi enloquecido por el terror, cayó de rodillas, y fijando sus extraviados ojos en la sombra, gritó con acento lastimero:

—Piedad, señores; tengo mujer, tengo hijos.

Goliat, a pesar del odio que profesaba al viejo por haber herido a uno de sus soldados, detuvo en el aire su pesada mano, movido por un impulso de su corazón de buen muchacho.

Transcurrieron algunos minutos de absoluto silencio, y al fin volvió a sonar la voz de Guzmán:

—Retiraos, sargento. Después os llevaréis al preso.

Goliat volvió a ocupar la puerta, y el interrogatorio continuó:

—Os tenemos lástima—prosiguió Guzmán—y prolongaremos un poco vuestra vida, sin que por esto esperéis perdón, pues, aparte del espionaje, son tan grandes vuestros crímenes, que no merecen misericordia. Pero si no os mostráis rebelde y decís la verdad a todo cuanto se os pregunte, en vez de fusilaros esta misma noche os enviaremos a Nantes, donde el tribunal revolucionario os guillotinará, y si son ciertas las predicaciones de vuestros curas, resucitaréis al tercer día.

A pesar de lo ridículo que era el absurdo milagro de la resurrección, en el rostro del bandido fanático marcóse la alegría, como si la guillotina fuese una salvación cierta para su vida en peligro.

Ya renacía su tranquilidad. Morir en la plaza de Nantes sobre la lúgubre máquina revolucionaria, era

preferible a caer fusilado dentro de algunos minutos en las afueras de la aldea, y bien valía algún sacrificio por su parte esta concesión tan grande. Por esto hizo varios movimientos afirmativos con su cabeza, cuando dijo Guzmán:

—Mas para que cambiemos vuestra suerte, es preciso que no os mostréis rebelde ante nosotros y que contestéis con veracidad a todas las preguntas.

Y en vista de que el viejo posadero manifestábase dispuesto a obedecer, Guzmán se lanzó a hacer la pregunta que vagaba en sus labios desde que había empezado el interrogatorio.

—¿Conocéis a la baronesa de la Tour d'Argent?

El vendeano permaneció impasible algunos instantes y por fin hizo un signo negativo.

La voz que salía de la obscuridad se alteró con estremecimientos de impaciencia y de irritación.

—Pensad bien lo que decís, ciudadano *Apalea-ranas*. La baronesa es tía de Dampierre y gran amiga de Beringel, vuestros dos jefes. Ella está en Bretaña hace ya más de un año y vos debéis conocerla. Os prevengo que vuestra mentira será inútil, y que para hacer que os vuelva la memoria tenemos ahí al sargento Goliat, que os colocará el farol encendido sobre el pecho y os conducirá fuera de la aldea. Conque vamos a ver, ciudadano insurrecto: ¿conocéis a la baronesa Amalia Dampierre?

Esta vez el viejo no dudó. Estaba convencido de que la promesa de fusilamiento se realizaría inme-

diatamente y además pensó que ningún daño causaba a su partido diciendo que conocía a la vieja aristócrata.

—Sí, señores míos: conozco a la señora baronesa y varias veces me ha distinguido permitiéndome hablar con ella.

—Celebro que contestéis verídicamente—dijo Guzmán—, y espero que de igual modo iréis respondiendo a todas mis preguntas.

Vadier no ocultaba la ansiedad que le producía aquel interrogatorio, y el viejo vendeano, cada vez más aterrado por la voz amenazadora, creía alejarse de la posibilidad del fusilamiento, haciendo gestos de estúpida adulación y moviendo la cabeza para afirmarlo todo.

—¿La baronesa acompaña a su sobrino en las correrías que éste y Beringel hacen?

—Algunas veces, señores míos.

—¿Acompaña alguna mujer a la baronesa?

—Dos señoritas, que creo son sus sobrinas.

—¿Charette se trata con la baronesa?

—Creo que sí, aunque no estoy muy cierto de ello. Yo sólo soy teniente en los ejércitos del rey, y los generales, como son nobles, se tratan poco con nosotros los plebeyos.

—¿Sabéis si Amalia Dampierre conoce los escándalos y las monstruosidades de Charette?

El viejo, a pesar de su situación, sonrió con cinismo.

—En nuestro ejército—dijo—a nadie espantan las bromas de Charette. Cada uno tiene en este mundo su cruz y la de nuestro pobre general consiste en que no puede ver con tranquilidad la falda de una mujer. Esto es lo que pierde su alma.

—¿Pero no sabéis si Charette siente alguna predilección por las sobrinas de la baronesa?

—No lo sé. Si las ha visto es seguro que no le habrán sido indiferentes, pues las dos señoritas son hermosas; pero creo que no es fácil las conozca, pues nuestra división se ha incorporado pocas veces al ejército del general.

—¿Y la baronesa dónde está ahora?

Guzmán preparaba esta pregunta desde mucho antes y todas sus anteriores palabras tenían por objeto entretener y aturdir al campesino; pero éste se apercibió del lazo cuando iba a hablar y se detuvo indeciso, comprendiendo que tal contestación era más importante que todas las anteriores.

Reinó un largo silencio y por fin Guzmán dijo con su tono amenazante:

—No mintáis ni permanezcáis silencioso. Decid la verdad si es que no queréis ser fusilado inmediatamente. Contestad, ¿dónde se halla ahora la baronesa?

El viejo bandolero, en quien tal pregunta había producido el efecto de un jarro de agua, aparecía sereno, inquebrantable, como si acabara de adoptar una resolución definitiva.

—No lo sé. Hace tiempo que la baronesa se separó de su sobrino y marchó no sé adónde.

—Pensad bien lo que decís antes de que nos decidamos por una resolución extrema. Por última vez vuelvo a preguntaros: ¿Dónde está la baronesa?

—Lo ignoro.

Con tal rotundidad eran pronunciadas estas palabras y tal expresión de fría testarudez notábase en el rostro del viejo, que Guzmán comprendió que iba a ser muy difícil el hacerle hablar.

La tenacidad del aldeano fanático y realista había resucitado en el viejo bandido: impedíale hablar aquella exaltación que hacía que los vendeanos muriesen tranquilos en defensa de su causa. Revivía en él el afecto inconsciente, la veneración casi religiosa a los nobles, gentes consideradas como de raza superior, y antes quería morir que contestar a una pregunta, en la cual tal vez se envolvía la perdición de una linajuda familia.

Guzmán, para quebrantar aquella oposición tenaz, intentó el medio que creía supremo.

—Avanzad, sargento—gritó al gigante que obstruía la puerta—. Coged a ese hombre y cumplid lo que dispone el decreto dictado por la Convención contra los enemigos de la patria y de la República.

Esta vez la enorme manaza de Goliat cayó sobre el cuello del viejo vendeano, quien se sintió arrastrado hasta el punto de que sus pies se elevaron sobre el suelo.

Iba seguramente a la muerte; no podía esperar compasión, y sin embargo, el terror de momentos antes no reaparecía en su rostro y mostraba ahora la fría impavidez del que cumple con su deber.

Guzmán vió todo esto lo mismo que su amigo Vadier, que se agitaba en su asiento, nervioso e indeciso, sintiéndose irritado contra aquel hombre que no quería hablar y no queriendo al mismo tiempo que le fusilasen, pues con su muerte perdían ellos importantísimas revelaciones.

La escena fué rápida. El viejo, que oprimido entre las potentes garras del coloso parecía un mísero ratoncillo, estaba ya casi al otro lado de la puerta de la habitación cuando gritó Guzmán:

—Detente, Goliat. Entra otra vez a ese hombre. Prolongaremos su vida algunos minutos a ver si logramos entendernos.

El enorme soldado, con tan pocos miramientos como antes, condujo al viejo hasta una silla y lo sentó allí rudamente, mostrando, a pesar de su subordinación, cierto pesar porque le arrebataban su víctima.

—Mirad, viejo testarudo—dijo Guzmán—. Vais a ser fusilado por no comprender el objeto de nuestras preguntas. Bien se conoce que sois un legítimo bretón y tenéis la cabeza más dura que un peñasco. Si quisiéramos aprovechar vuestras respuestas para hacer daño a los vendeanos, no os preguntaríamos por una baronesa y sus sobrinas, sino dónde está Cheret-

te, con qué fuerzas cuenta, cuál es el mejor medio para sorprenderlo, y entonces vos obraríais como un buen realista negándoos a contestar.

Al viejo parecían causarle gran extrañeza estas palabras, dichas con un tono conciliador.

—Pero como no deseamos—continuó Guzmán—aprovecharnos de vuestras revelaciones para batir a los vuestros, a quienes sabemos derrotar sin necesidad de espionajes, de aquí que nada os pregunte referente a vuestros jefes. No quiero saber dónde están Charette y sus tenientes, ni si proyectan algo contra nosotros, como parece indicarlo vuestra presencia en los alrededores de esta aldea: lo único que deseo saber es dónde se halla la baronesa. ¿Estáis dispuesto a contestar?

El silencio del viejo equivalía a una rotunda negativa. Pero Guzmán se había propuesto ser benévolo y transigente con aquel hombre y continuó con marcada expresión de halago:

—Veo que continuáis sin entenderme. Ya que sois tan estúpido os hablaré con claridad. Yo tengo gran interés en ver a la baronesa, de la que fuí en otros tiempos gran amigo: decidme dónde se encuentra, y si el viaje no ofrece grandes peligros y ella vive sola, alejada de su sobrino y de Beringel, esta misma noche iremos a visitarla y vos me serviréis de guía. Por este servicio es fácil que os libréis no sólo de ser fusilado, sino hasta de la guillotina de Nantes. ¿Qué os parece la proposición?

El viejo reflexionaba y una sonrisa fugaz cruzó su rostro. Guzmán, que le contemplaba desde la sombra, sonrió también.

Había adivinado lo que pensaba el viejo. Aquella marcha nocturna por terrenos que él, como campesino bretón, conocía palmo a palmo, proporcionábale gran facilidad para la fuga. Aceptaba la proposición; pero le parecía tan seductora que guardaba silencio como si temiera caer en un nuevo lazo, tendido por aquel hombre misterioso que se ocultaba en la sombra.

—Decidíos pronto—dijo Guzmán—entre ser fusilado inmediatamente o acompañarme al lugar donde se halla la baronesa.

—Admito lo segundo—dijo el vendeano—. Os acompañaré, ya que vuestra visita no ha de proporcionar mal alguno a la señora baronesa.

Vadier estaba asombrado por las proposiciones de Guzmán, que le parecían un absurdo; pero permanecía silencioso no queriendo turbar el interrogatorio, que indudablemente obedecía a un plan formado rápidamente por su amigo.

—Ya que logramos entendernos — dijo el capitán—, hablemos, con claridad, ciudadano *Apalea-ranas*. ¿Dónde está la baronesa?

—Allá en la selva—contestó el viejo señalando la ventana, en la cual las negras sombras de la noche y la lluvia cada vez más tenaz habían tendido un denso velo borrando el lejano paisaje.

—Eso no es decir nada, ciudadano insurrecto: la selva tiene ocho leguas de extensión; hablad, pues, más claro. ¿En qué lugar de la selva está esa mujer?

—En la torre del Obispo.

Vadier y Guzmán, a pesar de que creían conocer perfectamente el país, nunca habían oído este nombre. En ninguno de los mapas de la Bretaña lo habían leído y tampoco debían conocerlo los pocos patriotas del país que servían de guías a las columnas republicanas.

—¿Qué torre es ésa?—preguntó Guzmán.

—Es una vieja torre casi arruinada y que, según dice un barbero muy instruído que sirve de cirujano en el ejército del rey, perteneció en otros tiempos a un obispo de Nantes.

—¿Y en esa torre vive la baronesa?

—Sí, señores míos. Allí está la señora desde hace algún tiempo con sus sobrinas y otras santas mujeres que se ocultan por miedo a los *azules*.

—¿Qué distancia hay de aquí a la torre del Obispo?

—Unas cuatro leguas, señores.

—¿Cómo es el camino?

El viejo bandido sonrió irónicamente y dijo después:

—Para las gentes que se ocultan un camino es el mayor de los peligros. Por eso la torre del Obispo vale tanto; porque para llegar a ella hay que seguir

senderos que sólo conocen los animales de la selva y que el hombre huella muy de tarde en tarde.

Transcurrieron algunos minutos en medio del más absoluto silencio y sin que nada turbase la colocación de los personajes. Guzmán, en la sombra; Vadier, como asombrado por las palabras de su amigo, que le parecían extrañas; el viejo vendeano, inmóvil en su silla, pero mostrando en su rostro una confianza naciente, y el sargento Goliat en la puerta con el fusil terciado y la diestra pronta a agarrar al prisionero.

—Ciudadano insurrecto—dijo Guzmán—: creemos que has dicho verdad; ahora sólo te falta para librarte del castigo que tanto mereces ser fiel esta noche guiándonos hasta la torre del Obispo. Sargento —continuó dirigiéndose a Goliat, que inmediatamente se despegó de la puerta—: coged al preso y llevadlo a la avanzada en el camino que conduce a la selva. Esperadme allí y escoged diez hombres ágiles y atrevidos. Esta noche vamos de expedición.

El gigante agarró del cuello al viejo vendeano, quien antes de salir saludó profundamente primero a Vadier y después a la densa sombra.

Cuando los dos amigos quedaron solos, Vadier abandonó su asiento, y mirando a Guzmán díjole con expresión de dulce reproche:

—Y bien, ¿qué es lo que te propones hacer? ¿Es que estás loco? ¿Qué idea disparatada es esa de ha-

certe guiar por ese hombre en un país desconocido y lleno de peligros?

Guzmán, que también se había puesto en pie, contestó con risueño laconismo:

—Quiero ir esta noche a la torre del Obispo.

—¿A qué? ¿A que te maten? ¿A que te hagan pedazos como a los infelices mártires de Machecoul?

—No, pardiez, no quiero darles ese gusto a los vendeanos; iré a la torre del Obispo, pero será para ver a nuestras amadas, para arrancarlas del poder de la baronesa, para librarlas de un terrible peligro, porque tú, sin duda, amigo Santiago, no piensas en lo difícil que debe ser la existencia de dos jóvenes honradas y hermosas en un país donde impera ese mono libinidoso a quien llaman Charette.

Estas palabras sumieron a Vadier en profunda reflexión.

—Es verdad—murmuró con tristeza—. Urge librar a nuestras amadas del peligro en que se hallan. Pero esto no impide que sea un absurdo lo que tú piensas hacer esta noche. Además, Margarita y Luisa cuentan con la defensa de la baronesa y de Dampierre y Beringel.

—¡Bah, buenos defensores son éstos! Margarita aún puede confiar algo en el auxilio de su hermano; pero en cuanto a Luisa, mayor peligro es para ella César Dampierre que el mismo Charette. Por eso tú puedes permanecer tranquilo; pero no me disuadirás de que esta noche vaya yo a la torre del Obispo.

—Si yo pudiera acompañarte... — murmuró Vadier con desaliento.

—Acompañarme ¿para qué? En esta clase de expediciones conviene ser poca gente. Además está tu deber aquí y ni por un momento debes abandonar la media brigada, que se halla en un país hostil y casi frente al enemigo. Bastante haces con permitirme que abandone por una sola noche mi batallón y vaya a correr esta aventura.

Los dos amigos comenzaron a discutir sobre lo arriesgada que resultaba la expedición.

Vadier, impulsado por el afecto amistoso, oponíase a que su amigo arrostrase tantos peligros; pero al mismo tiempo, sus deseos de amante hacíanle encontrar tolerable la descabellada aventura.

Como argumento decisivo dijo a Guzmán:

—Ese viejo es un bandido astuto que indudablemente proyecta el deshacerse de ti. ¿No viste aquella sonrisa extraña que cruzó por su rostro al oír que te proponías marchar esta noche a donde se halla la baronesa?

—Vi esa sonrisa lo mismo que tú y sé lo que significa: la esperanza de escapar apenas estemos en lo más intrincado de la selva y de dar aviso a sus compañeros para que nos pasen a cuchillo. Pero descuida; conozco hace tiempo a ese viejo, sé de lo que es capaz y no es fácil que me engañe. Tomaré mis precauciones y durante la marcha lo confiaré a los cariñosos cuidados del sargento Goliat.

Vadier fué cediendo poco a poco en su oposición. Ya que Guzmán mostraba tanto empeño en acometer la audaz aventura, concedíale permiso para separarse de la media brigada, aunque con la condición de que no había de exponerse mucho y de que al día siguiente, en las primeras horas de la mañana, estaría ya de vuelta en la aldea.

Los dos amigos despidiéronse con un estrecho abrazo. La emoción que experimentaban era mayor que en circunstancias más peligrosas; pero a pesar de esto ninguno de los dos adivinaba que aquel abrazo sería el último que podrían darse.

Guzmán tomó sus pistolas metiéndolas en el cinturón de su sable, se envolvió en su gruesa capa de campaña y salió a la calle, diciéndole a Vadier con una expresión de confianza a toda prueba:

—Mañana al amanecer me tendrás aquí. Esto es una aventura sin importancia, de la que saldré con felicidad. Tal vez experimentes una sorpresa viéndome llegar en agradable compañía con las que tanto amamos.

Y se lanzó a la calle, recibiendo la ruda caricia de un viento huracanado que arremolinaba la incesante lluvia y sacudía los tejados y paredes de la aldea con latigazos de agua.

## IV

### CAMINO DE LA SELVA

La avanzada en que el sargento Goliat esperaba a su jefe estaba establecida en una choza de paredes de barro y techo de paja, que se estremecía a impulsos del vendaval y filtraba por muchas partes la ruidosa lluvia.

Una fogata de ramas verdes que chisporroteaban, dando más humo que calor, ardía en un ángulo de la choza, bajo una abertura del techo que servía de chimenea y por la cual penetraban gruesas gotas de agua que, cayendo sobre el fuego, producían continuos chirridos.

Goliat se hallaba sentado en un tronco cerca del fuego, con la pipa de barro entre los dientes y teniendo al alcance de su mano al viejo *Apalea-ranas,* que estaba inmóvil y encogido como si quisiera empequeñecerse, para no atraer sobre sí las miradas oblicuas y hostiles de los veinte o treinta soldados

que, sentados o de pie, fumando sus viejas pipas y silenciosos, agrupábanse en torno de la hoguera buscando un poco de calor.

Nadie hablaba. Todos estaban como en meditación, siguiendo con distraídos ojos las espirales del humo del tabaco o el negro e infecto penacho de la hoguera; pero en realidad callaban para que los ruidos fuesen más perceptibles y a su atento oído no se escapara el más insignificante roce.

Esto era lo que hacía más ruda la campaña en la Vendé.

En el ejército del Norte, ante las tropas regulares de los aliados, el soldado hacía un servicio más ligero, sin temor a viles emboscadas ni a traidoras sorpresas; pero en la Vendé, como decían los voluntarios de la República, había que dormir con los ojos abiertos, esperando a cada instante alguna estratagema diabólica del enemigo.

Especialmente en las avanzadas de las tropas de la República la vigilancia extremábase hasta un límite inconcebible.

No eran necesarias las órdenes de los jefes para evitar los descuidos. El instinto de los soldados adivinaba la clase de enemigo que tenían enfrente, su astucia diabólica, su audacia inconcebible, y esto bastaba para que a todas horas vigilasen sin dejarse vencer por el cansancio.

Si no hablaban era por temor a que el ruido de sus palabras borrase en el espacio el rumor de los

lejanos pasos; si a cada instante se asomaban a la puerta de la choza, era para ver si en la obscuridad de la campiña distinguían las negras siluetas de los centinelas, erguidos de trecho en trecho, envueltos en gruesos capotes y con el capuchón hasta los ojos; y a pesar de los extraños rugidos del vendaval bastaba el más leve rumor, que pareciese no proceder de la tempestad, para que inmediatamente los soldados lanzasen una ojeada a sus cargados fusiles que tenían entre las manos y que no abandonaban ni aun para acostarse en el suelo y dormir agitados por nerviosa zozobra.

A los pies del sargento Goliat, enroscado y cual un montón de negras lanas, en las cuales brillaban dos ojos como ascuas, estaba un enorme perro, que de vez en cuando se agitaba con nervioso estremecimiento, y avanzando la cabeza para mirar al viejo prisionero rugía sordamente.

Era el ahijado del batallón del 10 de agosto. Había ido a la guerra del Norte siguiendo a su amo, un mocetón de la Auvernia que se había inscrito como voluntario arrastrado por el general entusiasmo; el batallón había tomado cariño a aquel perrazo infatigable y fiero, que saltaba de alegría al oir la *Marsellesa* que tocaban las bandas de música, y rugía sordamente, enseñando los colmillos, cada vez que alguien, por enfurecerle, gritaba en su presencia "¡viva Luis *Capeto*!". Un voluntario del barrio de San Antonio, que tenía sus pretensiones de ora-

dor popular, y en la mochila, en vez de ropa blanca, llevaba una colección de números de *El Amigo del Pueblo,* bautizó al perro con el nombre de *Marat,* y así fué conocido en adelante por todos los individuos de la media brigada, número 56, quienes se declararon sus protectores decididos después que el voluntario auvernés cayó acribillado a balazos en una de las trincheras de Jenmapes.

*Marat* tenía todas las condiciones buenas y perversas que caracterizan al perro del soldado. Era ladrón, astuto, de apetito insaciable, ladraba ferozmente a todos los que no llevaban uniforme, los cañonazos le hacían bailar una contradanza de alegres saltos y lo mismo se comía el plato de rancho de algún soldado descuidado, que robaba una gallina en un corral lejano y la llevaba honradamente adonde estaba el batallón sin arrancarla una sola pluma.

Su amigo más íntimo, el único en quien reconocía superioridad, tal vez porque le administraba puntapiés con más frecuencia, era el sargento Goliat. Los dos sentíanse atraídos por la semejanza en fuerza y en fiereza, a pesar de que les separaba una rivalidad sorda y egoísta.

El hambre canina del perro era la pesadilla del apetito voraz e insaciable del sargento.

No le bastaba ya a Goliat el permiso de su comandante para disponer libremente del fondo de las marmitas y de lo que quedaba en los sacos de galleta; no podía, como antes, darse soberbios atracones

con la tranquila confianza de que nadie podría disputarle su enorme ración, pues al menor descuido encontrábase con que *Marat* huroneaba tranquilamente en sus provisiones.

Esto hacía que las patadas, los puñetazos, los ladridos y los rechinamientos de dientes se cruzasen con frecuencia entre el sargento y el perro; pero terminadas las horas del rancho, Goliat y *Marat* eran los mejores amigos del mundo y se buscaban con tanto ahinco como momentos antes se repelían.

Si el sargento se sentaba junto al fuego, era seguro ver entre sus piernas el enorme montón de lanas negras y brillantes del perro, y si paseaba por el campamento, *Marat* iba delante de él, saltando caprichosamente y mirándole con expresión de súplica para que le hiciese el honor de arrojar lejos una piedra e ir él a recogerla.

En aquella noche tempestuosa, cuando el sargento Goliat esperaba en la avanzada a su comandante, el perro, fiel a su cariño, ocultábase entre las piernas del sargento, rozándose contra sus deshilachadas polainas y no dando señales de existencia más que para mirar al viejo *Apalea-ranas* y rugir ferozmente.

El traje de los campesinos bretones producía en *Marat* una exaltación feroz semejante a la rabia.

En un encuentro que la columna republicana tuvo con los vendeanos, *Marat,* que marchaba a vanguardia, recibió un golpe de guadaña en el lomo, del que tardó en curarse algunos días, y desde entonces

no podía ver unos calzones bombachos, un justillo de piel o un sombrero redondo sin acometer ferozmente con las abiertas fauces erizadas de corvos colmillos.

La voz de Goliat y algunos vigorosos talonazos aplicados oportunamente eran lo que había permitido al viejo vendeano permanecer en el interior de aquella choza sin que sus piernas sufrieran deterioro.

Transcurría el tiempo y dentro de la cabaña no sonaban otros ruidos que el rítmico e incesante gotear de la lluvia y los bufidos espantosos del vendaval, que se arremolinaba en torno de la choza para arrancarle su rústica caperuza.

Las ráfagas, colándose por el agujero que servía de chimenea, hacían oscilar las humeantes llamas de la fogata, y esta luz vacilante e indecisa arrojaba a las paredes un bailoteo de sombras y hacía latir el tono rojizo de todas aquellas caras inmóviles y como abstraídas que se agrupaban en torno del hogar.

Uno de los soldados quitóse la pipa de la boca, y después de avanzar su cabeza como para oir mejor dijo con voz lenta:

—Alguien viene por la parte de la aldea.

En el mismo instante, *Marat* púsose en pie moviendo alegremente su cola.

—Es el comandante—dijo Goliat como si comprendiera lo que el perro quería decirle con sus miradas.

El sargento abandonó el tronco en que estaba

sentado y se dirigió a la puerta precedido de *Marat.*

Por aquel informe agujero que servía de entrada, arrojaba el vendaval sus finas bocanadas revueltas con la lluvia.

El sargento se caló su viejo sombrero, colocó su fusil boca abajo con la llave bajo el sobaco para resguardarla de la lluvia y esperó la llegada de su comandante.

A los pocos minutos, Guzmán, envuelto en su capa de campaña, surgió como un fantasma de aquella densa sombra empapada de agua, que lo invadía todo, y precedido de *Marat,* que había salido a su encuentro ladrando alegremente, llegó a la puerta, donde le esperaba su subordinado.

El diálogo entre los dos hombres fué rápido, conciso y en voz tan baja, que casi se hablaban al oído.

—Oye, Goliat: vamos a ir inmediatamente a la selva. ¿Te sientes capaz de acompañarme?

—Iré, mi comandante.

—Ir a la selva es meterse en la boca del lobo; piénsalo bien antes de decidirte.

—Estoy decidido.

—El prisionero nos guiará.

—No tengo confianza.

—Tú marcharás a su lado y harás lo necesario para evitar una traición.

—Esto me tranquiliza.

—¿Has escogido los diez hombres que te encargué?

—Ahí dentro están; son buenos muchachos. Patriotas de París que tendrían gran gusto en hacerle la barba a Charette.

—Procura que este perro se quede aquí.

—¿Por qué, mi comandante?

—Un animal es un peligro en expediciones como ésta; un ladrido podría perdernos.

—*Marat* no ladra si yo no se lo permito. Puede sernos de gran utilidad. Me ayudará a vigilar a ese viejo, y en caso de apuro puede servir para enviar un aviso al campamento.

—Queda admitido el perro, ya que no quieres separarte de él. ¿Tienes una cuerda?

—No; pero la buscaré.

—Busca también un pañuelo que sea fuerte y guarda ambas cosas hasta que yo las pida.

—¿No queréis nada más?

—Que salgan nuestros hombres y el prisionero. Vamos a emprender la marcha inmediatamente.

Goliat entróse en la choza y Guzmán permaneció inmóvil afuera, envuelto en su capa y sufriendo aquella lluvia torrencial.

Fueron saliendo, uno tras otro, diez soldados, co el fusil bajo el brazo y los viejos uniformes todavía calientes por el fuego de la choza. Pasaban, sin transición visible, de aquel interior, relativamente abrigado, al campo raso, donde el frío y la lluvia producían estremecimientos, y a pesar de este rápido y brutal cambio no se notaba en ellos malestar

ni enfado. Eran soldados viejos que habían pasado muchas noches como aquélla y para los cuales las penalidades y los peligros eran lo normal, lo corriente, mientras que la comodidad y el descanso constituían lo excepcional, lo inesperado.

Entre ellos salió el viejo prisionero, siempre con su aspecto frío e impasible, y fué a colocarse al lado de Guzmán, mirando con alarma al enorme perro que circulaba en torno de él, rugiente y amenazador.

Goliat salió de la choza pasados algunos minutos, y aproximándose a su comandante dijo en voz muy baja:

—Ya tengo la cuerda y el pañuelo.

—Pues en marcha—contestó Guzmán.

Y al dar los primeros pasos por el camino que conducía a la selva, el joven comandante dijo al vendeano:

—Nos conocemos hace mucho tiempo y sé de lo que sois capaz. He visto vuestra sonrisa cuando os hablé de ir esta noche a la selva. De seguro que habéis discurrido el medio más cierto de hacernos traición; pero os prevengo que detrás de nosotros van diez fusiles, que os acribillarán apenas intentéis escaparos; que a vuestro lado va el sargento que con sólo dos dedos os estrangulará, y casi rozándoos las piernas marcha ese perro, que tiene grandes deseos de degollaros de una dentallada. Sed, pues, prudente y no intentéis engañarnos, porque os va en ello la vida.

Aquel grupo de hombres, que caminaba en la obscuridad como un desfile de fastasmas, pasó la línea de los centinelas, entrando en la desierta llanura que se extendía desde la aldea hasta la selva.

Marchaban de tres en tres por un camino que la lluvia convertía en lodazal y que estaba orlado por los espesos y bajos matorrales y los peñascos de la vasta llanura.

La obscuridad continuaba, pero los ojos de los audaces expedicionarios, acostumbrados ya a la lobreguez de aquel espacio ennegrecido por la noche y por las capas de agua, adquirían un poder extraño en su mirada que les hacía percibir todos los objetos de alrededor, aunque con contornos difusos.

En el cielo, que era plomizo obscuro, distinguíanse las veloces nubes negras y densas que iban de un lado a otro, como el encrespado oleaje de un mar de tinta.

A lo lejos, y haciéndose más perceptible conforme avanzaba la expedición, marcábase la negra faja de la selva limitando el horizonte.

En un momento en que el vendaval pareció calmarse, esparcióse por la llanura el metálico sonido de una campana.

Era el reloj de la aldea que daba las nueve de la noche.

Acababan de sonar estas campanadas cuando el vendeano, que marchaba cabizbajo y silencioso, tocó respetuosamente el brazo del comandante Guzmán.

—¡Señor, señor!—dijo en voz baja.

—¿Qué ocurre?

—No tendréis queja de mí. Seré fiel y os guiaré rectamente a la torre del Obispo; pero quisiera, a cambio de mi sumisión, que me dijérais cómo me conocéis y estáis tan enterado de mi vida. Eso me preocupa y me aterra. ¿Sois el diablo?

Y el viejo bandido, que era capaz de todos los crímenes, temblaba involuntariamente al hacer esta pregunta.

—Bien pudiera serlo—repuso Guzmán alegremente—, puesto que el diablo, como dicen vuestros curas, ha hecho pacto con los *azules*. Pero, no, tranquilizaos; no soy el diablo. Si os conozco y sé quién sois, es porque una vez estuve en vuestra posada del *Gallo Rojo* y pude apreciar por mí mismo cómo dábais hospitalidad a los viajeros. ¿Dónde enterrasteis la maleta de aquel pobre recaudador de impuestos?

El viejo se estremeció al oír esta pregunta y murmuró con lentitud:

—¿Seréis vos acaso?...

—Habéis acertado. Soy el hombre que almorzaba con el recaudador y que se libró de vuestra infame emboscada. El que para salvarse os tendió a vos y a uno de vuestros hijos con sus dos certeros pistoletazos.

Hubo una larga pausa, durante la cual se oyó el chapotear de los pies en el lodo del camino.

Guzmán, en quien el encuentro con aquel bandido había despertado antiguos recuerdos, continuó sus preguntas:

—Y, a propósito: ¿qué es de vuestro hijo?, ¿qué resultado tuvo la herida?

—Mi hijo murió seis días después de aquella lucha. Yo tardé más tiempo en curarme la herida que me hicisteis.

Y el viejo, aunque seguía aparentando frialdad, profirió estas palabras con voz tan fosca y con tal expresión de odio reconcentrado que esta vez le tocó a Guzmán el estremecerse, arrepintiéndose de haber dicho quién era a aquel hombre. Adivinaba que ahora sentiría más deseos que nunca de entregarle en la selva a los vendeanos, para vengar de este modo al lobezno que le ayudaba en sus actos de bandidaje; pero a pesar de esta consideración alarmante, Guzmán no tuvo miedo ni pensó en volver atrás abandonando una expedición tan arriesgada.

Antes bien, para ocultar la impresión que había experimentado, siguió preguntando con indiferencia, como quien habla por librarse de la monotonía del camino:

—¿Y vuestros hijos? Indudablemente estarán en esas gavillas que llamáis ejército real.

—Mis hijos sirven a la buena causa.

—¿Y vuestra mujer?

—Quedó algo resentida de cierto golpe que le dieron en la cabeza. No tiene muy segura la razón, mas

no por esto deja de prestar también sus servicios a la causa de Dios.

Y otra vez el viejo, aunque intentó expresarse con afectada indiferencia, dejó notar en su voz el temblor del odio reconcentrado.

Guzmán no hizo más preguntas. Comenzaba a reconocer que era una verdadera locura su expedición y más desde que había cometido la imprudencia de descubrirse ante su feroz guía.

Mas no por esto dudó. Su valor inspiróle una resolución enérgica.

—La vida de este bandido vale poco—pensó—. Nada de consideraciones. Así que intente vendernos le salto la tapa de los sesos.

Todavía marchó la expedición como una media hora por el camino que atravesaba la llanura.

El sombrío contorno de la selva iba adquiriendo proporciones colosales y ya surgían en la llanura como gigantes medio enterrados en el barro y elevando sus retorcidos brazos al cielo algunos grupos de árboles, que eran las avanzadas del bosque.

En el punto donde el camino se hundía definitivamente en la selva, Guzmán mandó hacer alto.

El vendaval había calmado, la lluvia caía con lentitud y sólo turbaba el silencio de la noche el oleaje de la selva, cuyas ramas, estremecidas por las últimas ráfagas, producían un interminable quejido, un estertor de moribundo que se extendía gradualmente para volver a adquirir nueva fuerza.

—¡Sargento!—dijo Guzmán—. Sacad eso.

Goliat comprendió. El comandante le pedía el pañuelo que llevaba en un bolsillo y la cuerda que tenía arrollada a la cintura.

Cuando el sargento presentó ambos objetos a su jefe, éste dijo al vendeano con acento de ligera ironía:

—Amigo mío, vamos a entrar en el bosque y sería una ligereza imperdonable el que os dejásemos marchar con tanta facilidad como hasta aquí. Resignaos, pues, a que os atemos los brazos y os pongamos una mordaza. Conocéis demasiado la selva y os sería fácil desaparecer a nuestros ojos con un solo salto; pueden estar alerta vuestros antiguos compañeros y bastar un grito vuestro para avisarles. Sargento Goliat, atad a este hombre.

El coloso no se hizo repetir la orden y con una gruesa soga de cáñamo ató los brazos del vendeano sobre la espalda; pero tan fuertemente, que el viejo, a pesar de su silenciosa altivez, hizo algunos movimientos que indicaban dolor.

—Si os parece demasiado molesta la expedición—dijo Guzmán—aún estáis a tiempo para retroceder. Podéis libraros de servirnos de guía, pero seréis fusilado al llegar a la aldea. ¿Por qué os decidís? ¿Seguimos adelante?

—Adelante, sí—contestó el viejo—; iré a la torre del Obispo del modo que vos queráis, señor comandante

—¿Estáis seguro de que en el camino no tropezaremos con tropas vendeanas?

—¡Oh! Charette está muy lejos y sus nobles tenientes deben hallarse también al otro lado de la selva. La torre del Obispo está desamparada por lo mismo que nadie cree en un audaz avance de los *azules*. Podéis seguirme sin cuidado.

—El cuidado debéis tenerlo vos, viejo malicioso —dijo Guzmán con tono amenazador—. Goliat, durante la marcha, os tendrá siempre al alcance de sus manos, *Marat* irá hociqueándoos las piernas; así es que a la menor señal sospechosa, seréis estrangulado y devorado inmediatamente.

*Apalea-ranas*, con sus movimientos de cabeza, indicaba sus propósitos de ser sumiso y fiel a los azules.

Guzmán terminó su diálogo con una orden imperiosa:

—Sargento, tapad la boca a este hombre. No perdamos tiempo: ¡en marcha!

## V

### EN LA SELVA

No era aquel puñado de hombres atrevidos capaz de sentir asombro y extrañeza.

Curtidos en las trágicas aventuras de la Revolución, después de haber presenciado el asalto de la Bastilla y la toma de las Tullerías, de haberse batido en Valmy y en Jenmapes, creían no encontrar ya en el mundo cosa alguna que pudiera impresionarles, que les produjera el intenso estremecimiento de la alarma, y, a pesar de esto, aquella marcha por la selva obscura, completamente a tientas, por caminos caprichosos o a través de los matorrales, les producía un efecto extraño que quebrantaba en parte su impasibilidad e indiferencia de veteranos aguerridos.

Hacía ya más de una hora que caminaban por la selva, y Guzmán, a no ser porque de vez en cuando hacía sonar al oído el débil timbre de su reloj de repetición, hubiera perdido la noción del tiempo.

Bajo aquella bóveda de follaje, la humedad del

ambiente, aumentada por la fresca exhalación de la lluvia que empapaba el césped o había quedado detenida en la hojarasca, hacía que en el espacio existiera una neblina fresca, pegajosa y punzante, que producía en los expedicionarios el mismo efecto que si nadasen en un tranquilo lago.

Sonaban en la selva esos ruidos extraños de la naturaleza en reposo y que el eco se encarga de agigantar, convirtiéndolos como en el ronquido que lanza la dormida tierra. La caída de una rama tronchada por el reciente vendaval, los estallidos de la leña seca al hincharse con la humedad y el crujido de la hojarasca bajo los veloces y diminutos pies de alguno de los pequeños habitantes de la selva sorprendido por la inesperada expedición y asustado por el husmeo de *Marat,* causaban cierta alarma en el pelotón republicano, que avanzaba dispuesto a hacer fuego inmediatamente; pero aún experimentaban mayor impresión aquellos soldados cuando se restablecía por completo el silencio de la selva, un silencio majestuoso y anonadador que hacía pensar en una tumba gigantesca e infinita.

A pesar de las dificultades del camino que seguían y de que muchas veces había que trepar penosamente los ribazos del bosque asiéndose de las ramas y del musgo, Guzmán no perdía de vista al viejo *Apaleaseranas,* quien no daba muestras de faltar a sus promesas.

Marchaba el primero, siempre al alcance del bra-

zo de Goliat y seguido del feroz perro. Podía haber intentado varias veces el escaparse, sin tener que luchar contra otro enemigo que *Marat*, pues el sargento, enredándose en la maleza, le dejaba avanzar muchos pasos; pero el viejo deteníase inmediatamente y aguardaba que se le incorporasen Guzmán y los soldados, algunos de los cuales, a causa de la inseguridad de aquel piso empapado de agua, habían caído varias veces.

La marcha no podía ser más caprichosa. Caminaban a tientas, sin ver sobre sus cabezas más que una densa sombra, en la cual, más obscuros aún y como horribles fantasmas, destacábanse los corpulentos árboles, avanzando centenares de retorcidos brazos.

Guzmán, que no era quien menos sufría marchando a ciegas por aquella selva, que merecía el nombre de subterráneo vegetal, comenzaba a arrepentirse de su temeraria empresa. El puñado de soldados que le seguía callaba resignadamente, y cada uno de ellos levantábase sin protestar cuando el suelo, pegajoso y resbaladizo, le hacía dar de bruces contra un áspero tronco; pero a pesar de esto, el comandante reconocía que aquella hora de marcha a través de la sombra, les había quebrantado más que una larga jornada al sol y pensaba en lo mucho que tendrían que sufrir antes de llegar a la torre del Obispo.

Goliat sufría más que todos. Su alta estatura le

hacía golpearse le frente contra todas las ramas bajas del bosque; su corpulencia sufría continuos arañazos; pero a pesar de esto marchaba siempre el primero, admirando en cierto modo al viejo *Apalea-ranas,* que a pesar de llevar las manos atadas a la espalda, andaba con más seguridad que todos y ni una sola vez cayó al suelo.

Su itinerario era caprichoso. A ratos seguía alguna senda oculta del bosque; pero otras veces marchaba rectamente a través de los matorrales, escalaba los ribazos, descendía a profundas hondonadas por declives casi verticales, que sólo podían bajarse de espaldas, y atravesaba espumosos arroyos, en los cuales los *azules* se hundían hasta más arriba de las altas polainas.

Y la expedición caminaba ya dos horas a través de la selva.

Tan extraordinaria era aquella marcha, que el gigantesco sargento, a pesar de su impasibilidad en los actos de servicio, en los cuales jamás se permitía reflexionar, comenzaba a creer que su comandante había sido engañado por el viejo y miró varias veces la punta de su bayoneta, pensando en la utilidad de atravesar con ella al vendeano.

Hubo un momento en que no perdiendo de vista a *Apalea-ranas,* que caminaba erguido e impávido sin fijarse en las penalidades de los que le seguían, se aproximó a Guzmán y murmuró:

—Mi comandante: ese hombre nos engaña.

—Algo de esto empiezo a creer, pero no existe aún certeza.

—Esto no es camino ni nada. Creo que lo que quiere el viejo bandido es desorientarnos y perdernos para que los suyos nos cojan a mansalva.

—Puede que así sea, pero que el camino sea malo no supone traición. Piensa que vamos, no a un palacio, sino a una guarida de insurrectos, donde hay gentes que reclama la guillotina.

—Adelante, pues—dijo el sargento con alegre arrogancia—, yo con tal de que vos estéis tranquilo, me siento satisfecho; pero el camino se hace largo.

—Aun no podemos decir que ese viejo haya faltado a sus promesas. Aseguró que la torre del Obispo estaba a cuatro leguas y aun no hemos recorrido tal distancia. Todavía no tengo a ese viejo por traidor; pero vigílale, pues en esta guerra todo es de esperar.

Goliat siguió al lado del viejo y así continuaron marchando una hora más.

Era ya la una de la mañana, y Guzmán, por la flojedad con que le seguían sus soldados y por el cansancio que él mismo experimentaba, comprendió que era imposible continuar la marcha sin hacer un regular descanso.

Además sentía la necesidad de hablar al viejo para saber en qué punto del camino se hallaban.

Justamente acababan entonces de escalar un escarpado ribazo y entraron todos en una explanada lim-

pia de árboles y donde era menor la obscuridad, pues la bóveda de follaje quedaba rota, dejando ver el cielo.

El vendaval había terminado, y en las negras nubes habíanse hecho grandes rasgones, a través de los cuales veíase el azul obscuro moteado de estrellas.

No era muy grande la claridad en aquella plazoleta de la selva; pero a pesar de esto, los expedicionarios, al llegar allí, sintiéronse casi deslumbrados, pues su mirada guardaba aún la impresión de la profunda y tenebrosa sombra de la espesura.

Guzmán mandó hacer alto y con sus manos desató el pañuelo que cubría la boca del viejo, notando que estaba flojo y que el vendeano podía haber gritado en el caso de desearlo. Esto le tranquilizó, haciéndole tener cierta confianza en el astuto *Apalearanas.*

—¿Cómo os sentís?—le preguntó el comandante.

—Perfectamente—repuso el viejo con altanería—. Es pesado el camino y no resulta muy cómodo andar con los brazos en la espalda y la boca cerrada; pero por peores trances he pasado yo en esta vida.

El sargento Goliat, a pesar del odio que profesaba al viejo insurrecto, sentía cierta admiración mezclada de asombro al verle resistir, con inconcebible firmeza, tanta fatiga.

Guzmán por su parte también admiraba al viejo bretón, y tranquilizado por su actitud, sentía en su

conciencia un agudo remordimiento al considerar las crueles precauciones con que le hacía caminar.

—Si prometéis—le dijo—no abusar de mi benevolencia, marcharéis ahora con los brazos libres.

El viejo sólo hizo un movimiento de cabeza y Goliat hubo de obedecer a su jefe y desligar al prisionero, con harto sentimiento y refunfuñando, pues aunque admiraba la fortaleza del vendeano, esto mismo le hacía desear mayores precauciones.

Cuando *Apalea-ranas* se vió libre de las ligaduras, extendió sus brazos adormecidos con cierta expresión voluptuosa; pero pronto hubo de quedar inmóvil y en actitud de alarma, pues el cruel *Marat*, enfurecido por las ventajas que se le ofrecían al prisionero, iba en torno de él rugiendo sordamente y enseñando sus colmillos.

Guzmán hizo algunas preguntas al prisionero.

—¿Dónde nos hallamos?

—Casi en la mitad del camino.

—¿Cómo puede ser eso?—exclamó el comandante con inmensa extrañeza—. Dijisteis que la torre del Obispo estaba a cuatro leguas.

—Y así es, cuando se camina de día y la selva no está tan intransitable como esta noche; pero ahora os juro que aún faltan otras dos horas para que lleguemos a la torre.

—¿Qué creéis harán a estas horas en la torre del Obispo?

—Las señoras que en ella se refugian dormirán

ya, después de haber pasado la velada haciendo hilas y vendajes para nuestros heridos.

—¿Y nadie guarda el edificio durante la noche?

—Los defensores del rey—dijo *Apalea-ranas* con ligera ironía que pasó desapercibida—no temen a nadie dentro de esta selva; por esto sólo guardan la torre algunos viejos o convalecientes, que ayudan a las señoras en sus tareas.

—Dentro de diez minutos continuaremos la marcha. Voy a dejaros libre, pues me duele veros caminar tan penosamente; pero si os aprovecháis de esto en perjuicio nuestro vuelvo a repetiros que apenas intentéis una traición acabará vuestra vida.

Mientras se desarrollaba este diálogo, el sargento Goliat miraba a una y otra parte, como si presintiese algo extraño en la sombra.

La alarma de *Marat* le había puesto en guardia.

El perro rugía de tal modo que parecía iba a ladrar de un momento a otro y se agitaba, trazando zigszags y husmeando los sombríos matorrales.

De pronto lanzó un aullido feroz, y recto como una flecha, lanzóse en la espesura, abriéndose paso con la cabeza y desapareciendo inmediatamente.

Oyóse un grito, que más bien era un rugido de dolor, y después una voz de mujer que pedía socorro a la Virgen y a un sinnúmero de santos.

Goliat lanzóse también en la espesura y no tardó en volver llevando delante a *Marat* enfurruñado, ru-

giente y amenazador y sosteniendo con su poderoso brazo un ser mezquino que parecía una mujer.

Guzmán, no queriendo abandonar a *Apalea-ranas,* dejó que el sargento se acercara y vió entonces a una mujer pequeña, rugosa, de gran nariz y cubierta de harapos, un tipo miserable, pero con cierto aire siniestro que recordaba a las brujas de Macbet.

—*Marat* iba a devorarla—dijo Goliat—; pero he llegado a tiempo y la pobre vieja sólo ha sufrido el consiguiente susto y algunos rasguños en sus viejas faldas.

Mientras tanto la vieja, a pesar del susto que *Marat* le había hecho sufrir, miraba curiosamente a cuantos la rodeaban, a aquellos hombres uniformados con sus relucientes fusiles y en especial a *Apalea-ranas,* que permanecía inmóvil y como abstraído, cual si nada le importase el inesperado encuentro.

—¿Qué hacíais oculta tras esos matorrales?—preguntó Guzmán con acento severo.

La vieja sólo contestó con lágrimas y suspiros; pero al fin decidióse a ser más explícita.

Si a aquellas horas estaba en el bosque, era porque el hambre la lanzaba al merodeo, yendo a visitar los cepos puestos por los cazadores, para apoderarse antes que llegasen éstos de las piezas que hubiesen caído. En esta busca se ocupaba cuando el perro había caído sobre ella como una exhalación lanzándole terribles dentelladas.

La historia era verosímil y aún le daba mayor ca-

rácter el aspecto mísero y repugnante de aquella infeliz vieja.

Era cierto que en el primer instante había mirado con alarmante atención al prisionero vendeano, fijando en él su mirada de merodeadora de selva, acostumbrada a ver los objetos distantes en las noches de tempestad y a través de la densa sombra; pero este examen había sido rápido y *Apalea-ranas* no había hecho el menor movimiento que demostrase interés por aquella mujer.

Guzmán, convencido de que la vieja era un ser inofensivo, la dejó en libertad.

—Oíd, buena mujer; podéis marcharos inmediatamente a continuar vuestra busca, pero cuando salgáis otra vez a estas horas, procurad poneros lejos de perros como el nuestro.

La vieja fué a alejarse, andando con lentitud como si le doliese una pierna, a causa de terrible mordisco; pero *Marat*, que cada vez se mostraba más enfurecido contra la mujer que habían librado de sus dientes, hizo un pequeño movimiento de avance, y esto bastó para que ella retrocediese asustada, pegándose a *Apela-ranas* como si se quisiera escudar con su cuerpo.

Guzmán, incomodado por la tenacidad del perro, adelantóse para darle de puntapiés, mientras el sargento Goliat sentíase confuso e indeciso.

Era capaz de apostar su ración del día siguiente sosteniendo que aquella vieja al retroceder asustada

había hablado en voz casi imperceptible, contestando al viejo bandido, que sin mover los labios le dió alguna orden; pero como la obscuridad era tan grande y los sordos rugidos del perro alteraban el silencio, él no estaba muy seguro de haber visto ni oído bien.

La vieja al fin se alejó, mientras un soldado sostenía el perro, y cuando se restableció la calma, el sargento Goliat, rascándose la cabeza y con el aire indeciso que le era propio siempre que había de hacer una advertencia a un superior, le dijo al comandante:

—Yo, en lugar vuestro, no hubiese dejado partir a esa mujer.

—¿Qué quieres decir?

—Que no sabemos adónde va ahora esa vieja, ni a quién podrá dar cuenta de nuestra presencia en el bosque. Mejor hubiera sido retenerla con nosotros y no soltarla hasta llegar a esa torre del Obispo, que cada vez se aleja más.

Guzmán quedó pensativo algunos instantes y después murmuró:

—Tal vez estés en lo cierto, pero ya es tarde. Confiémonos a nuestra buena o mala suerte, y sigamos adelante.

La pequeña expedición descansó como un cuarto de hora en la plazoleta y continuó después la marcha.

*Apalea-ranas* marchaba siempre el primero, pero como ahora tenía libres los brazos y la boca, Goliat

extremaba su vigilancia, y si alguna vez por los accidentes del terreno el viejo se adelantaba algunos pasos, el sargento apresurábase cuidando de tenerlo siempre al alcance de su bayoneta.

Además *Marat,* como si adivinase los pensamientos de su gigantesco compañero, marchaba delante del bretón limitando su marcha y enseñándole algunas veces los colmillos como saludable advertencia.

La marcha hízose al poco rato tan caprichosa como antes de llegar a la plazoleta.

El viejo vendeano parecía tener horror a la línea recta. Tan pronto torcía a la derecha como a la izquierda, y en este zigzag buscaba siempre el terreno más difícil, los arroyos fangosos y engruesados por la lluvia, los ribazos de penoso declive y los fosos que había que saltar con gran peligro de estrellarse en el fondo.

Los soldados marchaban automáticamente rendidos de fatiga siguiendo a su jefe como obediente rebaño, sin fijarse en los lugares por donde pasaban y atentos únicamente a librarse de una caída peligrosa o a no tropezar con los árboles derribados que obstruían el paso; pero Guzmán y Goliat, que estudiaban el rumbo de su guía, sentíanse desorientados y comenzaban a dudar seriamente del viejo.

El joven comandante, a pesar de su confianza, que le hacía temerario, sentíase preocupado.

Aquella marcha caprichosa a través de la selva no era natural; adivinábase en ella el deseo de cansar

a la expedición para no llegar nunca a la torre del Obispo, o algo peor, cuya sospecha hacía que Guzmán se estremeciera de rabia, llevando sus manos a las pistolas que tenía en el cinturón.

Goliat, aunque no tan alarmado, tampoco se sentía tranquilo, y algunas veces volvía la cabeza para mirar a su comandante, como si a través de la obscuridad, con una ojeada, quisiera manifestarle su desconfianza.

Hacía ya casi una hora que habían salido de la plazoleta y Guzmán experimentó inmensa sorpresa al distinguir un árbol de figura extraña que mucho tiempo antes le había llamado la atención cerca del lugar donde habían hecho alto. Además, las sinuosidades del terreno tenían una alarmante semejanza con los alrededores de aquella plazoleta que habían abandonado una hora antes.

Por la mente de Guzmán cruzó en seguida una terrible sospecha. ¿Estaría aquel astuto bretón haciéndolos andar y desandar siempre el mismo camino para ganar tiempo y preparar su traición?

La alarma que producía en el comandante esta cruel sospecha aumentóse con un grito agudo y vibrante, que sonó algo lejano turbando el majestuso silencio de la selva.

—¿Qué es eso?—dijo Guzmán sacando una pistola y colocándose al lado del guía.

—Señor, es el grito del mochuelo.

El comandante y el sargento permanecieron algunos instantes reflexionando.

—Puede que así sea—dijo Guzmán.

—¡Mochuelos en la selva!... ¡Hum! ¡Huum! —murmuró Goliat rascándose la cabeza y contrayendo su rostro con un gesto de incredulidad.

Todo el grupo, sin darse cuenta de ello, se había detenido como si presintiera un inexplicable peligro.

—Decid, ciudadano *Apalea-ranas*—dijo Guzmán cogiendo de un brazo al maligno viejo—. ¿Cómo es que este lugar en que estamos se parece tanto a otro por el que pasamos hace una hora?

Y al decir esto, levantaba su mano armada de la pistola apuntando a la frente del bretón para asustarle.

El grito del mochuelo volvió a sonar más cerca con una entonación siniestra y extraña, como el silbido de un asesino que llama al compañero para realizar juntos el crimen.

—Demasiado cerca cantan esos mochuelos—murmuró Goliat preparando el fusil y sin ocultar su alarma.

Guzmán soltó al viejo para volverse hacia el punto donde había sonado el grito y vió cómo *Marat* avanzaba con recelo, gruñendo ferozmente, cual si se aproximara un tremendo peligro.

En el mismo instante volvió a sonar el grito del mochuelo; pero esta vez claro y vibrante, saliendo

del mismo lugar donde estaba inmóvil el pelotón de los republicanos.

Todos se estremecieron. Era *Apalea-ranas* quien acababa de lanzar aquel grito, contestando, sin duda, a alguien que se aproximaba.

—¡Ah, traidor! — rugió el gigantesco sargento, levantando su fusil.

Y antes de que el bretón pudiera huir ni esquivar el golpe, le asestó tan terrible bayonetazo de abajo arriba, que el cuerpo de *Apalea-ranas*, ensartado en el brillante acero, elevóse a algunos palmos de tierra.

Los matorrales agitáronse como pisoteados por inmenso y furioso rebaño y la sombra vomitó de pronto todo un ejército de sombras.

Aquello fué momentáneo; tuvo la vaguedad y la rapidez de un relámpago.

Los azules fueron sorprendidos por la repentina avalancha, que surgía de la sombra; pero a pesar de esto, solos y perdidos en el fondo de obscura selva, aún tuvieron serenidad para disparar sus fusiles y avanzar después sus bayonetas.

—¡A morir, ciudadanos! ¡Viva la República! —gritó Guzmán disparando sus pistolas.

Pero la resistencia resultaba irrisoria y heroica al mismo tiempo. Defenderse doce hombres contra los centenares de silenciosos demonios que arrojaba la sombría selva, era una locura y una desesperación sublime.

Guzmán recibió en la cabeza un tremendo golpe que pareció hundirle en el suelo. Zumbaron sus oídos, un torbellino de chispas azules pasó ante sus ojos y cayó de bruces, anonadado, sumiéndose en una sombra más densa y silenciosa que la del bosque.

Lo último que creyó oír fué un estallido de voces que gritaban con ferocidad:

—¡Mueran los *azules!* ¡Matadlos a todos!...

## VI

### EN LA TORRE DEL OBISPO

Cuando despertó Guzmán un rayo de sol calentaba su rostro.

Intentó incorporarse, pero a pesar de los esfuerzos de su voluntad no consiguió mover ninguno de sus miembros.

Al anonadamiento de aquel confuso despertar uníase la pesadez que mantenía inerte todo su cuerpo.

El joven, que poco a poco iba volviendo en sí y recobrando sus facultades, levantó un poco la cabeza de la tierra húmeda y musgosa sobre que descansaba, y vió entonces una gruesa cuerda que como una serpiente estaba arrollada con fuerza a su cuerpo, desde el cuello hasta los pies, envolviendo e inmovilizando entre sus anillos lo mismo las piernas que los brazos.

Guzmán, durante aquel letargo profundo y anonadador, comenzado en medio de la noche y que ter-

minaba ahora a la luz del sol, había dejado de ser hombre para convertirse en un fardo inerte, incapaz de hacer el más leve movimiento y confiado por completo a la voluntad del primero que se acercase.

Este despertar no podía ser más triste, pero la misma desgracia sirvió para que en el embotado cerebro de Guzmán renaciese inmediatamente la memoria, recordando todos los sucesos de la noche anterior.

¡Había creído morir en la obscuridad de la selva y encontrábase ahora con que indudablemente era prisionero de los vendeanos. No sabía él cuál de las dos desgracias era preferible.

Aún sentía en la cabeza un dolor agudo, como si el cráneo estuviese quebrantado por el terrible golpe de la noche anterior.

¡La idea de que estaba en poder de tan feroces enemigos causóle pavorosa impresión; pero no tardó en serenarse, recobrando su calma de valiente.

Le guardaban prisionero para fusilarlo así que le vieran restablecido. Moriría: he ahí todo. Alguna vez había de tocarle el turno de salir de la vida, y lo único que le apenaba era abandonar a su amigo Vadier, no ver más a Luisa y caer obscuramente sin que su padre el coronel Guzmán pudiera calmar su dolor con la idea de que su hijo había muerto en el campo de batalla como un héroe.

A pesar de que su situación no podía ser más desesperada, una extraña curiosidad se apoderó de

Guzmán. Quería conocer el lugar donde se hallaba, y levantando su cabeza miró alrededor.

Hallábase tendido en una pequeña pradera limitada por una cerca de maderos.

Un grupo de vendeanos, con sus fusiles entre las rodillas, estaba sentado al sol, conversando sin mirar a los prisioneros.

Eran hombres de aspecto rudo y casi salvaje, que usaban en su vestido más pieles que paño, y que bajo las alas desmesuradas de sus redondos sombreros mostraban rostros angulosos, perfiles brutales, ojos de mirar feroz, mandíbulas cuadradas y salientes y lacias melenas que descansaban sobre los hombros con toda su suciedad y miseria. Cosidos a sus chaquetas o asomando por la abertura de sus coletos, veíanse rosarios, escapularios y toda clase de amuletos en cantidad suficiente para establecer una tienda de industria piadosa.

Tenían el tipo rudo y feroz de todos los campesinos de Bretaña, pero la escarapela blanca en el sombrero y el viejo fusil lleno de groseros remiendos, les acreditaban como *soldados del rey*.

Guzmán apartó la vista del grupo de insurrectos sin sentir la menor emoción, a pesar de su fiero aspecto.

Estaba acostumbrado a la vista de tales fanáticos, y algunos había derribado él con su sable en la sorpresa de Machecoul.

Era triste morir fusilado por semejantes bandi-

dos, pero había que sobrellevar la desgracia con calma para que el enemigo no gozase adivinando su desesperación.

Paseó su vista por todo el espacio de pradera que estaba al alcance de su mirada, y vió algunos hombres que como él se hallaban tendidos y con el cuerpo casi oculto entre un rollo de apretadas cuerdas.

Guzmán los reconoció inmediatamente. Allí estaban colocados a cierta distancia uno del otro, para evitar sin duda toda comunicación, el gigantesco Goliat y tres soldados más de los que habían salido de la avanzada.

Sus casacas rasgadas y los golpes y heridas que se veían en algunas partes de sus cuerpos, puestas al descubierto, daban a entender el terrible martirio que habían sufrido antes de ser arrojados en la pradera.

Guzmán creyó en el primer momento que eran cadáveres; pero notó que los tres soldados levantaban como él, imperceptiblemente, la cabeza para mirar el grupo de vendeanos.

En cuanto a Goliat, rendido sin duda por las fatigas de la noche anterior, dormía con una confianza sublime, y alguna vez dejaba escapar sonoros ronquidos que parecían un reto insolente a los realistas que estaban junto a la cerca.

Guzmán, moviendo la cabeza de un modo que ponía en cruel tensión su cuello, intentó mirar hacia atrás y sólo logró ver el borde de una alta muralla,

en la cual, entre almenas derribadas, agitaba todo un bosque de plantas parásitas sus cabelleras verdes.

Aquella muralla ruinosa, por la cual trepaban perezosos lagartos buscando las caricias del sol, impresionó al prisionero. ¿Sería aquello la famosa torre del Obispo, para llegar a la cual había acometido tan descabellada aventura?

Este pensamiento duró poco. Su carácter de soñador y de enamorado sublevábase ante la repugnante ruina.

No; allí, tras el áspero y ruinoso paredón, cuyo borde veía, era imposible que viviese la baronesa con sus dos pupilas. A ser cierto, su instinto de amante ya le hubiese hecho adivinar la presencia de Luisa en tales lugares.

Pero la situación no era lo más apropiada para entretenerse con tales pensamientos.

Los cuatro hombres tendidos y empaquetados a corta distancia de él producíanle hondo pesar, no exento de remordimiento.

No le aterraba la proximidad de su muerte, pero lamentábase de que aquellos soldados hubiesen sufrido crueles martirios y fuesen a morir ahora fusilados sin gloria alguna, por culpa de él, que los había arrastrado a una loca aventura.

Además, impresionábale el que fuesen tres únicamente los soldados que allí estaban.

El grito de "¡matarlos a todos!", que había sido lo último que oyó en la selva al caer abrumado por

el golpe en la cabeza, explicábale la desaparición de los demás soldados.

¡Infelices héroes! Guzmán, con los ojos de su imaginación, veía sus cadáveres caídos en la maleza del bosque, desfigurados y hechos trizas por las bayonetas y las culatas de los vendeanos.

Lo que él no podía comprender era cómo se habían salvado de una inmediata muerte, él, Goliat y los otros tres hombres; pero cuando más ocupado estaba en reflexionar sobre tan inexplicable hecho, vinieron a fijar su atención algunas palabras del grupo de vendeanos, quienes conversaban con la inmovilidad grave y enfática propia de los campesinos.

—¿Y no hay esperanza de salvarle?

—Ninguna. El físico extraña que no haya muerto al recibir el golpe. Ese *Apalea-ranas,* a pesar de sus años, es todo un hombre.

—Tal vez haya muerto ya.

—Tal vez. El bayonetazo le rasgó todo el vientre.

—Recemos un padrenuestro por su alma.

Todos se quitaron el sombrero, dejando al descubierto las sucias y lacias greñas, y sentados sin abandonar el fusil rezaron durante algunos minutos.

El murmullo de la oración fué seguido por un largo silencio, pero al fin el diálogo se reanudó.

—¿Quién le dió el bayonetazo?

—Aquel grandullón que ronca como si estuviera en su cama.

—Pronto le arreglaremos la cuenta.

—Todo el tiempo que vive desde que le cogimos, constituye una injusticia y una ofensa que hacemos a Dios.

—Hay aquí mucha indulgencia, se enfría el entusiasmo y así no es extraño que Dios nos olvide algunas veces y nos derroten los *azules*.

—Antes pillábamos a un canalla de éstos para fusilarlo inmediatamente; pero ahora, desde que nos mandan condes y marqueses, se necesitan consejos de guerra y otras farsas para despachar a un *azul*. ¡Cómo si sus vidas valiesen algo!... ¡Ah! ¡Si estuviese aquí Charette!

—Pronto vendrá; todos lo deseamos. A su lado se pelea, se vive bien y, sobre todo, los soldados del rey no se pasan las horas guardando *azules* sin poder darse la satisfacción de soltarles un tiro.

—Eso va en gustos. Yo prefiero este sistema. Antes fusilabas a un *azul* y terminaba el placer; ahora se prolonga la diversión; siempre queda tiempo para fusilarles, pero retardando el momento puede uno entretenerse atormentándolos con todas las angustias y penas que ellos hacen sufrir a las buenas almas con sus sacrilegios y crímenes.

—Pues si esto te divierte, en esta ocasión habrás gozado mucho. ¡Anda, que anoche ese grandullón y los otros tres, fueron bien acariciados antes de llegar aquí!

—¡Ya lo creo! Hubo quien se hartó de darles culatazos, y la pobre mujer de *Apalea-ranas* parecía

más loca que de costumbre cuando iba en torno de ellos arrojándoles piedras y arañándoles el rostro.

—Lo que a mí me irrita más son las consideraciones que se tuvieron con el comandante, mientras sus subordinados sufrían una verdadera calle de amargura.

—En todas partes ocurre lo mismo, lo mismo en los *azules* que entre nosotros. Los jefes se respetan y se sostienen, azuzándonos a nosotros para que nos destrocemos sin piedad.

—A mí lo de anoche me produjo cierta rabia, que todavía no se ha extinguido. Cuando caímos sobre el pelotón, queríamos matarlos a todos, y ya llevábamos despachados más de la mitad, cuando se interpuso el señor Pedro, el mayordomo de la baronesa, mandándonos que respetásemos la vida de esos miserables que ahí están. Si sólo hubiera sido esto, aun podía haberse consentido; pero con ese comandante se tuvieron cuidados verdaderamente escandalosos, y lo primero que hizo el señor Pedro al verle herido en la cabeza, de un culatazo, fué ordenar a nuestro físico que le curara, poniéndole todos esos trapos.

Guzmán, que por estar atado tan fuertemente no podía tocar su cabeza, adivinó, oyendo estas palabras, que aquello que oprimía su frente calentándola era un apretado vendaje.

Los vendeanos continuaban su conversación y él siguió atendiendo el diálogo de aquel grupo de hom-

bres, entre los cuales apenas si hallaba diferencia, pues todos tenían el mismo aspecto feroz.

—Ese comandante conoce a la baronesa y tiene gran interés en verla.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo dijo anoche *Apalea-ranas* cuando luchando con las angustias de una larga agonía, fué relatando el modo cómo había conducido a la selva el grupo de los *azules*.

—Pero ¿quién fué el que avisó que el enemigo estaba cerca de la plazoleta? Porque yo no me he enterado de esto.

—Fué la vieja Baldour, la hechicera, que estaba en lo más intrincado de la selva recogiendo para sus filtros ciertas hierbas que, según ella dice, sólo sirven arrancadas a media noche. Un perrazo que llevaban los *azules* la descubrió, arrojándose sobre ella, y cuando ese gigante la agarró llevándola a la plazoleta, Baldour vió con asombro a su amigo *Apalea-ranas*, a quien los republicanos llevaban prisionero.

—Antes de pasar adelante permite una pregunta: ¿Qué se ha hecho ese perrazo que llevaban los *azules?*

—¡Qué sé yo! Debe ser un perro del infierno, o tal vez el mismo diablo que ha tomado tal forma para acompañar y guiar a sus buenos amigos los *azules*. Cuando sorprendimos al grupo derribó al que le dió el culatazo al comandante, y de una dentellada le deshizo la garganta; después mordió a unos cuantos de los que forcejeaban con ese sargento

grandote tan difícil de echar al suelo, y cuando vió perdidos a todos sus amigos, desapareció a través de las malezas, sin que al parecer llegase a tocarle ninguna de las muchas balas que se le enviaron. Sin duda era el diablo.

—Sí, el diablo sería—dijeron todos los oyentes con acento de convicción, no exento de terror supersticioso.

Hubo una breve pausa, y el joven que en aquel grupo de insurrectos parecía el más enterado continuó su relación.

—Como os decía, la vieja Baldour quedó sorprendida al ver a *Apalea-ranas*. Dos horas antes había estado ella aquí entre nosotros, y sabía que el viejo se hallaba en poder de los *azules*, lo que nos hacía sospechar que ya habría sido fusilado. Parece que *Apalea-ranas* encontró medios para decirla que nos avisara la presencia del pequeño grupo de *azules* en las inmediaciones de la plazoleta; ella vino corriendo y jadeando a dar el aviso al señor Pedro, y ya sabéis lo ocurrido desde el momento en que *Apalea-ranas* contestó al grito de mochuelo con que le avisábamos nuestra presencia.

—Parece que el señor Pedro está muy satisfecho de haber apresado a este comandante. En el primer momento, cuando le vió tendido en la selva y lo reconoció, estaba tan asombrado que no parecía creer a sus propios ojos. Debe haber en esto algún asunto de familia. Tal vez la baronesa tenga gran interés

en ver a ese *azul* para arreglar antiguas cuestiones.

—Pues no debe ser menor la impresión que habrán experimentado el conde y el marqués al saber la prisión de este jefe republicano. El señor Pedro les envió un aviso anoche mismo, y hace media hora han llegado los dos con el resto de la división. Yo los he visto entrar en la torre. Hablaban animadamente, y en sus rostros se notaba la alegría. Creo que algo se prepara, y que esto no va a ser muy bueno para el comandante.

—Lo mismo creo yo. Me parece que pronto veremos algo sorprendente que nos resarcirá de las contemplaciones que anoche tuvimos con los *azules*.

—Silencio. El señor Pedro se aproxima.

Estas palabras hicieron callar al grupo, y Guzmán, levantando su cabeza, vió que andaban por fuera de la cerca, y a lo largo de ésta, algunos hombres, de los cuales sólo distinguía los redondos sombreros.

Entró el señor Pedro en la pradera seguido de unos cuantos vendeanos sin armas.

Guzmán le reconoció inmediatamente. Era el viejo criado de la baronesa, aquel doméstico fanático que le recibía cuando visitaba el hotel de Amalia Dampierre y con quien habló al día siguiente de la fuga de ésta.

Vestía a la moda de los campesinos bretones, pero su traje era de paño fino, cubierto con un redingot

pardo, y en la cintura, sobre el correaje del sable y un par de enormes pistolas, llevaba una gran faja de seda blanca con franjas de oro.

El grupo de vendeanos se había puesto en pie respetuosamente, terciando sus fusiles, y Guzmán oyó cómo contestaban a sus preguntas, llamándole coronel, lo que le hizo sonreír, a pesar de su situación, como si se hallara en presencia de una divertida mojiganga.

El señor Pedro afectaba no mirar al sitio donde se hallaba tendido el comandante republicano; pero le señaló con un ademán, diciendo al grupo de hombres que le había seguido hasta allí:

—Desatad a ese *azul* y dejadle únicamente una fuerte ligadura en las manos. Después haréis lo mismo con los otros cuatro prisioneros.

Adelantaron aquellos hombres y Guzmán se vió empujado rudamente, volteado sobre el césped, como si fuese un fardo, y sintiendo que a cada una de aquellas vueltas aflojábase la cuerda y deshacía sus anillos, dejando sobre su cuerpo hondas señales.

Cuando Guzmán quedó libre de aquella serpiente de cáñamo que le había estrujado tantas horas, quedó reducido, como antes, a la inmovilidad. La inercia parecía haber petrificado su cuerpo, y los miembros, rígidos y muertos, negábanse a obedecerle.

Pero los sicarios, después de atar con fuerza sus muñecas, lo agarraron con violencia y le pusieron en

pie, sosteniéndole a fuerza de empujones y frotándolo de un modo tan rudo, que se quedaban entre las manos los pedazos de su roto uniforme.

El joven, reanimado por este tratamiento brutal, y deseoso de no parecer débil ante sus verdugos, hizo grandes esfuerzos de voluntad, y así consiguió andar con pasos vacilantes, como si estuviese ebrio.

El señor Pedro se apoderó de uno de sus brazos y el grupo de los rudos ayudantes fué a desatar a los otros prisioneros.

Guzmán miró fríamente al antiguo criado de la baronesa, sin mostrar una altivez impropia en tales circunstancias, pero también sin debilidad.

Los ojillos grises y antipáticos del vendeano fijáronse en él con cruel ironía, y al fin murmuró con su voz de viejo desdentado, que silbaba al salir:

—Creo que el señor Guzmán se acordará de mí.

—Sí, ciudadano; recuerdo quién sois. Ahora sois coronel, según parece, y en casa de la baronesa me abríais la puerta haciéndome una reverencia hasta los pies. Creo que no os quejaréis de la revolución, que hasta entre vosotros ha realzado a los plebeyos.

Al señor Pedro le impresionaron estas palabras, pues inmediatamente desapareció la expresión irónica de su rostro. Además, cuarenta años de domesticidad le habían infundido tal respeto a todos los seres que consideraba como de clase superior, que se sintió, ante la sencilla firmeza de Guzmán, dominado por los hábitos de servidumbre que en él existían.

Bajó la cabeza y se limitó a murmurar:

—Seguidme; os esperan.

Salieron de la pradera. El brazo del señor Pedro sostenía a Guzmán en su vacilante marcha, y así caminaron algunos minutos, saliendo de la pradera y siguiendo la cerca de maderos.

Cuando doblaron un ángulo de ésta, Guzmán pudo darse cuenta del lugar donde se hallaba.

Era una vasta explanada, que la selva limitaba por todas partes con un muro de espeso verdor.

Unos dos mil vendeanos vivaqueaban en aquel gigantesco claro del bosque, ofreciendo el mismo aspecto de confusión desharrapada que un aduar de gitanos.

Mujeres desgreñadas y haraposas y muchachos semidesnudos, de color de ladrillo, correteaban por entre los soldados del rey, que, taciturnos y silenciosos, con su carabina y su escapulario, sus zaragüelles y su escarapela blanca, iban sin objeto de un lado a otro, como si les incomodara el descanso y hasta en los momentos de calma necesitasen de un continuo movimiento.

Guzmán vió al extremo de aquella cerca que seguía, un caserón de dos pisos, construído sin duda con parte de las ruinas esparcidas por la pradera y rematado con un techo de ramaje cubierto de barro.

Más allá, y en comunicación con el mismo edificio, erguíase una torre chata y de gruesos muros, cuyo remate estaba desmoronado por el tiempo.

A las antiguas almenas que las tempestades arrebataron, había sucedido un caprichoso dentellado, obra de los siglos, y la naturaleza completaba esta obra, ciñendo a la torre una corona de plantas silvestres, que se agitaban graciosas al menor soplo de viento. Dos o tres agujeros obscuros y profundos, que hacían el papel de ventanas, y algunas grietas que subían serpenteando por los robustos muros como recuerdo de guerras pasadas, era todo lo que presentaba en su exterior aquella torre, a quien el tiempo había dado un color tétrico y sombrío.

Guzmán, de una sola ojeada, abarcó en conjunto el aspecto del paisaje; pero pronto cesó de ver la selva y el sol esplendoroso, pues su guía le introdujo en el piso bajo de la torre, una vasta pieza con bóveda de piedra, que recibía la luz por la puerta y dos ventanas bajas.

Guzmán, al entrar, la encontró muy obscura, percibiendo sólo los vagos contornos de dos o tres personas; pero poco a poco sus ojos se familiarizaron con aquella penumbra y vió claramente los rostros de los que allí estaban.

Eran César Dampierre y Renato Beringel, vistiendo levitones con esclavina, altas botas armadas de espuelas, chambergo con la escarapela realista y ostentando sobre el cinturón del sable la faja blanca de seda que era el distintivo de los jefes vendeanos.

Los dos estaban en pie, y más en el fondo, sentada en un viejo sillón de cuero, distinguíase una

mujer, en la que Guzmán adivinó inmediatamente a la baronesa.

La terrible escena que se preparaba era el peor tormento que podía sufrir Guzmán.

Hubiese preferido el ser fusilado la noche anterior en el bosque, a comparecer ahora en presencia de sus más terribles enemigos, reunidos para gozarse en su desgracia.

A pesar de lo triste de su situación, Guzmán, con las manos atadas, roto el vestido, la cabeza cubierta únicamente por una tela con manchas de sangre coagulada, avanzó resueltamente sosteniendo con firmeza las miradas irónicas de Dampierre y Beringel.

Reían éstos contemplando el triste aspecto que ofrecía Guzmán, mientras que el joven español, a pesar de su debilidad física, comenzaba a sentir interiormente la indignación que le cegaba y le enloquecía, e instintivamente agitaba sus manos como si quisiera romper las ligaduras y abalanzarse sobre sus enemigos.

Por fin, después de tan pesado silencio, hablaron los dos vendeanos casi al mismo tiempo, pues parecían tener gran prisa en abrumar con insultos al pobre vencido.

—Buenos días, señor Ricardo Wilson—dijo Beringel.

—Bien venido seáis, don Quijote de los bosques de Dampierre—gritó el brutal César, y por vía de

saludo levantó su látigo y dirigió un golpe terrible al rostro del joven.

El latigazo señaló una línea, primero blanca y después sanguinolenta, en las mejillas de Guzmán, quien lanzó un rugido y fué a arrojarse sobre él, pero se detuvo instintivamente, viendo que sus manos estaban atadas y que era imposible luchar contra sus enemigos.

Prefería devorar su afrenta en silencio, antes que divertir con una furiosa e inútil acometida a aquellos dos enemigos, y, sobre todo, a la baronesa, que contemplaba la escena con gran fruición.

César manifestóse satisfecho ante la calma con que Guzmán recibía sus insultos, y que él consideraba cobardía; y cruzándose de brazos, dijo con una expresión devota y diabólica a la par, digna de un teniente de Charette:

—A pesar de todas vuestras impiedades de revolucionario, no negaréis que hay Providencia. Mirad de qué modo tan extraño, y cuando menos lo esperabais vos, habéis venido a caer en manos de vuestros enemigos, que desean arreglaros ciertas cuentas. Lástima grande que vuestro amigo Vadier no os haya acompañado en la expedición de anoche. Hubiésemos tenido mucho gusto en verle por aquí.

Y reía brutalmente al decir esto, mientras su compañero Beringel exclamaba con expresión feroz:

—Sí es deplorable que no os haya acompañado. Tengo grandes deseos de verle para continuar aque-

lla amistosa entrevista que hace más de un año dejamos interrumpida en el Puente Nuevo de París. Estimo tanto a Vadier como mi amigo Dampierre os aprecia a vos.

Y también el conde reía estúpidamente como si fuera un espectáculo gracioso el contemplar a aquel enemigo indefenso y débil, que, a pesar de su estado, mostrábase con más dignidad y nobleza que ellos.

Guzmán se había propuesto callar y que todas las ironías de sus enemigos se estrellasen ante una fría altivez. Miraba fijamente a la baronesa, que estaba tan inmóvil y silenciosa como él, y entre los dos, como único signo de vida, cruzábanse ojeadas furiosas probando el mutuo aborrecimiento que se profesaban.

—Hacéis bien en callar—dijo Beringel cuando se cansó de reír sin motivo—. Los hombres como vos deben apelar al silencio, abrumados por sus infamias. Pero, afortunadamente, ha llegado el momento de ajustar vuestra cuenta. Intentasteis arrebatar a una joven honrada del seno de su familia con el pretexto de defenderla de no sé qué peligros ilusorios: ejercisteis de espía de la maldita revolución introduciéndoos en una casa honrada con el propósito de perder con vuestras delaciones a gentes que están muy por encima de vos; habéis acuchillado a nuestros hermanos en la toma de Machecoul; en una palabra, habéis sido un espía despreciable a cambio de un

puñado de oro y ahora sois un bandido de la República que tiene ya sus horas contadas.

—Y vos—rugió Guzmán, que no pudiendo contenerse ante tanto insulto, dió al traste con su silencio—, vos sois un cobarde que atacáis a vuestros enemigos puñal en mano y los herís cuando éstos no tienen un arma para defenderse. Os conozco, aristócrata brutal y cobarde. En los bosques de Dampierre huísteis ante mí; y ahora, si tuviera las manos libres, y en ellas una espada, un palo, cualquier cosa, huiríais también a pesar de vuestra gavilla de bandidos que vivaquean afuera. ¡Habla, cobarde! ¡Insulta, miserable!, que yo callaré despreciando tus calumnias, pues para ti mi contestación es ésta.

Y casi sin abandonar su actitud rígida e inmóvil, escupió furiosamente al rostro de Dampierre.

Este dió un rugido de fiera enloquecida. Silbó su látigo por dos veces, y nuevas huellas sanguinolentas cruzaron el rostro de Guzmán.

Dampierre estaba loco de furor. Pegaba con toda la fuerza de su robusta musculatura y con la incoherencia de la rabia mascullaba palabras atroces, prometía terribles martirios a aquel enemigo audaz e inquebrantable que, vencido y próximo a la muerte, se atrevía a hacerle la mayor de las injurias.

Era una escena repugnante la que ofrecía el jefe vendeano azotando cruelmente a un hombre con las manos atadas y que recibía los golpes con una impa-

sibilidad heroica que hacía aún más odiosa la crueldad de Dampierre.

La baronesa, irritada por tal escena y movida sin duda por un rastro de compasión que aún quedaba en su carácter de aristócrata, había abandonado su sillón y adelantó hacia su sobrino para arrancarle el látigo de las manos.

Beringel la ayudaba, pero no podía suponerse en este tiranuelo cruel y frío el mismo impulso de compasión. Sin duda proyectaba algún plan infame, para el cual era de necesidad que el comandante republicano conservara la vida.

Entre la baronesa, el conde y el señor Pedro, que hasta entonces había permanecido inmóvil en la puerta, pero que acudió a auxiliar a su señora, lograron arrancar el látigo de manos de Dampierre y se restableció la tranquilidad en aquella estancia.

La baronesa volvió a ocupar majestuosamente su asiento. Ella sabía cuál era el motivo que había arrastrado a Guzmán a la loca aventura de penetrar en la peligrosa selva; comprendía que tan audaz aventura no obedecía a un plan militar, sino al deseo de ver a Luisa y a Margarita; pero callaba, pues su altivez de aristócrata no la permitía darse por enterada de la atrevida pasión de dos plebeyos revolucionarios.

Mientras César Dampierre, que aun no había desahogado su furor, rugía sordamente mirando con odio a sus amigos, que no le habían permitido cas-

tigar a Guzmán a su placer, Beringel contemplaba fijamente al prisionero y se roía las uñas como si quisiera manifestar algo importante y rebuscara las palabras para el mejor éxito.

Por fin se decidió a hablar.

—Mirad, señor Guzmán—dijo con una expresión bondadosa impropia de su carácter—, ya sabéis que en esta guerra somos todos inexorables. Dentro de unos instantes serán fusilados vuestros compañeros y vos seguiréis su suerte. No esperéis que yo os trate con tan poca atención como mi amigo Dampierre. ¡Aunque seamos enemigos, me habéis parecido siempre un joven simpático, y lamentaría el que fueseis fusilado ahora mismo sin gloria alguna. En vos consiste el prolongar vuestra vida o hacer que acabe ahora mismo.

Guzmán oía con creciente extrañeza estas palabras amables. Sabía quién era Beringel y le extrañaba tanta bondad, adivinando tras sus dulces palabras alguna terrible y vil proposición.

—Voy a seros franco, señor Guzmán—continuó el conde—. Nuestro deseo es medir las armas con los soldados *azules* en batalla noble y campal. Deseamos adquirir gloria y nos gustaría sostener un combate con la media brigada que manda Vadier, antes de que llegue nuestro general Charette. Para esto nada mejor que el que enviéis vos una carta a Vadier diciendo que sois nuestro prisionero y rogándo-

le que con sus tropas venga a buscaros a la torre del Obispo. ¿Estáis conforme con esta proposición?

Guzmán nada contestó. Seguía envuelto en su silencio altivo y desdeñoso.

—Reflexionad bien, señor Guzmán—continuó el conde—. Con esta carta que podéis escribir y que nosotros haremos llegar a su destino, proporcionáis a Vadier un motivo para alcanzar esa gloria militar que tanto ambiciona, y al mismo tiempo os salváis vos. ¿Qué os parece nuestro plan?

Guzmán comprendió lo que deseaba aquel hombre. Quería atraer a la media brigada a alguna terrible emboscada en la selva, y apoderándose de Vadier, saciar en los dos su afán de venganza.

Por esto el comandante rompió por fin su silencio para contestar enérgicamente:

—Fusiladme; no escribiré.

El feroz Dampierre hizo un movimiento como buscando el látigo para golpear otra vez al comandante; pero se contuvo al ver la fría sonrisa de Beringel.

Los dos nobles, aunque gozaban idéntica categoría en el ejército vendeano, no se consideraban iguales. Beringel tenía sobre Dampierre la superioridad del talento, y este último, excepto en los momentos de combate, siempre se aconsejaba de su astuto amigo y se dejaba conducir por él.

El conde seguía sonriendo escépticamente.

—A pesar de los tratos que sufristeis anoche—dijo

con expresión sarcástica—, parece que no estáis bastante quebrantado y que aún queda en vos altivez suficiente para mostrar independencia y mirar a la muerte cara a cara sin temor alguno. Pues bien, no satisfaremos vuestro gusto, no tendréis ese descanso absoluto que ambicionáis al pedir que se os fusile. Viviréis, aunque sólo sea hasta mañana, y en tan pocas horas os será posible apreciar cuán pocas comodidades se gozan aquí, cuando se tiene la desgracia de querer desobedecer a los superiores.

Dampierre, al ver que se prolongaba la vida de su enemigo, hizo un movimiento como para protestar; pero bastó una ojeada imperiosa de Beringel para que se detuviera como abrumado por la superioridad de su amigo.

Tenía en él absoluta confianza. Cuando el conde prolongaba la vida del prisionero, algo asombroso y diabólico habría proyectado.

Beringel llamó con una seña al señor Pedro, quien se acercó respetuosamente.

—¿Está todo preparado?

—Todo, mi brigadier—contestó el señor Pedro en voz muy baja—. Los prisioneros serán conducidos a la explanada tan pronto como lo ordenéis.

—¿Y el almuerzo?

—Acabo de ver desde esa puerta cómo ponían la mesa.

Beringel se dirigió entonces adonde estaba la baronesa, inclinóse ante ella con una galantería propia

de los buenos tiempos de Versalles, y, después de murmurar algunas palabras, la acompañó dándola la mano hasta una puertecita que ponía en comunicación la torre con el inmediato edificio.

La baronesa desapareció lanzando sobre Guzmán como despedida una mirada iracunda y al mismo tiempo satisfecha, cual si todas las abominaciones que se preparaban la fuesen a vengar de las insolencias y desacatos que creía haber sufrido en su hotel del barrio de San Germán de parte de los dos jóvenes revolucionarios.

Guzmán sintióse cogido de un brazo por el señor Pedro y arrastrado fuera de la torre.

La vasta explanada, animada por el calor y la luz de un hermoso sol, presentaba diferente aspecto que media hora antes.

La muchedumbre armada, antes bulliciosa y dispersa, estaba ahora agrupada formando dos o tres masas inmóviles y silenciosas como si esperasen un suceso interesantísimo.

Un grupo de mujeres aullaba y se agitaba en torno de una camilla de ramaje sobre la cual estaba el cadáver del viejo *Apalea-ranas*.

Habían querido sin duda los exaltados vendeanos que aquel mísero cadáver, con el vientre desgarrado por un atroz bayonetazo, presenciase el castigo cruel que iban a sufrir sus matadores.

Cerca de la torre, en el verde césped, habían colocado una mesa y algunos asientos rústicos. Sobre el

blanco mantel ostentábanse más de una docena de botellas y algunos platos con ricos fiambres, procedentes sin duda del saqueo de alguna de las pequeñas ciudades que habían asaltado los vendeanos.

Los dos jefes realistas dirigiéronse a la mesa seguidos del señor Pedro, que arrastraba a Guzmán.

Las masas vendeanas presenciaron esta aparición con curiosidad y sin proferir un grito.

Beringel y Dampierre sentáronse a la mesa, y Guzmán quedó en pie a un extremo de ésta con su rostro pálido y macilento, y contemplando con su mirada febril los suculentos manjares.

Aquella comida despertaba furiosa en su interior el hambre hasta entonces amortiguada, el apetito voraz del hombre que ha sufrido toda clase de tormentos y fatigas, y en quien el dolor parece exacerbar aún más las necesidades del estómago.

Dampierre, que había cogido su látigo al salir de la torre, acababa de dejarlo sobre la mesa.

La vista de Guzmán tropezó con este vil instrumento que le recordaba su afrenta, y una llamarada de odio pasó por sus ojos; pero tan crueles e imperiosas son las exigencias del estómago, que otra vez atrajo toda su atención aquella abundancia de manjares.

Beringel le miraba sonriendo, como si gozara con aquel suplicio de Tántalo que sufría el comandante; pero de pronto pareció cambiar de pensamiento.

—No quiero haceros sufrir el tormento del ham-

bre—dijo a Guzmán—. Para vencer vuestra testarudez esto sería impropio e indigno. Ya que os he prometido la vida hasta mañana al menos, reponed vuestras fuerzas, que bien lo necesitaréis. Coronel, desatad a este hombre.

El señor Pedro pareció extrañar mucho este mandato; pero obedeciendo siempre a sus superiores, se apresuró a librar de sus ligaduras a Guzmán.

Este, al verse libre, avanzó sus trémulas manos a los platos.

Tenía conciencia de su degradación al aceptar la comida de sus enemigos, había algo dentro de él que le insultaba por su debilidad, molestábale la risita irónica de Beringel, a quien divertía sin duda la furia con que devoraba; pero, a pesar de esto, sentíase feliz y alegrábase con un gozo puramente animal al tener entre sus manos el tierno pan, al tragar apenas mascado el jugoso jamón y la gustosa carne y al beber los vasos de vino que con una oficiosidad irrisoria le escanciaba Beringel.

Las penalidades sufridas en la noche anterior y la debilidad producida por el golpe que recibió en la cabeza, lo excusaban todo.

A pesar de esto, apenas sintió satisfecha en parte su voracidad y ya más sereno pudo darse exacta cuenta de su situación, Guzmán dejó de comer y permaneció inmóvil como avergonzado de su debilidad.

El señor Pedro y un grupo de armados vendeanos que eran como la escolta de honor de los dos

jefes realistas, estaban de pie tras el asiento de Guzmán, prontos a caer sobre el prisionero al menor movimiento de sus libres manos que les resultara sospechoso.

Dampierre y Beringel comieron poco. Como buenos amigos de Charette, mostraron más predilección por la bebida que por los manjares, y el vino coloreó un poco las exangües facciones del conde, pálido y anémico como legítimo aristócrata.

Cuando esta clase de almuerzo hubo animado a Beringel, el señor Pedro recibió de nuevo una breve orden.

—¡Empiece ya!

Un vendeano corrió a lo largo de la cerca, desapareciendo tras el ángulo de la pradera donde Guzmán había despertado una hora antes.

Dampierre miró su reloj.

—¡Las doce!—murmuró— Aún les hemos concedido medio día a esos bandidos, que debieron ser fusilados anoche.

La muchedumbre vendeana se agitó como el público, cuando, cansado de una larga espera, ve aparecer por fin el espectáculo anhelado.

Los tres soldados republicanos y el sargento Goliat, con los brazos atados sobre la espalda y empujados rudamente, aparecieron en el ángulo de la cerca y fueron avanzando lentamente por la explanada.

Sus guardianes les conducían hacia el lugar donde estaba el cadáver de *Apalea-ranas*.

Al mismo tiempo, dos curas salieron de la casa inmediata a la torre.

Tenían un aspecto más militar que eclesiástico. Llevaban alzacuello y sotana para significar su clase, pero de su cintura pendía el sable, y por bajo de la negra túnica asomaban las botas de montar con fuertes espuelas.

Eran curas injuramentados de los que habían sublevado la Bretaña contra los gobiernos revolucionarios, y que una vez comenzada la guerra civil iban con las partidas vendeanas para seguir proclamando el exterminio general de los republicanos y rematar a sablazos los heridos después de confesarlos y darles la absolución.

Los dos curas, que siempre que la división vendeana acampaba en la torre del Obispo, formaban la tertulia de la baronesa, estaban sin duda almorzando con las señoras, cuando recibieron el aviso de que iban a verificarse los fusilamientos.

La necesidad de mostrarse fieles guardadores de las prácticas religiosas, les arrancó de la mesa, produciéndoles mal humor. Pero había que dar ejemplo a sus fanáticos admiradores mostrándose grandes y magnánimos a sus ojos, y por esto salieron ambos a la pradera, el uno con el pecho de la sotana moteado de migajas y el otro llevando pendiente del alzacuello una servilleta, que hizo desaparecer tan pronto como se apercibió de su distracción.

Aquellos sacerdotes, arrastrando el sable y con su

aire de perdona-vidas, después de saludar a los dos jefes, avanzaron por la explanada para cumplir su ministerio.

Goliat y los tres soldados formaban un grupo. Vieron cómo se aproximaban los dos curas belicosos y en sus miradas brilló una llamarada de furor.

Uno de los prisioneros, que en París vivía de dar lecciones a domicilio y había leído a Voltaire, no pudo contenerse:

—Esos canallas son los causantes de que los franceses nos exterminemos como fieras. Ellos azuzan a estos fanáticos. ¿A qué vienen aquí?

Por su parte los dos curas no mostraron grandes esfuerzos por conquistarse el afecto de aquellos que iban a morir.

Uno de ellos, el que parecía más audaz y soberbio, miró con desprecio el grupo de los *azules* y les gritó con insolencia:

—Decid, bandidos, ¿estáis dispuestos a arrepentiros de vuestros crímenes?

—Cura, no pierdas el tiempo—dijo el soldado volteriano—. Tu ama te estará esperando.

Al sacerdote debió agradarle esta contestación, pues sonrió cínicamente.

—Está bien, bandidos. Ya que queréis seguir fieles al diablo, que él cargue con vuestras almas. Sois unos verdaderos *azules*.

Y los dos curas se retiraron, yendo a confundirse con las masas fanáticas.

—No han querido arrepentirse—gritaron—. Han blasfemado de Dios; nos han insultado por ser ministros del Señor; han dicho que aman al demonio y quieren serle fieles. Ahí tenéis lo que son los republicanos.

Un grito de asombro y espanto salió de la crédula muchedumbre.

Las mujeres levantaron los brazos al cielo como rogándole que no se irritase por tan estupendas blasfemias, los hombres miraron con torvo ceño a los prisioneros, y los chicuelos, tostados y semidesnudos, comenzaron a tirarles piedras, especialmente a Goliat, que por su desmesurada estatura les parecía un ser monstruoso, de procedencia infernal.

Mientras tanto, el piquete que había escoltado a los prisioneros, preparaba sus fusiles.

Allí estaba también el señor Pedro con toda su gravedad de coronel improvisado, y al frente de un grupo de vendeanos hacía esfuerzos para repeler a la turba de mujeres y chiquillos que querían caer sobre los prisioneros para matarlos a golpes y despedazarlos.

Los dos curas entonaban el oficio de difuntos con robustas y discordantes voces, y la muchedumbre fanática, no sabiendo contestar a sus cánticos en latín, desahogaba su sentimiento religioso rezando sin parar padrenuestros con monotonía abrumadora.

Guzmán contemplaba con creciente asombro la ex-

traña escena, y en ciertos instantes creía estar soñando.

Algunos vendeanos con picos y azadones abrían desde una hora antes un profundo hoyo en el césped de la pradera, y cuando dieron por terminado su trabajo, el piquete, con los fusiles preparados, dió algunos pasos atrás como dispuesto ya a la ejecución.

—¡Eh! ¡esperad!—gritó el señor Pedro—. Ese grandullón no entra en la cuenta. Fusilad nada más a los tres soldados; hay que prolongar la diversión.

Goliat adivinó que algún horrible tormento le preparaban; pero en él no cabía la debilidad, se había propuesto morir de un modo que asombrase a sus enemigos, y por esto antes que le separasen a empujones y golpes, apartóse de sus tres compañeros, y una mirada triste y cariñosa fué su despedida.

Los tres soldados fueron conducidos hasta el borde de aquel hoyo que había de ser su fosa, y allí quedaron inmóviles, erguidos altivamente, con los brazos a la espalda y presentando sus pechos a la línea de apuntados fusiles, sin que en sus curtidos rostros se notara la menor emoción.

La turba fanática al acercarse el fatal momento redoblaba sus oraciones. Los asesinos pedían perdón a Dios por las víctimas.

Ya no eran oraciones lo que rezaban, pues sus voces discordantes entonaban con fruición unos gozos imbéciles que cantaban para enardecerse, lo mismo en los combates que al fusilar enemigos; desdichada

canción digna de ellos y que pretendían oponer a la invencible *Marsellesa.*

Justamente en el mismo instante que los fanáticos parecían tomar aliento para continuar su estúpida salmodía, resonó en la explanada un cántico que estremeció a todos, haciendo palidecer muchos rostros y oprimirse rabiosamente muchos puños.

*Marchemos, hijos de la patria,*
*Glorioso día luce ya...*

Eran los tres sentenciados que saludaban a la cercana muerte con el canto de la inmortalidad y desafiaban a sus verdugos arrojándoles al rostro el himno triunfal de las victorias republicanas.

La muchedumbre rugía de rabia y avanzó amenazante algunos pasos.

—¡Fuego! ¡Fuego!—aullaron más de cien voces.

Estalló la descarga, cayeron los tres hombres, extinguióse el canto y una avalancha de mujeres y chiquillos, arrollando al señor Pedro y sus hombres, llegó a la fosa en cuyo fondo estaban palpitantes y sangrientos los cuerpos de los fusilados.

Aún vivían. Sus ojos estaban abiertos y giraban en sus órbitas con la desesperada contracción del dolor; uno de los tres gemía sordamente y se llevaba la mano a sus heridas; pero la banda desgreñada y feroz que se agolpaba al borde de la fosa, saludó su agonía con salvajes risotadas, y los mon-

tones de tierra empujados por un sinnúmero de manos cayeron rápidamente sobre los palpitantes cuerpos.

Era horrible la escena. Los agonizantes abrían la boca para gritar y la tierra la cubría inmediatamente, movían sus miembros desesperadamente y enormes terrones o gruesas piedras los tronchaban, produciendo un seco crujido.

La alegría de aquel enjambre era horripilante. Las paletadas de tierra iban acompañadas de infames insultos.

—Gritad ahora ¡viva la Reúpblica!

—Ahí va eso, bandidos. Dadle expresiones al demonio.

—Llamad a Danton o a Robespierre para que os salve.

Y la fosa llenábase rápidamente. Pronto los agonizantes cuerpos desparecieron y tras ellos las manos alzadas en alto como pidiendo venganza a alguien que debía estar en lo alto para evitar tales crímenes.

Cuando la fosa rellena quedó al nivel del suelo, entonces las mujerzuelas y los pequeños salvajes, cuyo furor en vez de extinguirse se había excitado con el repugnante suplicio, comenzaron a patalear sobre la tumba, a apisonar la tierra, a dar dureza al suelo, como si temieran que los cadáveres fuesen a salir de su eterno encierro.

Guzmán había presenciado de lejos toda la escena; pero percibió sus horrorosos detalles.

Conocía de antiguo la ferocidad de los vendeanos; pero nunca creía que fuesen capaces de alcanzar tal grado de salvajismo. Un sudor frío corría por su rostro. No era miedo a la muerte, era horror a lo desconocido, a las invenciones infernales de aquellos atormentadores, lo que agitaba a Guzmán. Comprendía que le obligaban a presenciar tal espectáculo para aterrarle y que no cogiese con rebeldía las proposiciones de Beringel.

Sólo quedaba Goliat. ¿Qué irían a hacer de él?

Rodeado por algunos vendeanos, su enorme figura descollaba sobre los sombreros de éstos, atrayendo las miradas furibundas y las pedradas del maléfico enjambre.

El pobre Goliat presentaba un aspecto horroroso. Estaba casi desnudo de la cintura arriba; el martirio sufrido la noche anterior y los empujones de la multitud habían destrozado su traje, y sólo algunos jirones de ropa blanca quedaban para cubrir aquel pecho ruidoso y ardiente como una ruidosa fragua, y los músculos poderosos, prominentes y tirantes, que se hinchaban bajo la áspera piel cubierta de espeso vello.

Las ofensas de la multitud marcábanse ya en su rostro. Las pedradas de los chicuelos ensangrentaban su cabeza, y aquel gigante temible, que a tener libres los brazos hubiera derribado su escolta, había

de permanecer inmóvil sin poder librarse de las ofensas de muchachos y mujerzuelas y haciendo esfuerzos por permanecer sereno e impasible, aunque sin lograr que en sus ojos se apagase una llamarada de inmensa cólera.

La muchedumbre sentíase dominada por una cruel alegría.

Hasta los más austeros vendeanos sentían deseos de niño feroz y parecíales a todos muy gracioso el jugar con un gigante y mutilarle cual si fuese un mísero insecto.

Además, a este deseo salvaje uníase la consideración de que Goliat había sido el autor de la muerte de *Apalea-ranas*.

Allí estaba el cadáver a pocos pasos del preso y los guardianes de Goliat obligábanle a mirarlo, al mismo tiempo que el grupo de mujeres, capitaneado por la esposa del muerto, aullaba con el arrebato de la locura.

—¡Que lo corran!—gritaba un infinito vocerío—. ¡Que no lo fusilen! ¡Traedlo hacia aquí para que lo veamos todos!

Y los guardianes miraban al señor Pedro como esperando su orden para empujar inmediatamente al prisionero hacia la feroz multitud.

El llamado coronel sonreía complacido y miraba a la lejana mesa donde estaban sus jefes, como si esperase una orden.

—¡Qué diablo!—exclamó por fin—. La gente quie-

re divertirse. Soltadlo, pues, y que buen provecho haga a todos este grandullón endemoniado.

Se abrieron las filas de la escolta y Goliat, ya al descubierto, fué empujado hacia la inquieta muchedumbre, que saludó a su víctima con un rugido de feroz alegría:

—Dejadle pasar—gritaban los que no estaban en primera fila—. ¡No lo matéis en seguida! ¡Que haya para todos!

Y al par que proferían estas súplicas feroces, los grupos empujaban y arremolinábanse buscando al prisionero para saciar en él su odio a los *azules*.

El oleaje de gestos feroces, de brazos levantados y de bocas vociferantes envolvió a Goliat, quien con los brazos atados en la espalda, indefenso, pero siempre altivo y valeroso, penetró en aquel mar de rugientes odios, destacando su cabeza por encima de sus enemigos.

El indefenso gigante avanzaba a través de los grupos, que se abrían dejándole libre el paso para prolongar más su agonía.

En su robusto y endurecido cuerpo sentía los arañazos de las mujeres, los mordiscos de los muchachos y los terribles golpes que un sinnúmero de culatas descargaban sobre él.

Aquella marea de terribles tormentos iba subiendo rápidamente y pronto el sereno rostro del gigante fué objeto de dolorosas injurias. Un bayonetazo le rasgó una mejilla, una de sus orejas pendía sólo de

un poco de piel; la sangre, goteando por los aplastados cabellos, caía sobre sus ojos cegándole, y cuando instintivamente bajaba la cabeza para parar los golpes, un sinnúmero de manos tiraban de su cabellera o de sus bigotes arrancándolos, y terribles dedos penetraban en sus abiertas heridas, pellizcando y tirando de la inflamada y sanguinolenta carne.

El infeliz hacía esfuerzos para conservar su impasibilidad, para no dejarse dominar por el terror y seguía avanzando lentamente entre los aullidos de la muchedumbre y la lluvia de martirios.

Deseaba un golpe anonadador que acabase con su vida; pero los verdugos querían prolongar el suplicio y todos sus golpes, aunque crueles, no eran capaces de extinguir el fuego vital que latía en tan extraordinario organismo.

De pronto el gigante dió un rugido que destacó sobre el vocerío de la muchedumbre.

Una terrible pedrada acababa de aplastarle un ojo y en su rostro ensangrentado destacábase como un horrible agujero la vacía cuenca, de la que colgaban rojas piltrafas.

No era posible sufrir más.

El dolor era en él más doloroso que el deseo de mostrarse impasible ante los tormentos, y aulló como un león, deseoso de morir matando. Tenía las manos inmóviles sobre la espalda y agarrotadas con tanta fuerza que le era imposible moverlas; pero le

quedaban su boca, sus piernas, su gigantesca corpulencia, que era un terrible ariete.

Se revolvió furioso, mordió a cuantos estaban al alcance de sus dientes, crujieron huesos bajo sus vigorosas patadas e instantáneamente formóse un ancho círculo en torno de aquella masa informe, cubierta de sangre, que giraba con las convulsiones de la locura y en la cual brillaba como un ascua el único ojo que le quedaba.

—¡Matadlo! ¡Está rabioso! ¡Tirad sobre él!

Y este vocerío fué seguido de unos cuantos tiros que derribaron el cuerpo del coloso.

Entonces el horror de la escena llegó a un límite repugnante. La multitud abalanzóse sobre el caído cuerpo que aún tenía vida, todos quisieron pasar sobre él, empujáronse los grupos con el ansia de patear al caído, y miles de pies, taconeando sobre Goliat, pasando y repasando en diabólica contradanza, convirtieron el cadáver en una masa informe, pegajosa y aplanada; en una papilla cuyos jugos absorbió la tierra y en la cual mezclábanse los músculos aplastados con los fragmentos de hueso y los harapos de tela.

Asquerosos trofeos elevábanse sobre la multitud; pedazos del cuerpo de Goliat goteaban en las puntas de las bayonetas, y la mujer de *Apalea-ranas,* que separando las costillas del cadáver había arrancado el corazón, aullaba de alegría agitando aquel pedazo de carne sangrienta y lo pasaba por el rostro del ca-

dáver de su esposo como si pretendiera que éste, después de muerto, devorase a su matador.

Esta escena de caníbales duró más de un cuarto de hora.

Guzmán, que desconocía el miedo, sentía terror al ver de cuánta ferocidad eran capaces aquellos seres, y en ciertos instantes seguía creyendo que era víctima de espantosa pesadilla.

Los dos jefes vendeanos habían contemplado la escena con marcada complacencia, sin experimentar repugnancias y sin dejar de beber.

Cuando la muchedumbre cesó de gritar y dió por extinguido su afán de exterminio, Beringel cambió de postura en su asiento y dijo con expresión indolente:

—Muy bien; ya acabó ese bravucón.

Dampierre sonrió con ferocidad y dijo fijando sus insolentes ojos en Guzmán:

—Lo mismo os ocurrirá a vos, buen mozo, si mañana os negáis a escribir a vuestro amigo. Por cierto que nuestra gente tendrá más gusto en aplastar a patadas a un comandante republicano que a un sargento.

Las palabras de aquel odiado enemigo disiparon en Guzmán la expresión de terror de momentos antes. Olvidó el fusilamiento de los soldados y el atroz suplicio de Goliat para pensar únicamente en los insultos de que él había sido objeto dentro de la torre.

¡Ah! Pero esta vez, gracias al diablo, sus manos

estaban libres y nadie le impedía devolver golpe por golpe, paladeando el amargo goce de la venganza.

La escena tuvo la rapidez de un relámpago.

Antes de que los dos jóvenes realistas se dieran cuenta de lo que sucedía, Guzmán empuñaba ya el látigo que Dampierre había dejado sobre la mesa, y avanzando gritaba con los ojos fijos en su enemigo:

—Me golpeasteis cobardemente cuando no podía defenderme y ahora os devuelvo los latigazos ante todo vuestro ejército. Golpe por golpe.

Y mientras decía esto, su látigo, describiendo veloces curvas en el espacio, caía por dos veces con silbido estridente sobre el rostro de César Dampierre, a quien el asombro parecía haber enclavado en su asiento.

Lo que siguió después fué una verdadera tempestad.

Un terrible grito se levantó en toda la explanada, los vendeanos más inmediatos a la mesa abalanzáronse sobre Guzmán, y después de arrancarle el látigo arrojáronlo al suelo para golpear sin misericordia, y toda la masa adelantóse amenazante, cual si fuese a devorar al audaz que se atrevía a desafiar la cólera de algunos miles de hombres.

Beringel, empeñado en conservar la vida de Guzmán, púsose en frente de los que avanzaban con el sable desenvainado, mandándoles, como jefe, que no diesen un paso más, y mientras era obedecido a regañadientes, Dampierre permanecía en su asiento,

rugiente de dolor y ocultando el rostro entre las manos para que no se vieran las escoceduras del látigo.

Guzmán, en el suelo, bajo una verdadera lluvia de puntapiés y culatazos, tenía los ojos puestos con extraña fijeza en el único balcón del edificio anexo a la torre.

Cuando le derribaron, después de su audaz venganza, atrajo su atención un grito femenil que sonó allá arriba y que en su entonación especial delataba inmenso dolor y no menos sorpresa.

Había creído ver en el balcón dos trajes de vivos colores, dos rostros que evocaban en él dulces recuerdos; pero esto fué tan rápido, que la visión resultó insegura. Un momento después, la única mujer que se veía en el balcón era la baronesa, contemplando, fría e impasible, cuanto pasaba en la explanada.

Guzmán, mientras le molían a golpes, pensaba en la posibilidad de que Luisa y Margarita le hubiesen visto realmente desde el balcón, retirándose en seguida, confusas y aterradas, ante las órdenes imperiosas de la baronesa, que indudablemente tendría interés en que ignorasen sus pupilas la presencia del comandante en la torre del Obispo.

## VII

### EL AUXILIO DE "MARAT"

A costa de muchos esfuerzos, el prisionero se libró del suplicio con que le amenazaban las irritadas masas.

El señor Pedro, obedeciendo al conde de Beringel, se encargó del prisionero, y escoltándolo con un fuerte piquete lo condujo, atadas de nuevo sus manos, a un calabozo subterráneo abierto en los cimientos de la torre del Obispo.

El joven comandante permaneció allí muchas horas atolondrado por los golpes que había recibido y no sintiendo en su embotado cerebro otra idea que la posibilidad de que Luisa y Margarita fuesen las dos apariciones momentáneas que había columbrado en el balcón.

El tenue rayo de sol, que penetrando por una alta ventana a flor de tierra trazaba en la pared del calabozo una mancha de oro, fué desvaneciéndose len-

tamente y al fin el frío soplo del crepúsculo comenzó a extenderse por la tétrica estancia, en la cual las sombras eran ya tan densas como a media noche.

A esta hora fué cuando el señor Pedro entró para encargarse nuevamente de la conducción del prisionero.

Anochecía cuando Guzmán salió a la explanada.

En el dilatado espacio de cielo que aquella gran plaza de la selva dejaba al descubierto, comenzaban a brillar las primeras estrellas y la luna asomaba su disco por encima del muro de ramaje que cerraba el horizonte.

El prisionero encontróse inmediatamente con Beringel, que se paseaba cerca de la torre con expresión pensativa.

Nadie le acompañaba, y por más que Guzmán miró a todos lados, no consiguió ver la antipática figura de César Dampierre.

Cuando Guzmán llegó ante Beringel una mujer se aproximaba a ellos atravesando la pradera.

La más absoluta calma había sucedido al espantoso aquelarre de la mañana. Los vendeanos, que acababan de digerir su rancho de la tarde, preparábanse a dormir y eran muy pocos los seres que se mostraban en pie en la dilatada llanura. Esta parecía haber sufrido una erupción, pues eran infinitas las pequeñas chozas de ramaje que sobre ella se habían levantado y que vistas a la indecisa luz del crepúsculo parecían grandes tumores.

Beringel se gozó en contemplar el mísero aspecto de Guzmán, que iba casi desnudo y con el rostro manchado de coágulos de sangre.

Para el conde, que le había visto en otros tiempos hermoso, altivo y arrogante, esto le proporcionaba en cierto modo el placer de la venganza satisfecha.

Reinó un largo silencio, durante el cual Guzmán permaneció impasible ante la mirada escudriñadora e irónica de aquel enemigo.

Dos o tres veces miró al balcón de la casa con la esperanza de volver a contemplar aquellas apariciones, de cuya realidad dudaba ahora; pero experimentó profunda decepción al verlo obscuro y cerrado.

Las palabras del aristócrata volviéronle a la realidad.

—Oíd, Guzmán. He tenido compasión de vos y quiero evitaros que paséis la noche en un obscuro calabozo. La mujer de *Apalea-ranas* se encargará de vuestra custodia hasta mañana al amanecer y junto a ella pasaréis muy bien la noche al raso. Creo que no os quejaréis de mi atención.

Guzmán no quiso contestar a estas palabras, dichas con una ironía mortificante. Bien adivinaba el significado de tales atenciones. En concepto de Beringel era sin duda sobrada comodidad e intolerable calma el que permaneciera toda la noche solo y aislado en el fondo de una mazmorra y había discurrido entregarlo a la viuda de *Apalea-ranas* para que

le acosara con terribles tormentos, propios de su locura y del afán de vengar la muerte de su marido.

Ella era la mujer que cruzaba la pradera y que quedó inmóvil a corta distancia de Beringel y Guzmán, contemplándolos con fijeza.

—Avanza, mujer—le gritó el conde.

La mujer se acercó. Era aún la misma posadera, hombruna y feroz, del *Gallo Rojo;* pero en su mirada notábase la brillantez y el extravío propios de una locura intermitente.

—Vas a encargarte de este hombre—dijo Beringel—. Lo guardarás toda la noche y mañana vendrás a presentarlo vivo en este mismo sitio.

La posadera asentía a todo con estúpidos movimientos de cabeza.

—Puedes hacer con él cuanto gustes, con tal de que no pierda la vida.

Esta autorización hizo que aquel rostro salvaje se contrajera con un gesto de alegría, mostrando su dentadura blanca y deslumbrante.

—Tú debes conocer a este hombre. Es el jefe de los *azules.* Tu marido, antes de morir, dijo que él había estado una vez en vuestra posada y hasta creo que aseguró que él fué el autor de cierto golpe que trastornó tu cabeza. Mírale; veas si lo reconoces.

La mujer avanzó, puso sus manos rudas sobre los hombros de Guzmán, y pegando su rostro al de éste, le miró por unos instantes con sus ojos de loca.

—¡Sí! ¡Es él!—exclamó riendo ferozmente—. Lo

reconozco; es el que me machacó la cabeza a la puerta de nuestro *Gallo Rojo*. ¡Oh, Virgen María! ¡Gracias por el encuentro! Por fin eres mío, bandido.

Y sacudió un fuerte bofetón en el rostro de Guzmán.

El conde intervino.

—Guarda eso para después. Tiempo tendrás de acariciar al prisionero y aun presumo que has de cansarte.

Beringel volvióse después a Guzmán para decirle con su vil ironía:

—Quedáis bien guardado hasta mañana, señor Guzmán. No diréis que no soy amable al daros por guardián a una mujer. Tal vez las atenciones de esta señora os convenzan más que mis exhortaciones y mañana os decidáis a escribir a vuestro amigo para que venga a visitarnos. Os vuelvo a repetir que si mañana os mostráis tan terco como hoy, tendré el gusto de haceros despedazar antes de que llegue el medio día. ¡Buenas noches!

Y llevándose la mano al sombrero saludó irónicamente a Guzmán.

La viuda de *Apalea-ranas*, que se había separado para entrar en la casa anexa a la torre, salió a los pocos instantes con una gran cuerda, en la que hacía un nudo corredizo.

—¿Qué es eso?—la preguntó Beringel, que iba a retirarse.

—Un collar que fabrico para mi perro.

Y rió brutalmente sus mismas palabras, considerándolas como un hermoso chiste.

—Cuida que el prisionero no se escape y no te alejes mucho del campamento.

Retiróse Beringel y la feroz mujer ciñó el lazo corredizo al cuello de Guzmán, tirando inmediatamente de la cuerda.

—¡Arre! ¡Arre!—aulló sofocada por su risa feroz.

Y Guzmán, con las manos atadas a la espalda, hubo de seguirla para no ser estrangulado por la tirante cuerda.

La resignación de aquel hombre tan maltratado por la desgracia, resultaba hermosa y conmovedora; pero no había en todo el campamento vendeano ningún ser capaz de apiadarse de tanto infortunio unido a tanto valor.

Si en la torre del Obispo existían almas tiernas y sensibles, estaban sin duda ocultas y cohibidas por una vigilancia tiránica.

Al atravesar el campamento aquel horrible grupo formado por la feroz mujer y el triste prisionero, algunos vendeanos, interesados por el espectáculo, incorporáronse, y sacudiendo la naciente somnolencia, rieron brutalmente al ver un jefe republicano que era conducido a tirones y golpes como un ser irracional.

—¿Adónde vas con tu bestia?—gritaron algunos.

—¿Dónde has comprado ese buey?

Y de casi todas las chozas salían groseros insultos y brutales carcajadas; pero la posadera callaba y seguía tirando, deteniéndose algunas veces para dar puntapiés al prisionero o golpearle con el extremo de la cuerda.

Una banda de chiquillos, como ronda de malignos duendes, rodeó al prisionero, arrojándole piedras o pinchándole con agudos palos.

Esto enfureció a la loca. Mostraba la misma indignación que aquel que ve en manos ajenas un objeto de su propiedad, y agachándose varias veces, comenzó a aullar arrojando piedras a los muchachos:

—¡Largo, granujas! ¡Fuera de aquí! Dejad a mi bestia; sólo yo puedo pegarle con autorización del señor conde. Marchaos u os descalabro.

Y tanto gritó y amenazó a los muchachos, que éstos, después de haber sido alcanzados varias veces por las uñas de la loca, fueron rezagándose y al fin dejaron en paz al prisionero y su conductora.

Abandonaron la explanada para entrar en la arboleda.

La luna, que filtraba sus oblicuos rayos por entre el follaje, iluminaba fantásticamente el extraño grupo.

La posadera, desgreñada, haraposa y con el rostro feroz, parecía una furia, arrastrando camino del infierno una alma encadenada.

Anduvieron algunos minutos por entre los árboles

y la loca no se detuvo hasta llegar al pie de un alto ribazo.

—¡Al suelo, animal!—gritó azotando con su cuerda al prisionero.

Y Guzmán dejóse caer sobre el césped, al mismo tiempo que recibía una verdadera lluvia de azotes de manos de la furiosa arpía.

Aullaba de gozo al poder maltratar a su sabor a aquel hombre odiado.

—¡Toma, asesino de mi hijo! ¡Ahí va otro, matador de mi marido! ¡Toma éste, perro republicano!

Y con estos gritos, que salían barboteando de rabia de su boca, contraída por un gesto feroz, iba acompañando sus golpes, que parecían embriagarla y sumirla en un goce extraño y salvaje.

Por fin, o se fatigó la feroz mujer o la recomendación de Beringel reapareció en su memoria, pues cesó de golpear al prisionero, que había permanecido inmóvil sentado sobre el césped y sufriendo en su pecho y en su rostro los azotes de la loca.

—Dentro de un rato—murmuró la feroz mujer—empezaremos otra vez.

Y se arrojó al suelo, donde comenzó a agitarse con terribles convulsiones. La excitación causada por los tormentos a que sometía a su prisionero, era lo que resucitaba en ella la amortiguada demencia.

Guzmán, que a fuerza de experimentar martirios iba resultando ya insensible al dolor, permaneció inmóvil contemplando con extraña curiosidad la furio-

sa mujer, que lanzando rugidos y con la boca espumeante, rodaba por el suelo como una pelota.

A la luz de la luna y en aquel apartado rincón de la selva, la escena tenía un carácter fantástico.

Poco a poco fué amortiguándose el furor de la feroz bretona, que cesó de voltear por el suelo, quedando al fin tendida de espaldas, con los ojos cerrados y la respiración jadeante.

La crisis nerviosa había pasado, sucediéndola una languidez anonadadora, y al poco rato oyó Guzmán la ruidosa y silbante respiración de la vendeana dormida profundamente.

El soldado valeroso que no había temido á nadie en terribles batallas, experimentaba ahora la dulce tranquilidad del débil que se libra de un peligro, viendo rendida por el sueño a aquella furia que anhelaba martirizarle con inauditos suplicios.

El majestuoso silencio de la selva y la frescura de la noche, produjeron en Guzmán agradable impresión, amortiguando un poco los efectos de aquella serie de tormentos que había sufrido durante todo el día.

A pesar de esto, su situación era bien difícil, y Guzmán no pudo menos que pensar en ella. Sus brazos, embotados por larga inacción y heridos por las apretadas cuerdas, estaban cruzados sobre la espalda, y además apenas si tenía libre la cabeza, pues la feroz mujer conservaba asido fuertemente el extremo de

aquella gruesa cuerda de cáñamo que oprimía el cuello de Guzmán.

En tal situación le era imposible moverse ni intentar la defensa contra un enemigo peor que los vendeanos y que se aprovechara de la sombra y el silencio para caer sobre él.

Guzmán pensaba en los lobos, que atraídos por el incendio y la carnicería propios de la guerra, recorrían el país en grandes bandas, abandonando muchas veces los bosques para penetrar audazmente en las aldeas. El prisionero temblaba ante la idea de ser atacado por tan feroces enemigos en aquel rincón de la selva, y cuando más pensaba en esto, oyó a sus espaldas el ruido de la hojarasca como si un animal se arrastrara sobre ella. Volvió la cabeza y vió en lo alto del ribazo una sombra negra, aplanada y enorme, que a la difusa luz de la luna tenía la apariencia de un animal fabuloso.

Guzmán tembló y sintió impulsos de gritar para que la dormida guardiana acudiese en su auxilio; pero antes de que la voz pudiera salir de su garganta, el monstruo se replegó en lo alto del ribazo y saltó después, ágil y silenciosamente, cayendo a los pies del prisionero.

Este reconoció inmediatamente al enorme *Marat,* el perro prohijado por el batallón del 10 de Agosto.

En ninguna ocasión se mostró el fiel animal tan discreto y conocedor de la situación.

La alegría que le causaba el encontrar al coman-

dante, la manifestó con movimientos de cola y pasando su hocico por el martirizado rostro de Guzmán, sin que se le escapara el más ligero gruñido de satisfacción. Daba vueltas en torno del prisionero, deteniéndose algunas veces para lanzar miradas de hostilidad y alarma a la mujer dormida y volviendo después a acariciar al destrozado cautivo.

Esta escena duró algunos minutos, sin que el perro hiciese otra cosa que mostrar su alegría.

Guzmán, que en el primer momento al ver aparecer a *Marat* habíase sentido dominado por una repentina esperanza, comenzaba a creer que el encuentro con el fiel animal de nada le serviría.

De pronto tuvo una idea. La esperanza de salvarse comunicóle una rara energía, animando su cuerpo quebrantado.

Sentíase capaz, en compañía de *Marat,* de atravesar toda la selva e ir en busca de sus amigos; pero para ello necesitaba tener las manos libres y abandonar el ribazo sin que se apercibiera de ello la feroz bretona, que con sólo un grito, agrandado por el silencio de la selva, podía difundir la alrma por todo el campamento vendeano.

Guzmán, ladeando su cuerpo cada vez que el perro intentaba acariciarle, presentábale la espalda y las dos manos cruzadas y atadas con algunas vueltas de cuerda.

*Marat,* extrañando el movimiento con que eran recibidas sus caricias, parecía no comprender, hasta que

por fin dió un ligerísimo gruñido y se abalanzó sobre las manos de Guzmán, buscando delicadamente con sus colmillos el punto donde podía hacer presa en las ligaduras.

La operación fué difícil y duró mucho tiempo. Guzmán oía a sus espaldas el crujido de los dientes triturando el cáñamo y vigilaba con ansiosa alarma a la dormida mujer, temiendo que despertara antes de que él estuviera libre.

Por fin sintió que las ligaduras se aflojaban, y haciendo un esfuerzo violento con sus manos, la cuerdecilla vino al suelo.

Ya tenía libres los brazos, ya podía creer en la realización de su fuga; deseoso de no perder tiempo para devolver a sus miembros embotados y muertos por la inacción la vida y la fuerza que necesitaban, comenzó a frotar uno con otro, haciendo de este modo que la sangre circulara nuevamente.

Mientras tanto, *Marat,* cada vez más satisfecho de su papel y más penetrado de la gravedad de la situación, avanzó cautelosamente hasta colocarse junto a la viuda de *Apalea-ranas,* que seguía durmiendo profundamente.

Guzmán poco a poco fué poniéndose en pie, cuidando de evitar los movimientos violentos en la gruesa soga que aún conservaba al cuello y cuyo extremo seguía empuñando la mujer.

Cuando estuvo derecho ensanchó el lazo corredizo

y se quitó el collar de cáñamo, considerándose ya desde entonces como en definitiva libertad.

Salir del bosque lo consideraba Guzmán una tarea sencilla, aunque desconocía por completo el camino.

Estaba débil y quebrantado; pero al verse libre de ligaduras, después de un día de prisión y martirios, una inmensa alegría inundaba su ser y volvía a surgir en él la confianza en las propias fuerzas, que tan audaz le hacía en todas ocasiones.

El comandante miró a la bretona por última vez, dudando entre alejarse inmediatamente o prevenirse contra la alarma que produciría aquella mujer al despertar y verse sin el prisionero.

La prudencia le hizo adoptar este último medio, y aunque se sentía débil y con pocos deseos de luchar, abalanzóse sobre la mujer, arrancándola con vigoroso empuje la cuerda que aún conservaba en las manos.

Despertó la viuda de *Apalea-ranas,* y a pesar de la sorpresa que experimentó viendo libre al prisionero, quiso gritar para difundir la alarma en el lejano campamento; pero una mano de Guzmán que se aferraba a su garganta y los amenazantes rugidos de *Marat,* quien descargaba todo el peso de su cuerpo sobre el pecho de la bretona obligáronla a callar.

Guzmán no anduvo torpe en librarse de su fiera enemiga. Arrolló la gruesa soga fuertemente en torno del cuerpo de la mujer, impidiendo todo movimiento a sus piernas y sus brazos, y despojando a la prisionera del pañuelo que llevaba al cuello, vendó su boca

para impedir el grito de alarma que denunciase su fuga.

Cuando la fiera bretona quedó en el suelo atada y amordazada como un paquete humano, sin voz y sin movimiento, Guzmán llamó a *Marat* con un ligero silbido, y el perro abandonó aquel cuerpo que sofocaba con su peso.

El perro colocóse delante del joven, y ambos, abandonando el ribazo, emprendieron la marcha.

Guzmán marchaba a la ventura. Desconocía la selva y estaba completamente desorientado, por lo que se confiaba a *Marat*, aunque con la triste certeza de que éste ignoraba, tanto como él, el rumbo adecuado para salir del bosque.

Creía el comandante que *Marat*, después de escapar al iniciarse la refriega de la noche anterior, había vagado por la selva sin saber cómo salir de la inmensa arboleda y encontrándole a él casualmente; pero pronto experimentó una agradable sorpresa al notar que el perro marchaba con seguridad en línea recta.

Esto hizo que el comandante sospechase la verdad. Sin duda *Marat* conocía el camino para salir de la selva y lo había recorrido antes, yendo tal vez a la aldea donde estaba Vadier para avisarle con su presencia todo lo ocurrido y volviendo después en busca de los prisioneros, de los cuales sólo encontró a Guzmán.

El joven iba pensando en la inteligencia de aquel fiel animal; pero pronto tuvo ocasión de admirar aún

más su sagacidad, viéndole detenerse y husmear con alarma.

Pasados breves momentos de olfateante espionaje, *Marat* se arrojó fuera del camino y el joven le imitó. Aplanóse el perro con la intención manifiesta de hacerse menos visible; Guzmán siguió el ejemplo arrojándose al suelo, y así los dos, despacio y evitando los crujidos de la hojarasca, fueron arrastrándose lentamente.

Más de una hora invirtieron en adelantar de este modo unos quinientos pasos, pero Guzmán no se arrepintió de este retraso en su marcha, pues elevando su cabeza por entre los matorrales, vió algunos vendeanos que hacían el servicio de escuchas y que, seguros de que los *azules* no habían de atacarles, conversaban alegremente sobre los suplicios de Goliat y sus tres compañeros.

Cuando Guzmán y el perro estuvieron lejos de aquellos hombres, irguiéronse y continuaron su marcha a paso acelerado.

El comandante no se dió cuenta exacta de lo que caminó aquella noche. Debieron ser muchas horas, pues al fin aquel océano de árboles que parecía prolongarse hasta lo infinito, daba vueltas en torno de su cabeza, que estaba agitada por el oleaje del vértigo.

La debilidad hacía temblar sus piernas; pero a pesar de esto, seguía caminando automáticamente, ex-

tinguidas las fuerzas físicas, pero animado por la voluntad tenaz de salvarse.

Por fin la arboleda cesó bruscamente. Había llegado el fugitivo al término de la selva, y allí, al ver ante sus ojos la dilatada llanura, que con sus insensibles repliegues parecía a la luz de la luna un mar luminoso con islotes de sombras, Guzmán reconoció que había salido del bosque por un camino distinto al que había seguido la noche anterior para entrar en él.

La aldea debía hallarse muy lejos; pero Guzmán, fiando siempre en la inteligencia de su perro, dejóse guiar por éste, que, sin vacilaciones, marchó en línea recta hacia occidente.

A la media hora de marcha, el joven no pudo resistir tantas fatigas y se dejó caer sobre un peñasco, donde permaneció mucho tiempo, siendo invadido por un profundo letargo.

Cuando despertó, la luna se hundía lentamente en el horizonte, descolorida y opaca ante la faja de luz azulada que iba marcándose en el oriente.

Sintió en el rostro una cosa fría y pegajosa que le acariciaba. Era la lengua de *Marat*, quien aullaba débilmente intentando reanimarle.

Guzmán, transido por el fresco del amanecer y con el cuerpo entumecido, púsose en pie impulsado por un supremo arranque de su voluntad.

A lo lejos blanqueaban los muros de la aldea, y esto pareció comunicar al joven nuevo valor.

Volvió a emprender su marcha con las piernas vacilantes y temiendo a cada momento caer al suelo. El deseo de llegar a la aldea era la única fuerza que le mantenía en pie, y seguía caminando atemorizado por la duda de si tendría fuerzas suficientes para reunirse con sus amigos.

Cuando aún le faltaba mucho camino para llegar a la aldea, detúvole la aparición de una mujer pequeña, vieja y encorvada, que venía hacia él con una hachuela y un manojo de cuerdas. Era sin duda una miserable aldeana que se encaminaba al bosque para cortar algunos haces de leña.

Al llegar a pocos pasos de Guzmán detúvose asombrada, reconociendo en los harapos sangrientos que le cubrían el uniforme de los *azules*.

El comandante tuvo aún fuerzas para hablar con voz débil.

—Decid, buena mujer: ¿están muy lejos los centinelas de la brigada?

La vieja sonrió con expresión sarcástica.

—¿De qué centinelas habláis? ¿De los republicanos?

Guzmán contestó con un movimiento afirmativo, y casi se desmayó oyendo la respuesta de la campesina.

—En la aldea no queda ya ningún *azul*. Anoche a las ocho marcharon los vuestros a la selva en busca del general Charette. Yo creí que la función había

comenzado ya, y que érais uno de los pocos fugitivos que quedaban con vida.

Y la vieja decía esto con insolencia, como segura de que una expedición por el interior de la selva debía terminar con una completa y feroz victoria de los suyos, o sea de los vendeanos.

En el modo de mover la hachuela que empuñaba su diestra, adivinábase los deseos que tenía de aprovechar el encuentro con aquel *azul,* débil, quebrantado y vacilante, para librar de un enemigo la causa del rey; pero inspirábale cierto cuidado el enorme perro, que cual si adivinase sus ocultas intenciones, rondaba en torno de ella gruñendo y enseñando los colmillos.

La vieja se dispuso a continuar el camino para sustraerse de malos pensamientos.

—¡Buena suerte!—dijo sonriendo irónicamente, y se alejó.

Guzmán no pudo resistir más. Aquella inesperada marcha de sus compañeros acababa con su escaso valor, y desalentado cayó al suelo, sintiendo ganas de llorar como un niño.

Su desaliento era inmenso. No le quedaba más auxilio que el de *Marat,* aquel animal fiel que ahora se mostraba triste y aullaba como si comprendiera lo terrible de la situación.

El comandante disponíase a morir. Allí acabaría su vida, vencido por la inacción y el hambre, sus huesos blanquearían en aquella llanura si antes no

llegaba una turba de aldeanos realistas, que con cobarde ferocidad se encargaran de destrozarle y aniquilarle como al desgraciado Goliat.

Lo que más le apenaba en su triste situación era la suerte de Vadier.

Todo lo adivinaba con asombrosa intuición. Vadier, alarmado por la presencia de *Marat* en la aldea, había comprendido que su amigo era prisionero de los vendeanos, y con el noble deseo de salvarle, decidióse audazmente a penetrar en la selva para batir al enemigo, a pesar de que éste tenía en su favor el conocimiento del terreno y las emboscadas.

Guzmán daba ya por muerto a Vadier, víctima noble afecto amistoso, y esta seguridad era lo que le hacía transigir con su triste situación sin desesperarse.

Puesto que Vadier estaba perdido, él debía morir.

Y pensando en esto se extendía sobre el suelo con la fatalista resignación del musulmán, que alejado de la caravana se tiende en la arena del desierto esperando impasible la llegada del arcángel de la muerte.

De pronto, los ladridos de *Marat* atrajeron su atención.

El perro alarmábase mirando un grupo de hombres armados que se acercaba, y tras los cuales, a larga distancia, distinguíase la masa confusa de un ejército en marcha.

La escasa luz del amanecer no permitía distinguir con claridad los uniformes de aquella fuerza que

marchaba como de avanzada; pero Guzmán no dudó ni un solo instante.

Serían vendeanos: la división acampada en la torre del Obispo, que avanzaba después de haber exterminado las fuerzas de Vadier, o el ejército de Charette que al fin marchaba sobre Nantes luego de haber atravesado la selva.

Una sonrisa fúnebre contrajo el rostro de Guzmán. Llegaba para él el remedio apetecido. Ya no moriría abandonado en aquella llanura sin otra compañía que la de *Marat*. Caería como un valiente bajo el plomo del enemigo.

Hizo un esfuerzo desesperado; después de andar a gatas consiguió ponerse en pie, y vacilando como un borracho, plantóse en medio del camino.

—¿Quién vive?—le gritó una voz enérgica y grave.

—¡Tirad, cobardes! ¡Viva la República!

Guzmán, después de este grito, esperó en vano la descarga.

Vióse rodeado de hombres armados, algunos brazos le estrecharon cariñosamente y él se desmayó de sorpresa y emoción.

Aquellos hombres vestían el azul uniforme de los soldados de la República.

# VIII

## LA CATÁSTROFE

Al anochecer salió de la aldea la media brigada republicana.

Vadier, desde el instante en que la presencia de *Marat* en la aldea, le hizo sospechar lo que había ocurrido a Guzmán en la noche anterior, perdió la calma, experimentando con anhelo la necesidad de entrar cuanto antes en aquella selva, terrible guarida de los bandidos vendeanos y en la cual no sabía si encontraría aún vivo a su amigo el audaz español.

No se le ocultaba a su pericia de soldado los grandes peligros que había que arrostrar para ir en busca de su compañero, ni lo descabellado que era marchar con dos batallones al encuentro de fuerzas que preocupaban seriamente a todos los generales de la República.

Además, su deber como militar era obedecer las órdenes de sus superiores, aguardando con calma la

llegada de aquella división que había de reunírsele para impedir el avance de Charette sobre Nantes; sabía que intentando por propia cuenta un movimiento aislado, con la derrota como única esperanza, corría el peligro de atraerse la cólera de aquella terrible Convención, que lo mismo guillotinaba a los generales traidores que a los que no sabían triunfar; pero a pesar de cuantas reflexiones le dictaba la prudencia para hacerle desistir, siempre quedaba algo dentro de Vadier que le impulsaba a la loca aventura, a aquel avance audaz, capaz de aterrar a los más atrevidos veteranos.

El combate que internamente sostuvieron en Vadier el afecto amistoso y sus deberes militares duró poco tiempo.

—Si yo me hallase en la situación de Guzmán (si es que el pobre aún vive), tengo la convicción de que él no vacilaría en socorrerme. Vamos, pues, a buscarle y... ¿quién sabe si mi atrevimiento me proporcionará una victoria? Nada hay imposible para los soldados de la República. Danton lo ha dicho: audacia y siempre audacia.

Y el joven caudillo, después de formular interiormente este razonamiento como argumento supremo, dió a la media brigada la orden de marcha.

No sabía el camino, pero en cambio la claridad de la noche venía en su auxilio y hacía menos penosa la marcha.

Cuando llegaron al lindero del bosque ya había

circulado por toda la columna el verdadero motivo de aquella marcha nocturna a través de un país desconocido. Iban a librar a sus infelices compañeros aprisionados por los bandidos, y esta noticia inflamaba el entusiasmo de los soldados republicanos, los cuales, como verdaderos hijos de una época de audaces avances y sublimes atrevimientos, sólo sentían simpatía por las empresas extraordinarias y asombrosas.

La columna, como animada por extraño instinto, internóse en la selva, caminando con bastante rapidez y siguiendo una dirección que, aunque no muy exacta, iba aproximándola a la torre del Obispo, lugar desconocido para Vadier, pero cuyo nombre le obsesionaba.

Dos guardias nacionales de Nantes servían de guías a la columna. Desconocían los senderos de la selva; pero eran expertos en adivinar señales y rastros imperceptibles que dejaban los vendeanos, y a esto se debía el que la expedición no se extraviara en su marcha y el que a costa de vacilaciones y rodeos se fuera aproximando adonde estaban acampadas las fuerzas enemigas.

Vadier iba al frente de la vanguardia, a pie, llevando su caballo de las riendas, y entre los dos batallones de infantería rodaban las cuatro piezas de campaña, que pasaban a través de la maleza, más que por los violentos tirones de los rocines, por el esfuer-

zo de los soldados, que en los pasos difíciles se agrupaban a las ruedas empujándolas violentamente.

La columna marchaba silenciosamente, como una sombría procesión de vengativos espectros, y únicamente delataba su presencia el sordo rumor de las ruedas aplastando la maleza o haciendo saltar los guijarros y los miles de pies que se hundían en el terreno húmedo y fangoso.

Miraba Vadier su reloj a la luz de la luna en un claro del bosque y se convencía de que era más de media noche, cuando un fogonazo surgió de una masa obscura de árboles y una bala pasó silbando por entre los primeros soldados de la vanguardia.

Acababan de tropezar con las avanzadas de los vendeanos.

El tiro produjo efecto en toda la columna. Los fusiles apuntaron a la sombría parte del bosque que tenían enfrente y una descarga general iba a contestar al disparo aislado del centinela insurrecto, cuando Vadier gritó a sus soldados:

—¡Nada de fuego! ¡Guardad los cartuchos!... ¡A la bayoneta!

Y el primer batallón, obediente a la voz de Vadier, apenas acababa éste de proferir su frito, se lanzó con la bayoneta calada sobre el lugar que ocupaban las avanzadas enemigas.

El resto de la columna siguió adelante y los cuatro cañones eran llevados casi en volandas por cen-

tenares de brazos, pareciendo seres animados que galopaban sin tocar el suelo.

De todas partes surgían rojos fogonazos; los disparos de los vendeanos eran certeros, pues caían algunos de los que avanzaban; pero sólo algunos minutos les costó el desalojar de sus posiciones a las avanzadas enemigas.

Los vendeanos no esperaban aquel ataque y resultó fácil el desbaratarlos. Era tan audaz el avance de los republicanos, tan inesperada su aparición en aquella selva, donde nunca habían osado penetrar los *azules,* que los vendeanos, arrollados por las bayonetas, aún dudaban de la realidad de aquel ataque.

Vadier tenía en su favor lo arriesgado de tan loca operación, la sorpresa que ésta causaba en los enemigos y lo poco preparados que estaban para sufrir el rudo empuje de aquella avalancha de soldados excitados, por el deseo de salvar a sus compañeros y de vengarles, exterminando al enemigo.

En esta situación quedaban anuladas para los vendeanos las ventajas de conocer exactamente el terreno donde se desarrollaba la lucha.

Ellos mismos, en su retirada, huyendo ante las bayonetas de los republicanos, marcaban a éstos el camino que debían seguir para llegar a la torre del Obispo.

En ningún combate se dió Vadier cuenta menos exacta de lo que ocurría, que en aquel combate nocturno. Avanzaba siempre con el sable en la mano y

sin reparar en peligros, y varias veces los granaderos que le rodeaban hubieron de contenerle respetuosamente para evitar que, avanzando demasiado, cayese en una celada.

Una hora duró aquel combate a través de la selva, avanzando briosamente la columna, a pesar del tiroteo cada vez más certero y ruidoso que contra ella dirigían los vendeanos.

En la entrada de aquella vasta explanada, sobre la cual alzábase la torre del Obispo, fué donde los realistas extremaron la resistencia.

Hubo que dar varias cargas a la bayoneta, a la luz de la luna y por entre los grupos de árboles, cada uno de los cuales era una verdadera fortaleza. Los cuatro cañones de la brigada, puestos en batería, comenzaron a vomitar metralla sobre la muchedumbre que ocupaba la explanada, y a las primeras descargas vióse cuán decisivo era en aquella sorpresa el auxilio de la artillería.

Cejaron los vendeanos, en quienes la estupefacción y el asombro habían quebrantado el valor tenaz y fanático que les caracterizaba; una carga a la bayoneta, dada por los dos batallones, acabó de decidir la dispersión; huyeron los realistas a la desbandada, y como una avalancha destructora penetraron los republicanos en la llanura, esparciéndose en todas direcciones para perseguir a los grupos enemigos que corrían a refugiarse en la otra parte de la selva.

Vadier, al ver a la luz de la luna la torre del Obispo con el edificio adherido a ella, no vaciló en dirigirse a dicho punto, olvidando por el momento la persecución de los enemigos. Un grupo de granaderos le seguía.

La sorpresa había sido completa. De la torre y el caserón salían galopando sobre veloces caballos algunos hombres a medio vestir, que demostraban ser los jefes, y los curas sorprendidos en lo mejor de su sueño.

Un carricoche estaba situado a la puerta del caserón. Piafaba impaciente el caballo enganchado al vehículo, y alguien gritaba desde su interior, agitado por la angustia.

Dos caballos de silla estaban también a corta distancia, inmóviles, sin asustarse por los disparos y el infernal estruendo que reinaba en la explanada.

—¡Los *azules*! ¡Que vienen los *azules*!... ¡Van a degollarnos!... ¡Pronto, niñas!

Esto fué lo que oyó Vadier al aproximarse al carricoche. Era una voz cascada y temblorosa por el miedo, que salía del interior del carruaje.

Casi al mismo tiempo vió aparecer en la puerta del caserón dos hombres que llevaban como a viva fuerza a dos mujeres vestidas de blanco y en las cuales se notaba esa estupefacción que impide los movimientos y produce la parálisis del miedo.

Aunque la vaga luz de la luna no permitía apre-

ciar con exactitud el rostro de aquellas gentes, Vadier conoció a las dos mujeres.

Experimentó una interna sensación, como si un espíritu misterioso le anunciase al oído el nombre de aquellas fugitivas.

—¡Adelante! ¡Rayos y truenos!—gritó a los granaderos que le seguían—. ¡Que no se nos escape ninguno!

Y corrió hacia el carricoche con el sable levantado y seguido del pelotón de granaderos.

La escena fué rápida. Un vendeano viejo, que por su traje e insignias parecía un jefe, intentó impedir el paso de Vadier disparándole un pistoletazo; pero el jefe republicano contestóle con una estocada que lo tendió muerto a sus pies.

Era el señor Pedro, el criado de confianza de la baronesa, que en un supremo arranque de doméstica lealtad había saltado del interior del carricoche al aproximarse el peligro.

Los dos jefes que acompañaban a las mujeres abandonaron los brazos de éstas para tirar de las espadas y defenderse. En el mismo momento el carricoche salió escapado a todo galope del robusto rocín que de él tiraba, saltando sus ruedas sobre los vendeanos que caían en la desordenada fuga.

La confusión aumentaba en la explanada y el pavor producido por la sorpresa hacía que todos se contagiasen de la general cobardía.

Los dos jefes vendeanos veíanse próximos a que-

dra envueltos por el grupo de granaderos, y esto bastó para hacerles retroceder.

El peligro les obligaba a olvidarse de las dos mujeres que conducían. Quedar allí inmóviles un momento más era desafiar a la muerte, y por esto retrocedieron instintivamente buscando sus pacientes caballos, que con tan asombrosa inmovilidad aguardaban. Saltaron a sus sillas cuando ya casi rozaban sus pechos las bayonetas de los granaderos republicanos, y clavando espuelas salieron en desenfrenado galope perseguidos por el tiroteo de los azules, que corrían tras los caballos, deteniéndose únicamente para disparar.

La pradera estaba ya casi desierta. Sólo en el centro de ella veíase la artillería de la brigada, pues los dos batallones habíanse desparramado por la parte opuesta del bosque, persiguiendo a los fugitivos vendeanos.

Vadier, con la misma sorpresa que si despertara de un sueño, se vió entre aquellas dos mujeres que, mudas, absortas, vestidas de blanco y a la luz de la luna, tenían el aspecto de las apariciones fantásticas.

El asombro y el miedo no les permitía reconocer a Vadier, y éste, por su parte, contemplaba a una de ellas absorto y como en estática adoración.

—¿Me conoces, Margarita?—dijo al fin con voz dulce y cariñosa.

—¡Ah! ¡Eres tú!

—¡Sois vos, señor Vadier!

Y Margarita y Luisa, al lanzar estas exclamaciones con expresión de inmenso asombro, aproximáronse al jefe republicano con movimiento instintivo, reconociendo en él un protector para el terrible miedo que sentían.

—¿Y Guzmán?—preguntó Vadier con expresión angustiosa.

Un triste lamento de Luisa Dampierre fué la contestación a tal pregunta.

Las dos jóvenes callaban como si quisieran evitar a Vadier un terrible dolor; pero por fin cedieron a la necesidad de comunicar sus penas, y mientras Luisa lloraba silenciosamente, Margarita fué la que relató todo cuanto sabían.

Ignoraban cuál era la suerte de Guzmán; pero indudablemente debía haber muerto ya.

Ellas le habían visto un momento desde el balcón de aquella casucha, maltratado por los vendeanos, martirizado del modo más infame, y era indudable que los feroces realistas le habrían fusilado ya como a otros infelices, cuyos cadáveres guardaba en sus entrañas aquella explanada funesta.

Más de media hora transcurrió sin que los tres jóvenes hiciesen otra cosa que dirigirse ansiosas preguntas, sin fijarse muchas veces en lo extraordinario de la situación y como si deseasen llenar cuanto antes el gran vacío formado en sus vidas por una ausencia tan prolongada.

Las dos jóvenes encontraban muy agradable el ser

prisioneras de los republicanos. A pesar de hallarse alejadas de sus parientes, mostraban cierto terror al pensar que podían reunirse de nuevo con los vendeanos y ambas hicieron un movimiento de repulsivo terror al oír el nombre de Charette en labios de Vadier.

Sus explicaciones fueron francas. Temían al terrible general realista, cuya llegada a la torre del Obispo había sido anunciada, y antes que verle de nuevo, preferían gemir bajo el despotismo de la baronesa Amalia o vivir con la intranquilidad que proporcionaba el trato del brutal y lascivo César Dampierre.

Las dos jóvenes recordaban aún con horror los dos días que habían pasado en Machecoul estando allí el audaz Charette. Un momentáneo respeto a la baronesa y a Renato Beringel había contenido los ímpetus licenciosos del monstruoso cabecilla, el cual, después de un ataque de los republicanos, se separó de las fuerzas que mandaban el hermano de Margarita y César Dampierre; pero las dos mujeres tenían la certeza de que si Charette volvía a verlas no sería tan comedido y respetuoso y su honor correría gran peligro.

El toque de las cornetas vino a arrancar a Vadier de aquella conversación que le abstraía hasta el punto de olvidar el lugar donde se hallaba y los grandes deberes que estaba obligado a cumplir.

Las tropas republicanas, que acaloradas en la per-

secución se habían esparcido por el bosque, volvían atraídas por el toque de llamada, y reuniéndose, entraban en la llanura yendo a formarse junto a los cañones.

Vadier, vuelto en sí y repuesto de aquella embriaguez amorosa que le había producido el encuentro con Margarita, dedicóse a averiguar la suerte de Guzmán, por el cual lloraba la pobre Luisa.

A pesar de que en aquella guerra feroz nunca se daba cuartel al fugitivo, habíanse hecho un centenar de prisioneros, mujeres de rostro fiero y hombres ceñudos y silenciosos que miraban torvamente al jefe de los *azules*.

Vadier les interrogó, y después de grandes esfuerzos para hacerles hablar, no supo gran cosa.

Ellos habían visto a Guzmán cuando era golpeado cruelmente en la puerta de la torre, después le habían contemplado en poder de la viuda de *Apalea: ranas*, atravesando el campamento con paso vacilante y sufriendo los mismos tormentos que una bestia reacia; pero nada más sabían, y lo mismo podían creer que aún vivía el comandante, que asegurar su muerte.

La vaguedad de estas noticias sumió a Vadier en profunda y triste reflexión. Margarita, junto a él, pretendía hacer creer en la posibilidad de que Guzmán se hubiese salvado, y Luisa lloraba silenciosamente presa de un dolor inmenso e inaccesible a todo consuelo.

El estrépito de una descarga sacó a Vadier de su abstracción.

Era que comenzaba el fusilamiento de los prisioneros vendeanos.

En aquella guerra sin cuartel era desconocida la misericordia. Las feroces represalias iniciadas por los realistas convertían a los hombres en fieras, y después de un combate se fusilaba a los prisioneros con la mayor sangre fría.

Vadier, que influído por las ideas de destrucción, entonces en boga, encontraba natural y lógico aquel castigo, no se impresionó al oír las descargas, y lo que es más extraño, las dos jóvenes tampoco mostraron terror al oír el rugido de la fusilería y ver los fogonazos, que como bocanadas de fuego atravesaban el espacio, alumbrado por la luz de la luna. Adivinábase que aquellas dos señoritas estaban acostumbradas a presenciar horrendas hecatombes desde que marchaban entre las tropas vendeanas.

Sólo Margarita Beringel, más tierna o más expansiva, murmuró con doloroso desaliento:

—¡También aquí!... ¡También los *azules* matan!

Algunos oficiales de la media brigada se aproximaron adonde estaba el jefe para pedirle órdenes y Vadier hizo entonces que las dos jóvenes entrasen en el caserón.

Los oficiales dieron a su jefe informes que resultaban algo alarmantes.

Algunos prisioneros, momentos antes de caer fu-

silados, aseguraban con feroz expresión que no tardarían en ser vengados, y hablaban de Charette como de un salvador que debía ya estar próximo a la torre del Obispo.

Podían ser estas afirmaciones producto de la fe ciega que aquellos fanáticos tenían en su jefe; pero por vía de precaución, Vadier, aunque permitió descanso a su gente, ordenó que todos los soldados conservasen el fusil, colocando, además, fuertes avanzadas en las inmediaciones de aquella explanada.

Mientras que los soldados, tendidos en el suelo alrededor de los cañones, se entregaban a ese sueño ligero propio de los hombres cuando están en situación peligrosa, Vadier se paseaba solo por frente al caserón, no queriendo penetrar en éste ni avistarse con las dos jóvenes para que sus subordinados no pudieran hacer malévolas conjeturas.

Mientras paseaba Vadier forjábase risueñas ilusiones, y dominado por su imaginación, creía que el tiempo iba transcurriendo con vertiginosa rapidez.

Ya tenía él formado su plan. Al despuntar el día emprendería la retirada con sus tropas para ir a ocupar la misma aldea de donde había salido.

Entristecíale no haber encontrado a Guzmán, cuyo hallazgo era el principal objeto de tan arriesgada expedición; pero al no tener la certeza de la muerte de su amigo y el encontrarse dueño de Margarita Beringel, producíale gran alegría.

Se casaría con Margarita tan pronto como le fue-

se posible ir a Nantes, y... ¡quién sabe si encontraría al fin a Guzmán y éste sería el esposo de Luisa Dampierre!

Y Vadier, animado por tan gratas ilusiones, con la cabeza inclinada y los brazos a la espalda, paseaba apresuradamente por frente al caserón, sin fijarse en que el fulgor de la luna debilitábase y una faja de luz azulada y vagorosa se iba extendiendo por el cielo.

Sonó un tiro, tras éste siguió una descarga y al fin estalló un estrépito infernal en la parte de la selva por donde habían huído los vendeanos.

Vadier tiró de la espada dando gritos; los oficiales iban de una parte a otra imitando a su jefe y llamando a los tambores y los cornetas; pero antes de que sonase el toque, ya estaba la brigada en pie, con esa prontitud de los soldados viejos que duermen recelosos y están habituados a todas las sorpresas de la guerra.

Uno de los batallones corrió a auxiliar a las avanzadas que sostenían el fuego contra el oculto enemigo, y las descargas conmovieron el bosque como una tempestad de interminables truenos.

Vadier, desde el centro de la explanada donde estaba la artillería, y sin ver al enemigo, adivinó su importancia con ese buen golpe de vista propio de los que han nacido para mandar ejércitos.

Debía ser Charette con seis o siete mil hombres el que atacaba las avanzadas republicanas, pues los

*azules,* a pesar de su fiera tenacidad, comenzaron a retroceder, viéndose a los soldados entrar de espaldas en la explanada, siempre con la cara vuelta hacia el enemigo y disparando contra la espesura de la selva, de la que salía una granizada de balas y una tempestad de aullidos.

—¡Retroceden los nuestros!—gritó un oficial que estaba al lado de Vadier—. Creo, ciudadano coronel, que debíamos enviar la mitad del segundo batallón para sostener el primero.

—No—contestó el jefe con acento triste, pero firme—; lo conveniente es que el batallón siga retrocediendo, si no quiere verse envuelto. Van a atacarnos por otra parte.

Y apenas dijo esto comenzaron a sonar tiros frente a la torre del Obispo. Era otra columna vendeana que intentaba penetrar en la explanada por un punto distinto.

En el nuevo lugar de ataque eran muy débiles las fuerzas republicanas y a los pocos instantes el pelotón de *azules* salió de la selva a la desbandada y los anchos sombreros de los vendeanos comenzaron a asomar entre la arboleda.

Notábase en todas partes el irresistible empuje de una fuerza superior y arrolladora.

El primer batallón retrocedió a la carrera para ir a agruparse en torno de las piezas de artillería mientras el segundo atacaba a la bayoneta a un torrente de hombres desharrapados y feroces, que saltando

del bosque a la explanada y despreciando el fuego de los fusiles, intentaba apoderarse de los cuatro cañones, valiéndose de sus hoces y puñales.

Cuando las bayonetas republicanas barrieron el feroz enjambre arrojándolo de nuevo a la selva, los dos batallones, apoyándose en la torre y el caserón, formaron un grupo sólido y compacto, cuyos ángulos estaban defendidos por las piezas de artillería.

Era la única actitud que se podía adoptar en tales circunstancias.

La situación no era todavía desesperada; pero Vadier preveía claramente cuanto podía ocurrir. Emprender el camino de la aldea a través de la traidora selva y con enemigos cuádruples en fuerzas, era una locura. Tenían los republicanos cortada la retirada y había que permanecer allí confiados a la voluntad de Dios, batiéndose a la desesperada y sin otra esperanza que la que pudiera ofrecer a Vadier aquella suerte caprichosa y buena que le había salvado en situaciones dificilísimas.

Los vendeanos les rodeaban ya por todas partes. La explanada tenía un cinturón de fuego y la selva resultaba una muralla circular, tras la cual se amparaban los insurrectos de Charette fusilando a los republicanos por entre los árboles.

El feroz cabecilla había cerrado la mano y tenía entre los dedos a la columna republicana. Podría ésta prolongar la heroica resistencia, pero su exterminio era ya únicamente cuestión de tiempo.

Los vendeanos intentaban el ataque por todos los lados de la explanada, y sus descargas, convergiendo todas en el mismo punto, o sea en aquella masa de soldados *azules,* causaban gran destrozo en los batallones republicanos.

La luz del amanecer, disolviendo las sombras del bosque, iluminaba el campo del combate, pero mientras la columna, a pecho descubierto y en la explanada, ofrecía un tiro seguro, los insurrectos estaban a cubierto ocultos tras los troncos y el ramaje.

Vadier, viendo cómo caían heridos o muertos sus sodados, pensaba en la necesidad de reformar el combate. Ofrecía terribles inconvenientes el encerrarse en la torre del Obispo; pero para prolongar la resistencia era esto lo más apropiado, y dió inmediatamente la orden para que la mitad de los soldados se posicionaran dentro del caserón y de la ruinosa fortaleza, mientras que la artillería, desde los pisos bajos, haría un fuego mortífero.

La orden se ejecutó, y desde entonces el combate equilibróse un tanto entre ambas partes.

Las descargas de los republicanos penetraban como una tempestad de plomo en la arboleda, tronchando el ramaje, embotándose en los troncos o tumbando sin vida a los tiradores vendeanos, que, arrodillados, tras las malezas, acribillaban a balazos el viejo caserón unido a la torre.

Los insurrectos no tenían artillería y los cuatro

cañones de los republicanos estorbábanles en sus avances, causando gran destrozo.

Al entrar Vadier en el caserón, después de colocar a sus soldados en las ventanas, tras las tapias y en la robusta torre, su primer cuidado fué ir a la habitación donde estaban las dos jóvenes aristócratas.

—No os habíais engañado — les dijo al entrar—. Charette acaba de caer sobre nosotros.

Las jóvenes, al oír este nombre odioso, estremeciéronse y prosiguieron rezando con voz temblona. Parecían estupefactas por el terror, y los rugidos de aquella tempestad de fuego que cruzaba en todas direcciones la explanada, producíanlas nerviosos temblores.

Vadier intentaba consolarlas, pero pronto hubo de abandonar aquella habitación para acudir a su puesto de honor y preocuparse de la defensa.

Tantas veces como los vendeanos habían intentado salir de la selva y atravesar a pecho descubierto la explanada, la fusilería de los republicanos y la metralla de sus cañones les habían diezmado, obligándoles a refugiarse de nuevo en el bosque. Pero para ellos era preciso llegar a la torre, les empujaba a ella su salvaje ardimiento, y pronto echaron mano de sus recursos de guerrilleros.

Más de una docena de pesadas carretas cargadas de heno aparecieron en la explanada empujadas por un tropel de insurrectos que se ocultaban tras aquella muralla vegetal.

Unos cuantos cañonazos destruyeron las carretas que avanzaban por frente a la torre y el caserón, arrojando al suelo a los que las empujaban; pero las que iban rodando por los dos extremos de la explanada, donde no podía llegar el fuego de los cañones, fueron aproximándose a la vieja fortaleza sin que pudieran detenerlas las balas de la infantería republicana, que se perdían en lo interior de aquellos colosales montones de heno.

Nuevos vehículos, sirviendo de improvisadas y movibles fortalezas, fueron saliendo de la selva y aproximándose a la torre, mientras que los vendeanos, para apoyar este avance, extremaban su fuego arrojando una lluvia de balas sobre el caserón, que hacía saltar su rústico tejado y destrozaba las puertas y ventanas.

El sol, que inundaba ya con su luz la explanada, iba a alumbrar el choque decisivo de aquellas fuerzas enemigas que tanto se odiaban.

Más de la mitad del ejército de Charette, resguardándose tras las carretas y empujándolas, avanzaba hacia la torre. Los vendeanos que tenían fusil, asomando tras el montón de heno, hacían fuego contra la torre y los otros empujaban las carretas o blandían chuzos, hoces o puñales, enardeciéndose con cánticos salvajes y deseando batirse cuanto antes con el enemigo cuerpo a cuerpo.

Llegó el momento en que las carretas estuvieron inmediatas al caserón y a la torre, y entonces el

choque fué horrible. Mientras los cuatro cañones disparaban de frente sin alcanzar gran resultado, los aguerridos soldados de la República salieron en tropel de sus fortificaciones y cargaron a la bayoneta contra los grupos que se ocultaban tras las carretas.

La lucha fué encarnizada, brutal, cuerpo a cuerpo. Durante algunos minutos, vióse en revuelta confusión los uniformes azules con los toscos trajes bretones, brillaban las armas blancas, rodaban los hombres con las piernas entrelazadas y los brazos en alto y amenazantes, y un círculo de cuerpos inertes y sangrientos extendíase en torno de las carretas.

Por fin, los vendeanos hubieron de retroceder; pero en este momento, a pesar de los cañonazos y del nutrido fuego que desde sus posiciones hacía el resto de la brigada republicana, todo el ejército de Charette abandonó la selva, y enardecido, loco de furor, avanzó a pecho descubierto.

La metralla penetraba rugiente en aquella masa de carne humana, formábanse grandes claros, pero pronto se cubrían éstos con nuevos combatientes, y toda aquella avalancha seguía corriendo hacia la torre, contestando con rugidos a las letanías entonadas por algunos curas, que con la sotana arremangada, la cruz en una mano y el sable en la otra, iban en primera fila.

Los *azules,* diezmados por el asalto de las carretas, habíanse retirado al interior del caserón y de la

torre, y a bayonetazos y tiros sostuvieron el empuje de la avalancha enemiga que caía sobre ellos.

Tras algunos minutos de terrible lucha, los insurrectos fueron rechazados, volviendo en desorden a refugiarse en la selva.

Tenían los defensores del rey una impetuosidad salvaje, pero se estrellaban ante el valor frío e inquebrantable de los veteranos de la República, cuya única preocupación era saber morir de pie, como los antiguos romanos.

Charette, que había tomado parte en aquel ataque y que regresaba casi derrotado a la selva, dirigióse a una pequeña replaza donde, como él, estaban también sable en mano dos jefes insurrectos.

Eran César Dampierre y Renato Beringel. A pocos pasos estaba la baronesa conmovida y temblorosa por el miedo.

—¡Voto a Cristo! —exclamó Charette con rudeza—. Bien me está este escarmiento, ya que he sido imbécil hasta el punto de creeros. Es una estupidez gastar las fuerzas y llevar la gente al matadero para apoderarse de esa casucha por los medios vulgares. ¿Y todo por qué? Porque hay dentro dos damiselas, como si en el mundo no existiesen mujeres de sobra. Pero se acabaron las contemplaciones. Soy el general y hago lo que me da la gana. Voy a asar como a herejes a todos los republicanos que están en esa casucha, y si les acompañan esas dos damiselas, peor para ellas.

—¡Charette, por Dios! — dijo Renato —. Considera que allí tengo a mi hermana.

—General, allí está mi sobrina—gimió la baronesa.

César Dampierre nada dijo y se limitó a sonreír con ferocidad, como si le halagase la idea de su jefe.

—Nada de súplicas — gritó Charette enfurecido, contrayendo con un gesto salvaje su perfil de ave de rapiña—. Tú, Beringel, cuidado con llorar, como si fueras una mujerzuela. ¿No decimos a cada instante que la causa del rey merece toda clase de sacrificios? Pues bien vale perder una hermana a cambio de que ardan en gigantesca hoguera unos cuantos centenares de *azules*.

Y Charette, después de decir estas horribles palabras, se alejó con aire satisfecho, seguido de César Dampierre, mientras que Renato, sin fuerzas para protestar contra aquel golpe terrible, lloraba amargamente, arrojándose en brazos de la baronesa.

Mientras tanto Vadier recorría el interior de su improvisada fortaleza para apreciar el estado de sus fuerzas.

La violenta acometida de los vendeanos había sido rechazada, pero a los republicanos costábales mucho esta victoria.

Las horas de combate transcurridas habían destrozado la brigada de tal modo, que dos terceras partes de ella estaban tendidas en la explanada o en el interior de la torre.

Encontrábase sangre en todas partes, y Vadier,

al andar, resbalaba en ella. Los heridos arrastrábanse por las habitaciones del caserón y la torre. Algunos daban feroces aullidos, y otros, mirando los cadáveres que les rodeaban, resignábanse a morir con frío estoicismo.

Eran unos trescientos hombres los que aún permanecían en pie, con el fusil en la mano o junto a los cañones. Algunos estaban heridos, y con el rostro sangriento y la cabeza vendada seguían haciendo fuego contra el enemigo, enardecidos por la furia del combate, que presta fuerza sobrehumana.

Vadier estaba ya decidido a morir, y halagábale su situación, pues tenía la seguridad de caer gloriosamente.

No le faltaban medios para prolongar la lucha, pues en el piso bajo tenía todos los bagajes de la columna, consistentes en cargas de cañón y municiones de fusilería, todo en gran abundancia. Había allí lo suficiente para morir matando, para sembrar la destrucción entre los realistas mientras quedase en pie un solo republicano; pero, aparte de esto, Vadier sentía honda inquietud pensando en las dos mujeres que la casualidad había puesto bajo su custodia, y de las cuales deseaba desembarazarse, a pesar del afecto que las profesaba.

Las dos jóvenes, aterradas por el combate, mostraban, sin embargo, energía y decisión cada vez que Vadier iba a proponerlas el suspender las hostilidades para pasarlas al campo enemigo.

—No, no —gritaban aterrorizadas—; con Charette, nunca; preferimos quedarnos aquí.

Al terminar Vadier su rápida revista, iba a avistarse nuevamente con las dos jóvenes, cuando le detuvo un alarido de sus soldados. .

Corrió a una ventana, se asomó a ella sin precaución alguna, con riesgo de recibir un certero balazo, y la vista de lo que ocurría en los alrededores de su improvisada fortaleza, arrancóle un grito de asombro y de espanto.

Los vendeanos habían incendiado las carretas de heno aproximándolas más al caserón y formando en torno de éste un círculo de llamas que crecían rápidamente, pues todos los realistas, despreciando el fuego de los *azules,* ocupábanse únicamente en acarrear combustible desde la selva a las inmediaciones de la torre.

El espectáculo resultaba grandioso y horrible.

Las llamas elevábanse serpenteantes e inquietas, lamiendo las viejas paredes, y no tardó la techumbre del caserón, que era de troncos y ramajes, en incendiarse también, arrojando al interior del edificio una lluvia de ascuas.

Los republicanos, arrastrados por loca desesperación, reían fúnebremente, y a través de las llamas seguían haciendo fuego contra el enemigo. Los cuatro cañones disparaban con regularidad sus botes de metralla, a pesar de que el humo impedía toda

puntería, y de los pisos superiores salía un fuego nutrido e interminable.

Vadier, sable en mano, el ceño fruncido, pálido, pero impasible, iba de un punto a otro animando a sus soldados, y tan pronto estaba en el piso bajo entre los artilleros, como aparecía en la plataforma de aquella torre, en torno de la cual, como gigantescas serpientes, arrollábanse las espirales de asfixiante humo.

El incendio crecía y la serenidad de aquellos hombres resultaba sublime; pero a los pocos minutos el calor y el humo hicieron renacer el instinto de conservación.

Ahogábanse los *azules* en la asfixiante atmósfera que existía en el edificio incendiado; tal vez pensaron que era preferible caer luchando cuerpo a cuerpo a ser abrasados vivos, y por esto más de la mitad de los soldados, sin previo acuerdo, y como obedeciendo a misterioso instinto, armaron su bayoneta, y por entre las carretas llameantes, pisoteando los cadáveres de sus compañeros y de los vendeanos, arrojáronse a la explanada, donde murieron matando.

En menos de un cuarto de hora, el caserón convirtióse en gigantesca hoguera, que elevaba en la inmensidad una interminable espiral de humo y de chispas, con acompañamiento de crujidos espantosos.

Los pocos que aún se defendían haciendo fuego contra los vendeanos, abandonaron aquella hoguera, en la cual caían las paredes calcinadas, los techos con-

vertidos en pavesas, y fueron a situarse en la torre, cuyos robustos muros preservábanles del fuego, aunque no de la asfixiante humareda.

A los vendeanos les era ya imposible aproximarse a la torre, pues tanto combustible habían amontonado que un impenetrable muro de llamas les cortaba el paso. Los infelices sitiados seguían disparando sobre la explanada, pero enfurecida la chusma realista y excitada por la destrucción del enemigo, expresaba su alegría cerca de las llamas, y centenares de hombres y mujeres cogidos de las manos, danzaban en fantástica ronda tan cerca del fuego, que algunas veces llegaban a chamuscarse.

De pronto fué algo más que el tiroteo de la torre lo que sonó en la explanada.

Todos oyeron nutridas descargas en el interior de la selva, e inmediatamente un grito de alarma circuló por las huestes realistas.

—¡Los *azules!*—gritaron cien voces con angustia—. Más *azules* que llegan.

Y era tan inesperado aquel refuerzo, tanta confianza tenían los de Charette en que nadie vendría a auxiliar a los sitiados, que sólo el anuncio de la aparición de fuerzas republicanas, produjo un principio de dispersión.

Las tropas que se acercaban era la división que Vadier había estado esperando varios días para incorporarse a ella.

Guzmán había encontrado a sus avanzadas cerca

de la aldea, y cuando, repuesto del desmayo que le produjo aquel encuentro, se convenció de que eran *azules* y no vendeanos, pidió hablar al general que mandaba la división, suplicándole que no abandonase a Vadier, que en aquellos instantes debía estar en peligro en el interior de la selva.

A pesar de su debilidad aún tuvo fuerzas Guzmán para montar a caballo y servir de guía a la división en su marcha a través de la selva.

A las nueve de la mañana tropezaban con el ejército de Charette y comenzaba el combate.

Esta vez las fuerzas republicanas eran casi iguales en número a los realistas y además los *azules* estaban muy sobreexcitados por aquel incendio, cuyo humo flotaba por encima de los árboles y que les hacía presentir la terrible suerte de sus camaradas.

A los fuertes granaderos de la República, que formaban la vanguardia, les bastó una carga a la bayoneta para ahuyentar a los asombrados realistas que tenían delante y penetrar en la explanada, mientras que el resto del ejército les seguía acosando y acuchillándoles sin permitirles que se rehicieran.

Guzmán fué de los primeros en penetrar en aquella vasta plaza del bosque, y al ver el incendio en toda su horrorosa grandiosidad, lanzó un grito de terror.

Allá arriba, en la plataforma de la torre, perseguidos por el fuego y con el loco anhelo de subir y subir siempre para librarse de las llamas que quema-

ban los pies y del humo que ahogaba los pulmones, veíanse algunos soldados y un oficial, que tenía en sus brazos, casi desmayadas, a dos mujeres vestidas de blanco.

Aquella visión fué casi momentánea.

Los de la plataforma, al ver el inesperado auxilio que les llegaba, olvidaban lo terrible de su situación y parecían despreciar ya al humo y a las llamas.

—¡Luisa! ¡Santiago! ¡Margarita!—gritó Guzmán reconociendo el grupo que se erguía en la plataforma de la torre.

Mientras tanto *Marat,* el perro fiel que había seguido a Guzmán hasta allí, lanzóse en el incendio arrastrado por generoso impulso y cual si él solo pudiese librar a los que se veían en tan terrible peligro.

—¡Viva la República!—gritaba Vadier a la vista de los uniformes azules, y con tal fuerza, que su voz oíase desde abajo a pesar de las descargas y del ruido del incendio.

Pero todo cesó repentinamente.

Tembló la tierra en espantosa convulsión, enrojecióse el cielo, sintió Guzmán la misma impresión que si desgarrasen sus oídos y el bosque entero cayese sobre su cabeza, y doblando las piernas se deplomó en el mismo instante que el espacio, lleno de humo, se poblaba de veloces e innumerables puntos negros.

Cuando Guzmán se levantó del suelo aturdido y

quebrantado, creyó que habían transcurrido horas enteras y sólo había pasado un minuto.

La explanada estaba obscurecida por una nube de humo denso y blanquecino que olía a pólvora.

Miró en torno suyo y vió el suelo cubierto de cascote y grandes piedras que habían caído allí como proyectiles, siendo un milagro que no le aplastasen a él. La destrucción causada por aquel cataclismo, estaba patente en los cuerpos destrozados y palpitantes que se veían en el suelo.

Tardó mucho Guzmán, aturdido como estaba, en explicarse la causa del suceso.

Era que el fuego, llegando a los barriles de pólvora y las cajas de granadas y metralla abandonadas en el edificio incendiado, había producido una horrible explosión que conmovió toda la selva.

Guzmán anduvo mucho tiempo casi a ciegas en aquella atmósfera densa, pesada y sofocante.

Por fin, cuando el viento hubo aclarado algo el ambiente, Félix pudo ver en toda su horrible grandiosidad el resultado de la catástrofe.

El incendio, aumentado por la explosión, formaba un haz de llamas gigantesco.

La torre del Obispo no existía ya.

Sólo quedaban en pie los robustos cimientos ennegrecidos y agrietados, y sobre el montón de escombros movía el incendio su roja e inquieta cabellera.

Guzmán se había detenido junto a un cuerpo in-

forme y sanguinolento, en el que hubiera sido difícil reconocer al fiel *Marat,* destrozado por la explosión.

¡Los ojos de Guzmán estaban fijos en aquel montón de escombros que formaba la destruída torre.

Debajo de aquellas ascuas, de aquella piedra ennegrecida y pulverizada, estaba lo que más apreciaba en el mundo, lo que había hecho latir su corazón: el amor y la amistad.

Permaneció mucho tiempo inmóvil y absorto, como si su cerebro se hubiese paralizado con la terrible catástrofe, y por fin, cual si saliera de un sueño, murmuró con voz sorda extendiendo su mano hacia el incendio:

—Decansad, amigos míos, pedazos de mi alma; yo os vengaré.

Y pensando después en su impotencia y debilidad para salvar aquel muro de llamas, llegar hasta el sitio donde estaban los cadáveres queridos y librarlos del fuego, púsose a llorar como un niño.

# EPILOGO

Entre los prisioneros que las tropas republicanas hicieron cerca de la torre del Obispo, figuraba Renato Beringel.

Guzmán no supo esto hasta después que los soldados, enfurecidos, hubieron fusilado a todos los prisioneros.

La muerte de Renato fué una satisfacción para el joven comandante, que había jurado vengar a sus amigos y a la mujer amada, y cuyo carácter había adquirido cierto grado de ferocidad a causa del salvaje encono con que se exterminaban los hombres en aquella guerra civil.

Guzmán pasó a mandar un nuevo batallón en el ejército de la Vendé y se distinguió con prodigios de valor y de audacia.

Formó parte de la división de Westerman, el héroe de la toma de las Tullerías, que combatiendo a los realistas de la Bretaña, mostróse como un rayo de la guerra.

Guzmán alcanzó tanta gloria como su jefe en aquella campaña de sorpresas, emboscadas y audaces avances.

El joven, antes tan sencillo y humanitario, parecía agitado por una locura sangrienta. Nadie obedecía mejor que él las órdenes de Westerman, que para librar la República de la guerra civil quería arrasar la Vendé entera.

Guzmán asaltaba las aldeas ocupadas por los insurrectos, era inexorable con los vencidos, fusilaba a cuantos veía con las armas en la mano, y experimentaba un cruel placer en exterminar a aquellos que procedían de las tropas de Charette.

El batallón de Guzmán estuvo a vanguardia en la célebre batalla de Chollet, donde tan grandes pérdidas sufrieron los vendeanos.

Había ya comenzado la retirada de éstos, que tomaba por momentos caracteres de fuga, y el batallón de Guzmán cargaba a las desordenadas masas enemigas, cuando el joven comandante, que iba a la cabeza de sus soldados, vió tendido en un pequeño foso y con la cara pegada al suelo, un hombre corpulento que ceñía la blanca faja de los altos oficiales vendeanos.

Guzmán, por un instinto inexplicable, dejó pasar a su batallón y se inclinó sobre aquel hombre inmóvil, que tenía una pierna atravesada por un balazo.

El herido, que sin duda empujado por los que huían había caído en aquel sitio y con el rostro pe-

gado a la tierra esperaba la muerte, hizo un movimiento al percibir que alguien estaba junto a él, y volviendo la cabeza mostró su pálido rostro.

Guzmán no pudo reprimir un grito de sorpresa y de alegría, al que contestó el herido con un rugido sordo.

—¡Ah! ¡Es él!—exclamó el comandante con alegría.—Por fin te encuentro.

—Sí, yo soy—murmuró sordamente César Dampierre—. ¿Qué deseas? ¿Matarme? Pues la ocasión no puede ser más oportuna. Asesíname.

—Asesinarte, no—dijo Guzmán con fría dignidad—. Bien sabes que hace tiempo podía haberlo hecho; pero tales vilezas las dejo para ti, que fuiste asesino y cobarde en el Puente Nuevo. ¿Estás en disposición para defenderte?... ¿no? Lo siento, pues quería matarte ahora mismo. Pero ya que no puedes batirte conmigo frente a frente, te conduciré a nuestro hospital, pediré a Westerman que no te fusile, y así que estés sano y fuerte, te pagaré a sablazos o pistoletazos lo mucho que por mí te has interesado. No me agradezcas esta solicitud; lo mismo ahora que entonces estoy seguro de matarte... ¡Vamos! ¡levántate!

Y Guzmán tendió generosamente las manos a aquel hombre aborrecido, ayudándole a ponerse en pie.

Nadie contemplaba esta escena.

Los batallones republicanos, persiguiendo a las desordenadas masas realistas, se habían alejado y

sólo quedaban en las inmediatas alturas los artilleros disparando sus cañones, que enviaban granadas a la serpenteante línea negra que allá a lo lejos huía ante los grupos *azules*.

Dampierre púsose trabajosamente en pie y admitió el brazo que le ofrecía Guzmán. Cojeaba el herido de un modo lastimoso; pero, a pesar de esto, sus quejidos tenían cierta expresión de falsedad que hubiesen alarmado a otro no tan confiado como Guzmán.

Aquellos dos hombres formaban un extraño grupo, nunca visto en una campaña donde se hacía una guerra sin cuartel. Un hombre con uniforme azul sosteniendo a otro que ostentaba la faja blanca sembrada de flores de lis, era extraño, y de seguro que a ser visto por los batallones republicanos, hubiese provocado gritos de indignación y de protesta.

Guzmán conservaba el sable en la mano, y con la seguridad que presta el valor, no se fijaba en lo que hacía aquel enemigo que llevaba del brazo.

Anduvieron hasta unos cien pasos y de pronto Dampierre se desasió, viendo Guzmán al mismo tiempo que le apuntaba al pecho con una pistola que lentamente había sacado de su cinturón.

Guzmán, con rapidez propia del peligro, agarró su mano desviándola, salió el tiro y el joven comandante sintió en su hombro izquierdo la impresión del balazo y la caliente pegajosidad de la sangre.

La bala, dirigida al corazón, al ser desviada le había atravesado un hombro.

Esta agresión traidora enloqueció a Guzmán y más aún la brutal carcajada del vendeano al ver que su tiro había hecho blanco.

—¡Ah, miserable!—rugió—. ¡Espera, canalla!

Y con una violenta estocada atravesó el pecho de César Dampierre, quien se desplomó inmediatamente. Pero esto no calmó el furor de Guzmán, y durante algunos minutos estuvo acribillando el cuerpo de su enemigo a tajos y estocadas, hasta que por fin se convenció de que estaba muerto.

Al desvanecerse su cólera, fué cuando Guzmán comenzó a sentir la gravedad de su herida, y débil por el esfuerzo anterior y por la pérdida de sangre, dirigióse con paso vacilante a las ambulancias del ejército republicano.

La mala organización de la sanidad en aquellos ejércitos, que, obligados a operar rápidamente, llevaban pocos bagajes, hizo que Guzmán pasara más de un mes en el lecho con aquella herida, que en diferentes circunstancias hubiese carecido de gravedad, y al fin, a instancias del mismo Westerman y de otros compañeros de armas, hubo de abandonar el ejército y pedir licencia para trasladarse a París y atender allí a su curación.

En la capital de la República y cuidado por la bondadosa esposa de su padre, pronto recobró el joven su antiguo vigor y pudo apreciar por sí mismo el vértigo que dominaba y dirigía la política revolucionaria.

La Convención era un mar agitado continuamente por terribles borrascas, y los hombres que tres años antes iban unidos y compactos a destruir la monarquía, combatíanse entre sí con terrible saña, tratándose peor que si fuesen tachados de realismo.

Danton insultaba a Robespierre, Robespierre calumniaba a Danton, los dos despreciaban a Marat y éste azuzaba contra ambos la indignación del pueblo.

Los girondinos estaban al borde de su perdición.

La Convención les odiaba por su elocuencia y su altivez; y el pueblo no podía perdonarles sus aficiones aristocráticas.

Eran más artistas que políticos y esto les perdía.

Rivalizando todos los convencionales en generosidad y deseosos de que el pueblo pudiera juzgarles si obraban mal, habían abolido la inviolabilidad parlamentaria, poniendo de este modo la cabeza de los diputados al alcance de la guillotina.

Esta fué la principal causa del sistema terrorista que reinó en la Convención, de aquel loco frenesí que dominó a los revolucionarios haciendo que cada uno de ellos pensase en el exterminio de su enemigo.

Una vez estuvieron las cabezas de los representantes del pueblo bajo la jurisdicción del verdugo, llovieron las denuncias de traición a la patria.

La Convención, que comenzó por perseguir a los girondinos, acabó por exterminarse a sí misma.

Fué un vértigo sangriento lo que impulsó a los hombres de la República. Poseedores de inmensa

fuerza para destruir a los enemigos de la revolución, no supieron limitar sus golpes y ellos mismos los recibieron de rechazo.

Marat, que era quien había comunicado a la revolución aquel anhelo sanguinario, fué el primero en perecer. No le mataron los aristócratas, los enemigos de la República, sino una entusiasta de la revolución a quien repugnaban sus exageraciones de sectario.

El puñal de Carlota Corday le sorprendió en el baño, cayó para siempre aquel a quien unos llamaban monstruo y otros ser sublime, Francia se creyó libre del terror y sin embargo desde tal momento fué cuando éste comenzó a extremarse.

La nación vivía engañada.

El hombre terrible no era Marat; era Robespierre.

El *amigo del pueblo* vociferaba en favor de la destrucción y era incapaz de derramar por sí una gota de sangre, mientras que Robespierre, frío, teórico, capaz de todos los desmanes con tal de librarse de quien pudiera discutir su prestigio personal, contenía únicamente su maquiavélica audacia ante la mirada vigilante de Marat, que no podía admitir la dictadura del orador jacobino.

La muerte de Marat dejó a Robespierre dueño de la situación.

Danton, que acababa de enviudar, habíase casado en segundas nupcias con una hermosa joven, y encantado por aquella luna de miel que venía a dulci-

ficar su existencia agitada por las tormentas revolucionarias, vivía alejado de la Convención, olvidado de la política y entregado por completo a los placeres campestres y al amor en una quinta de las inmediaciones de París.

Robespierre supo aprovecharse al ver que la muerte y el amor le libraban de sus dos rivales más temibles. Supo hacerse dueño de la Convención, introducir a Cohuton, Saint Jus y sus más fieles amigos en las principales comisiones y convirtió la representación nacional en una máquina, que, hábilmente dirigida por su talento maquiavélico, fué destrozando uno a uno a todos sus enemigos.

La Gironda cayó primero y un grupo de diputados de dicho partido fué sentenciado por el tribunal revolucionario y marchó a la guillotina cantando la *Marsellesa*.

Todos los prohombres de la Gironda, desde Vergniaud y Brissot hasta Roland y Barbaroux, murieron a manos de aquella República a la que tanto habían amado.

Poco después las mismas carretas que habían conducido a la guillotina a los diputados girondinos, arrastraron también a los hebertistas, individuos de la municipalidad de París que en nombre de los intereses revolucionarios querían oponerse a los propósitos dictatoriales de Robespierre.

Limpio así el campo de enemigos, llegó el momen-

to en que iban a verse frente a frente los dos gigantes de la revolución, Danton y Robespierre.

Si se hubiera tratado de una lucha en la cual la fuerza, la energía y la audacia hubiesen sido los principales medios, es seguro que Danton hubiera resultado vencedor, pero Robespierre nunca atacaba de frente, su política era tortuosa y cobarde, llena de emboscadas y asechanzas, y en este combate, fácil era adivinar que el vencido sería el arrebatador tribuno.

Danton y Desmoulins estaban avergonzados de aquel terror que dominaba a Francia y que tenía por alma a Robespierre.

Ellos dos habíanse mostrado partidarios de los procedimientos de exterminio y hasta los habían puesto en práctica, pero era cuando arrojado el rey de las Tullerías, próximo a fundarse la República y ocupadas por los enemigos las fronteras de Francia, urgía aterrar a los traidores y limpiar el suelo de la patria de ocultos peligros. Pero ahora que los ejércitos de la República estaban victoriosos y ocupaban el terreno de los enemigos, no teniendo el gobierno otro peligro que la ya derrotada insurrección de la Vendé, consideraban Danton y los suyos que era un salvajismo sin objeto el que continuase el terror dando todos los días espectáculos sangrientos en París y en las principales ciudades.

Camilo Desmoulins, animado por su esposa la gentil Lucila e impulsado por el más generoso de

sus sentimientos, comenzó a publicar el periódico *El Viejo Franciscano,* en el cual, a nombre de la clemencia y de la libertad, pedía que cesasen las persecuciones irritantes y que la guillotina no funcionase con tanta frecuencia en las plazas de París.

Atacar al terror cuando éste resultaba más imponente, era un rasgo de heroísmo y al mismo tiempo una audacia asombrosa, que forzosamente había de enfurecer a Robespierre y al tropel de fanáticos que le adoraba.

Danton se hizo solidario de las manifestaciones de Desmoulins y abogó por la política de la paz y de la tranquilidad pública, lo que excitó más aún la rabia de Robespierre.

Por desgracia, el tribuno, después de hacer tan rotundas manifestaciones, no tuvo constancia para sostenerlas y propagarlas, el amor le atrajo de nuevo al interior del hogar y en su osadía de coloso despreció lo que Robespierre pudiera hacer aprovechando su ausencia.

El astuto jacobino aprovechó aquel eclipse del tribuno para preparar su perdición y librarse de él y los suyos.

Sus secuaces en el tribunal revolucionario pintaron a los dantonistas como enemigos de la patria, aprovecháronse de su carácter franco y expansivo para describirles como hombres corrompidos y crapulosos que deshonraban la austeridad republicana, y al fin una noche, los soldados de la Convención

arrancaron a Danton de los brazos de su esposa, a Desmoulin de los de Lucila y apresaron al mismo tiempo a todos los significados como dantonistas, entre los cuales se encontraba Westerman, el héroe de la Vendé.

El juicio de los dantonistas fué uno de los más grandes crímenes que cometió Robespierre.

Por su orden el tribunal revolucionario escuchó con agrado la terrible acusación del fiscal, llena de irritantes embustes, de calumnias groseras, y cuando los procesados fueron a defenderse impidiéronles hablar extensamente, quitándoles la palabra cuando les veían emplear argumentos convincentes que demostraban su inocencia.

Danton habló con su voz de trueno, que saliendo por las abiertas ventanas del tribunal, llegaba hasta el pueblo que se agolpaba en las inmediaciones del palacio de Justicia; pero pronto hubo de callar, pues los jueces, notando que dicha voz despertaba ecos simpáticos en aquella muchedumbre que tantas veces había aplaudido al tribuno, quitaron a éste la palabra.

A Desmoulins no le dejaron leer la defensa que llevaba escrita, y el periodista, en un arranque de su carácter nervioso, rasgó el cuaderno y arrojó los pedazos de papel al rostro del presidente del tribunal.

Los dantonistas, sin ser oídos, fueron sentenciados a muerte y conducidos a la guillotina en las mismas carretas que acarreaban a los realistas.

Los hombres del 10 de Agosto, los que habían derribado a la monarquía, eran enviados al cadalso en nombre de la República, y los que les sentenciaban eran los que se habían ocultado al ocurrir la toma de las Tullerías, los que se asustaban al saber que se conspiraba contra el trono de Luis *Capeto.*

El pueblo, tornadizo y caprichoso, casi había olvidado a Danton en los meses que éste permaneció alejado de la política y por esto contempló impasible cómo su orador era llevado a la guillotina por la envidia y el odio.

Una chusma desharrapada e innoble, recogida en las más bajas zahurdas de París, iba tras la carreta gozándose en insultar a Danton, que erguía su colosal figura sobre el vehículo.

—¡Ya no tienes la palabra!—gritaba aquella turba en son de mofa—. ¡Ya no tienes la palabra!

—¡Y tú, pueblo imbécil, no tienes pan!—contestó el tribuno con su laconismo aplastante, entregándose de nuevo a su olímpica indiferencia.

Desmoulins acogía el infortunio con menos serenidad. El que tanto había trabajado por la República, no podía transigir con la ingratitud popular y rebelábase contra el suplicio, agitándose en la carreta con convulsiones de epiléptico.

—Pueblo, te engañan—gritaba a los que seguían la carreta—. No somos enemigos de la patria. Yo soy Camilo Desmoulins, el que el 13 de julio os dió

la escarapela tricolor, el que llevó el pueblo a la conquista de la Bastilla.

Pero el populacho, que es cruel con los ídolos caídos, le contestaba con risotadas, y otra vez rompió Danton su silencio para decir con altivez:

—Calla y deja en paz a esos pilletes.

Desmoulins adivinaba en su suplicio la venganza de Saint Just, su orgulloso rival, que ocupaba al lado de Robespierre la misma posición que él junto a Danton.

El periodista había dicho de Saint Just:

—Ese orgulloso yergue con tanta soberbia su cabeza, que parece que lleva sobre los hombros el Santísimo Sacramento.

A lo que contestó el amigo de Robespierre con ironía espeluznante:

—Algún día la llevará él como San Dionisio, debajo del brazo.

La profecía de Saint Just se cumplió exactamente.

Danton y sus amigos fueron decapitados en la plaza de la Revolución y desde entonces Robespierre quedó dueño y árbitro de los destinos de la República.

Fingiendo humildad y modestia, era el verdadero dueño de la situación, manejaba a la Convención y a los comités por medio de sus adeptos, y tan inmenso llegó a ser su poder, que la soberbia vino a turbar aquella inteligencia fría y sistemática, y se mostró tan soberbio que poco a poco fué alejándose

de los hombres que hasta entonces le habían servido.

Creyó, al verse vencedor de enemigos gigantescos, que podía despreciar a los más enanos de la Convención, y éstos fueron los que causaron su ruina.

Púsose en pugna con la mayoría de los convencionales porque éstos no le obedecían ya ciegamente, y tras una borrascosa sesión en la cual apuró todas las amarguras de la derrota, declaróse en abierta insurrección contra la Asamblea Nacional, resultó vencido en la jornada de Thermidor, intentó suicidarse y al fin el que había sido dueño de Francia y llegó a personificar la República, fué con la mandíbula rota por un balazo y sufriendo golpes e insultos a morir sobre el mismo tablado fatal adonde había enviado a todos sus enemigos.

Guzmán, que arrastraba en París la vida monótona de oficial fuera del servicio, presenció todos estos terribles hechos, que se sucedían con vertiginosa rapidez y que empujaban la República a horizontes cada vez más obscuros y desconocidos.

Al morir Danton entró en una conspiración organizada por Lucila, mujer de Desmoulin, para vengarse de Robespierre, pero la conspiración fué descubierta, y la infeliz joven pagó en la guillotina el afecto que profesaba a su esposo.

Guzmán libróse milagrosamente de la polícia de Robespierre, pero al ver sacrificados a sus más íntimos amigos, guardó profundo rencor a aquel aspirante al despotismo, y al llegar la jornada ther-

midoriana tomó las armas y fué de los primeros que asaltaron el Hotel de Ville, donde se habían refugiado Robespierre y sus parciales.

El joven español saludó con fúnebre entusiasmo la caída de tan odiada cabeza, creyendo que esto salvaba la República, pero pronto vinieron los hechos a demostrar su error.

Robespierre, con su soberbia y su anhelo del poder, era al menos un republicano que por interés había de combatir a los antiguos realistas, pues le separaba de ellos un lago de sangre; pero cuando él cayó y para reemplazar su poder constituyóse el Directorio, las austeras costumbres del Terror se desvanecieron y la antigua cortesanía realista salió a la luz apoyada por los mismos hombres que ocupaban el gobierno.

Fué moda el anatematizar el Terror, burlarse de la República que todavía existía, y en torno de los Directores de la nación, agrupábanse los realistas de la víspera, los que habían conspirado contra el gobierno revolucionario y deseaban la vuelta del antiguo régimen.

La autoridad cerraba para siempre el club de los Jacobinos; la grandiosa Convención daba por terminadas sus sesiones; bandas de petimetres estrambóticamente vestidos, exhibíanse en los lugares más públicos de París apaleando a aquellos patriotas que tenían más renombre de republicanos, y la moda ponía en uso los trajes a lo *víctima*, siendo de mal

tono en los salones el no haber tenido un pariente guillotinado y el no maldecir a los descamisados, fundadores de aquella República que había heredado el Directorio.

Barrás, el principal individuo del gobierno, llamaba la atención por sus costumbres licenciosas; el Directorio en pleno, después de despachar los asuntos públicos, divertíase en las famosas cenas, que no eran más que asquerosas orgías; Teresita Cabarrús, la mujer de Tallien, exhibíase casi desnuda en los paseos públicos, y mientras tales corrupciones existían en las alturas del poder, extremábase la reacción, y los periodistas revolucionarios eran perseguidos y asesinados.

Gavillas de bandidos que ostentaban el título de *Compañías del Sol* y de *Compañeros de Jesús*, recorrían las provincias meridionales, asesinando patriotas después de hacerles sufrir horrorosos martirios, y cuando a París llegaban tan espantosas noticias, los hombres del gobierno encogíanse de hombros y la sociedad elegante que se reunía en los salones acogíalas con carcajadas de alegría.

Viendo la corrupción de las costumbres y la reacción política que dominaba, Guzmán avergonzábase de haber tomado parte en las jornadas del Thermidor y echaba de menos a Robespierre.

—¿Dónde están—se decía—aquellos tiempos en que un gesto de Danton, una palabra de Robespierre o un artículo de Marat hacían temblar a todos

los realistas? Mala era la dictadura de Robespierre; se derramaba entonces sangre, pero al menos la República no estaba en peligro, se respetaba la virtud y Francia era una nación de soldados y de patriotas, y no como ahora que nuestra suerte está en manos de prostitutas ilustres y hombres corrompidos.

Las armas republicanas alcanzaban más allá de las fronteras brillantes victorias. Aquellos ejércitos formados por los voluntarios de 1792, seguían la brillante carrera comenzada en Valmy y Jemmapes; no encontraban tropas que pudieran oponerse a su paso; cada día proporcionaban a Francia nuevos laureles; pero los triunfos del exterior no impedían que la nación estuviera corrompida internamente y que la libertad, que era su alma, se extinguiera con rapidez.

Guzmán oía hablar con entusiasmo de las victorias de Hoche, general invencible y famoso que había sido su hermano de armas de simple capitán; pero la alegría que esto le causaba no podía borrar la tristeza producida por aquel prematuro fin de la República, que veía claramente.

Un día, paseando por el jardín de las Tullerías el joven comandante, fué saludado por un hombre de baja estatura, de rostro bondadoso y que vestía un traje negro bastante descuidado.

Llevaba un grueso libro en las manos y tenía el aspecto de un filósofo meditabundo.

Guzmán tardó en reconocerlo, pero por fin surgió

en su memoria el recuerdo de Rommé, aquel filósofo sencillo, bondadoso y extravagante, que era el maestro y consejero de la hermosa Lambertina, a la que profesaba un afecto paternal.

Los dos hombres al reconocerse saludáronse con tranquilidad como si se hubiesen hablado la víspera.

Hacía ya más de dos años que no se habían visto, pero en aquel período tormentoso y agitado, en el cual el vivir constituía un verdadero milagro, los caracteres más fogosos y expansivos adquirían una frialdad que les hacía mirarlo todo con indiferencia.

Rommé experimentaba iguales sentimientos que Guzmán al ver la marcha de los asuntos públicos.

Entristecíale el carácter reaccionario del Directorio, y a pesar de la mansedumbre de su carácter, se irritaba y mostraba la mayor indignación al pensar que podía morir aquella República, por la cual se habían hecho tan grandes sacrificios y tanta sangre se había derramado.

No, aquel estado de cosas no podía continuar sin que los buenos patriotas se pusieran de acuerdo para impedir la caída de la República, y esta protesta surgiría de un momento a otro.

Y al hablar así oprimía con fuerza las manos de Guzmán, guiñaba maliciosamente sus ojos vivarachos y daba a entender con gestos la existencia de un plan oculto, de nu nuevo Thermidor que derri-

base a los individuos del Directorio, tiranuelos corrompidos que eran la caricatura de Robespierre.

Rommé se alegraba de que Guzmán participase de sus ideas: contarían con él, pues un joven tan audaz y valeroso, debía de ser de gran utilidad en una conspiración.

Guzmán, bien fuese porque no quisiera comprometerse hasta conocer el plan en todos sus detalles, o porque temiera que algún espía del Directorio escuchara su conversación y tomase acta de las palabras que el indignado Rommé pronunciaba en voz alta, procuró llevar el diálogo a otro tema, hablando del pasado.

—¿Y Lambertina? Lo que más extrañeza me causó al regresar a París, fué ver que la gente no se ocupaba ya de la hermosa liejesa. Este pueblo es voluble como pocos. Al ídolo de ayer lo olvida hoy y gracias que no se acuerda para destrozarlo, como podía dar fe de ello el infeliz Danton.

El rostro de Rommé se había obscurecido y en su frente marcábanse esas arrugas siniestras que son signo de tristes pensamientos.

—¿Es que realmente desconocéis cuál ha sido el fin de la pobre Lambertina?—murmuró el triste filósofo.

—Lo ignoro por completo, querido Rommé.

—Pues bien, Lambertina está más de año y medio en Charenton, en la casa de los locos. Un insulto que ella creyó irreparable, robóle la razón, la

arrojó en un perpétuo estado de salvaje furia y tuvimos que llevarla a aquel lugar de desgracia, de donde no saldrá jamás.

Esta noticia produjo profunda impresión en Guzmán, quien inmediatamente manifestó deseos de conocer la historia de Lambertina desde el día en que la vió por última vez.

—La pobre joven—dijo Rommé—fué una víctima más del despotismo de Robespierre. Ya sabéis cuánto amaba ella a Brissot. Sentía por aquel hombre un respeto supersticioso, le adoraba como un genio sobrehumano y las desgracias del famoso escritor la entristecían más que las suyas propias. Cuando comenzó para los girondinos la mala época y fué perdiéndose su popularidad, Lambertina, que se había limitado a ser una entusiasta por la revolución, sin decidirse jamás por fracción alguna, mostróse abiertamente partidaria de los girondinos e intentó explotar en favor de éstos su inmensa popularidad. La desgracia de Brisot la atraía con inmensa fuerza. Sabía que Vergniaud y los filósofos austeros del girondismo la despreciaban, llamándola cortesana impúdica; pero a pesar de esto, ella, que hasta entonces había sido tan irritable en su amor propio, seguía fiel a aquel partido en la desgracia, tan sólo porque en él figuraba Brissot. Sus trabajos de propaganda llamaron pronto la atención de Robespierre. Yo la reñía, pues también era enemigo de los girondinos; pero ella, tenaz y testaruda, no hacía

caso de amenazas y consejos, y con sus discursos y su propaganda ardorosa, atraíase la ira de los jacobinos. Por fin ocurrió lo que yo me temía y nuestra pobre amiga fué víctima del peor de los insultos.

Detúvose el viejo como si un triste recuerdo le martirizara, y tras una larga pausa, continuó:

—Una tarde de motín, a poca distancia de aquí, en las mismas puertas de la Convención, la bella Lambertina iba por entre los grupos hablando en favor de los girondinos y especialmente de Brissot, conttra el cual mostrábanse irritadas las masas. Un grupo de mujeres desharrapadas, de aquellas que iban a la tribuna de los jacobinos a entusiasmarse oyendo los interminables discursos de Robespierre, a quien adoraban, llamándole siempre el *incorruptible,* rodearon a Lambertina acosándola con groseros insultos, y por fin aquellas furias, entre las risotadas de los complacidos robespierristas, arrojáronla al suelo, y levantándole las ropas, la zurraron hasta que la infeliz perdió el sentido a causa de los golpes y del furor que la produjo tan vergonzoso castigo. Nunca más volvió en sí. Algunas personas de buena voluntad condujéronla a su casa, y cuando al día siguiente fuí a verla, la encontré poseída de furiosa demencia. Creía la infeliz a todas horas que era perseguida por las brutales mujerzuelas, aullaba de furor dando puñetazos al espacio, y cuando al fin imaginábase que repetíase el vergonzoso vapuleo, revolcábase furiosa, con los ojos extraviados, la boca

espumeante y rugiendo de un modo que nos espeluznaba a los que la oíamos. Fué imposible conservarla más tiempo en su domicilio. Obsesionada por la cruel idea de aquella degradación sufrida, negábase a cumplir ninguna necesidad de su vida, y convertida en una fiera, iba de un lado a otro con los vestidos desgarrados, rechazando a golpes los alimentos que se la presentaban y rompiendo los muebles y cuantos objetos estaban a su alcance. Los vecinos quejáronse por fin de la pobre loca y fué preciso conducirla a Charenton... ¡Ay amigo mío! ¡Cuán falsos son los afectos de esta vida! A Lambertina, que tantos adoradores tuvo que le bastaba lanzar una mirada benévola sobre un hombre para que éste se considerara feliz, sólo le queda hoy un ser que se interese por su suerte, y ése soy yo.

Debió ver Rommé en el rostro del conmovido Guzmán un ligero gesto de protesta, por cuanto se apresuró a añadir:

—Tal vez vos, querido joven, os intereséis también por la pobre Lambertina. Vuestro corazón es bueno, y como hombre honrado, no podéis olvidar la mujer que tanto os amaba y que por vos era capaz de los mayores sacrificios.

Vaciló algunos instantes el pobre viejo, y por fin dijo con acento suplicante y con la zozobra del que teme verse desairado:

—¿Tendríais gusto en verla? ¿Admitiríais el venir conmigo a Charenton? Sería esto una buena obra.

Tal vez la infeliz al veros de repente y tras una ausencia tan larga recordase su pasado, y la perdida razón volviese a ella.

Guzmán se apresuró a aceptar esta invitación. Habíale conmovido el recuerdo de la triste suerte de Lambertina, a la que él suponía rica, feliz y más hermosa cada vez que de ella se acordaba.

Su dolorosa sorpresa no tenía límites al ver convertida en loca furiosa la reina de la belleza que años antes dominaba como señora absoluta a todo París; pero experimentaba un triste placer, algo semejante a una satisfacción para su conciencia, al visitar a aquella infeliz cuyo amor había despreciado, pero a la que guardaba profundo agradecimiento.

El filósofo y el militar salieron de las Tullerías cogidos del brazo y tomaron un coche de alquiler para ir a Charenton.

Toda su vida recordó Guzmán la impresión terrible experimentada al ver a la pobre loca.

En una celdilla pequeña, obscura, muy húmeda y sin muebles estaba la pobre Theroigne, semejante a una de aquellas sombras olvidadizas de que habla Virgilio, que en vano pugnan por acordarse de la vida y agarrarse a un pensamiento rebelde que se desvanece.

La terrible enfermedad había causado en ella grandes estragos, pero aún seguía siendo la *Hermosa Liejesa* y conservaba en su rostro y en sus carnes la rosada frescura de su raza.

Con la demencia habíase borrado en ella el sentimiento del pudor. Una camisa de lienzo grueso y fuerte era lo que la cubría, pero en los accesos de locura rasgábala con los puños y los dientes, y entre los jirones asomaba el sonrosado cutis.

Su espléndida cabellera escapábase como brillante cascada bajo un sucio pañuelo que llevaba anudado sobre la frente a estilo de Marat, y en sus bellos ojos, que lucían aún más sobre el rostro demacrado, notábase el estrabismo de la demencia.

Estaba descalza, sus blancos pies hundíanse en la paja mojada, y tanto éstos como las manos, tenían una perfección graciosa.

El loquero que acompañaba a los dos hombres había hablado a Guzmán de las manías de aquella infeliz mujer.

Enfurecíase cuando no le proporcionaban agua en abundancia, y un día había mordido tan ferozmente a una mujer, que le arrancó un pedazo de carne.

A pesar de esto mostrábase dócil y tranquila siempre que se accedía a su voluntad y se le proporcionaban cuatro o cinco cubos de agua.

Vivir en continua humedad era su placer.

Aun en lo más crudo del invierno, cuando tenía que romper el hielo dentro de los cubos, gozaba en inundar su cama, el piso de la celda y su propio cuerpo, sin que el menor estremecimiento viniese a sorprenderla en su terrible manía. En ciertos días de-

voraba cuanto tenía a su alcance, lo mismo los mendrugos de pan que encontraba en el suelo, que la paja y las plumas de su pobre lecho; pero normalmente, cuando no experimentaba estos accesos de voracidad, permanecía inmóvil en un rincón de la celda, o plantándose en medio de ella, acompañaba con extravagantes contoneos canciones incoherentes en las que iban mezcladas las estrofas más conocidas de los himnos patrióticos.

Algunas veces sus guardianes la oían perorar difusamente, su voz enronquecida emitía más sonidos que palabras, y lo único que podía adivinarse era que la pobre loca creía estar hablando en la Convención y pedía la cabeza de Robespierre.

Cuando Guzmán y Rommé entraron en la celdilla, Lambertina, después de contemplarlos con su vaga mirada durante algunos minutos, dirigióse lentamente a un rincón, y sentándose en el suelo, se contrajo hasta el punto de descansar la cabeza sobre las rodillas.

Miraba al suelo con indiferencia de idiota, y dos o tres veces levantó la cabeza para dirigir una vaga sonrisa a los visitantes.

Guzmán, que casi estaba próximo a sollozar a la vista de tanto infortunio, avanzó hacia ella, y dijo con voz dulce y conmovida:

—Lambertina, ¿me conoces?

Tuvo que repetir la pregunta varias veces, y por

fin, la loca, fijando en su uniforme una mirada iracunda, dijo con voz ronca:

—Sí, tú eres Dumouriez, el traidor Dumouriez. ¿Has derribado ya la República? ¿Vienes por mi cabeza? Tómala; yo soy una gran patriota.

Guzmán y Rommé, al oír estas palabras, cambiaron una mirada de desesperación.

Era inútil insistir. Guzmán era para Lambertina como uno de tantos curiosos, y su presencia no lograba despertar el más leve recuerdo en su memoria anulada.

El desconsolado joven intentó todavía animar aquel cerebro muerto.

—No, Lambertina—dijo—; yo no soy Dumouriez. Soy Félix Guzmán, aquel a quien tanto amabas y que tanto agradecimiento te debe.

Y estas palabras eran dichas con una voz tan dulce, denotaban tanto cariño y tristeza, que la pobre loca, antes iracunda, fué serenándose y estuvo algunos instantes con los ojos entornados y moviendo la cabeza como si buscase una rebelde idea que se le escapaba.

—Yo... no sé;—murmuró con voz queda, como hablándose a sí misma—. Lo he olvidado todo... todo.

Y convencida de su nulidad e insignificancia, volvió a sumirse en la estupidez y en el silencio, sin que

lograran sacarla de este estado las preguntas que Guzmán y Rommé la dirigieron.

—Vámonos—dijo por fin Guzmán—. Esto me mata.

Y los dos hombres salieron de la mísera celdilla cabizbajos y con los ojos húmedos por el llanto.

Desde aquella tarde se estrechó la amistad entre Guzmán y Rommé.

Paseando por Palais Royal o por las Tullerías hablaban de la pobre Lambertina, y cuando no, recordaban a Danton, Desmoulins y demás amigos muertos en la guillotina revolucionaria o comentaban indignados el carácter reaccionario del Directorio.

No eran ellos los únicos que se quejaban de la marcha de la política; el pueblo de París, que había visto marchar impasible a la guillotina a Danton y a Robespierre, recordaba ahora la austeridad y la virtud de aquellos tiempos, que ofrecían terrible contraste con la corrupción del Directorio.

La gente murmuraba de aquella República reaccionaria y aristocrática y protestaba públicamente, ya que los periódicos no podían hablar bajo la presión del gobierno y las bandas de petimetres apaleadores.

Las masas de los arrabales, enemigas de los aristócratas, ya no podían cantar como en tiempos de Robespierre:

Vosotros, sanguijuelas
  Del pobre pueblo,
A puntapiés tratabais
  A los plebeyos;
  Mas la tortilla
Se ha vuelto, y os espera
  La guillotina.

—

Vosotros con las ruedas
  De vuestros coches
Manchabais el semblante
  De lodo al pobre;
  Conducta inicua
Que hoy de vengar se encarga
  La guillotina.

Ya no podían manifestar su triunfo de este modo los combatientes de la revolución; pero como el pueblo de París tiene siempre un canto para encomiar o satirizar cada una de sus situaciones, pronto en las calles de la gran ciudad surgieron estrofas insultando a los cinco individuos del Directorio.

Gran regalo nos hizo la Montaña
Dándonos por Gobierno un Directorio;
Por no sufrir un rey nos sublevamos
Y hoy a cinco tenemos en el trono;

Ellos, cubiertos con el gorro frigio,
La República arrastran por el lodo.
Ellos la *libertad,* la *igualdad* santa
Y la *fraternidad* han hecho trozos,
Y su lujo ridículo ostentando
Insultan la pobreza de nosotros.

El barrio de San Antonio era como siempre el lugar donde con más fuerza se mostraba el espíritu de la sedición.

Los antiguos patriotas, que aún conservaban las picas con que habían marchado contra la Bastilla y las Tullerías, no podían permanecer indiferentes ante el carácter reaccionario que iba tomando el Gobierno de Francia y la prisa que se daba en suprimir las conquistas de la Revolución.

Guzmán, atento observador de todo cuanto ocurría, convencíase de que era indudable el alzamiento insurreccional del pueblo de París, Además, para hacer más crítica la situación, nunca se había conocido una carestía tan terrible de víveres; ni aun en los períodos más terribles del Terror el vecindario de París se había visto tan acosado por el hambre.

El grito del pueblo era *¡Pan y la Constitución de 1793!*, existiendo algunos patriotas de importancia que ocultamente fomentaban el descontento popular para combatir de este modo a los reaccionarios que dominaban ahora en la Convención.

El joven comandante avistábase casi todos los

días con Rommé y lentamente fué enterándose de la conspiración que tramaban el austero filósofo, en unión de otros diputados de la Convención como lo eran el enérgico Duquesnoy, el valeroso Bourbotte, que se había batido en la Vendé con el valor de un caballero de la Edad Media y Soubrany y Goujon, dos almas grandes que se habían distinguido como comisarios de la Convención en los ejércitos del Norte, compartiendo con los soldados todas sus penalidades y peligros.

Estos eran los compañeros de Rommé en su santa empresa de detener el curso de la contrarrevolución y volver la patria al mismo estado en que se hallaba dos años antes, o sea en el 93.

Guzmán asistió a algunas de las reuniones de aquellos diputados verdaderamente republicanos y todos ellos, apreciando la valía del joven comandante, reconocíanle de hecho el carácter de jefe militar de la próxima insurrección.

Nunca se había dedicado Guzmán con tanto fervor a los asuntos políticos.

Parecía que deseaba olvidar en la inquietud propia de una conspiración los dolorosos y tenaces recuerdos que pesaban sobre su memoria.

Fuera del entusiasmo patriótico no sentía ningún afecto que le ligase a la vida.

Su amor había muerto del modo más trágico; después de Vadier creía imposible encontrar un verdadero amigo, y hasta carecía del afecto paternal, pues

su padre, el coronel Andrés Guzmán, resultaba sospechoso por su estrecha amistad con Marat y había tenido que emigrar a Suiza con su esposa, dejando a Félix en posesión de su casa en la calle de San Honorato.

La soledad y el vacío que reinaban en torno de Guzmán, hacían que el joven, cuando no estaba ocupado en los asuntos de la conspiración, cayese sin quererlo en terrible estado de melancolía.

Una tarde en que esperando a Rommé paseaba su doloroso tedio por frente a la puerta de la Convención, se fijó en un joven que vestía el uniforme de general de brigada con marcado desaliño y que le miraba con curiosidad.

El joven comandante experimentó la misma impresión que aquel hombre, o sea la de aquel que viendo un rostro conocido, se interroga y no puede encontrar en los registros de su memoria el nombre que desea.

¿Dónde había visto él aquel rostro pálido y huesoso, la lacia cabellera que lo encuadraba y el porte desmañado, pero audaz, del joven general?

Félix no tardó en dar con el recuerdo. Era el señor Bonaparte, su casero de la calle de los Fosos de San Jacobo, con el cual había hablado algunas veces en el cuarto de la portera.

Guzmán se dió a conocer, estrechando la mano de aquel hombre extraordinario, que resultaba imponente hasta en su sencillez. El le felicitó con palabra

fría por haber ingresado en el ejército y ser ya comandante.

Según manifestaba con amarga expresión, no había adelantado gran cosa. Es verdad que por recomendación del hermano de Robespierre había alcanzado el mando de la artillería en el ejército que sitiaba a Tolón, cubriéndose de gloria en tal empresa y consiguiendo con ella la faja de general; pero al ser muerto Robespierre su fortuna habíase obscurecido y hallábase ahora en París sin colocación, acosado por la cruel penuria que había sido siempre su tormento y sin otras ropas que el usado uniforme, que en sus dorados ajados revelaba la miseria de su dueño.

Guzmán tuvo una inspiración. Tal vez aquel hombre fuese de gran utilidad para el plan que Rommé y los suyos proyectaban, y con hábiles palabras empezó a explorar su ánimo por ver si Bonaparte estaba dispuesto a tirar de la espada contra el Directorio.

Pero pronto hubo de retroceder en tal exploración. Bonaparte era partidario del principio de autoridad, quería estar siempre al lado del Gobierno, ya que esto era lo que le convenía por el momento, y además se había hecho amigo del director Barrás, confiando en que éste haría algo por su carrera.

A pesar de esto, Guzmán, en quien ejercía cierta influencia aquel general obscurecido y acosado por

la miseria, despidióse de él con el propósito de verle con frecuencia y estechar su amistad. Pero aquella fué la última entrevista, pues Guzmán había de morir antes de que Bonaparte saliese de la obscuridad y se hiciese famoso con la metrallada en las gradas de San Roque y el casamiento con la viuda del general Beauharnais, medio de conseguir el mando del ejército de Italia.

Llegó por fin el momento de la insurrección de los barrios populares en los primeros días del mes de marzo, que el almanaque republicano llamaba Pradial.

¡Una masa inmensa invadió la Convención del mismo modo como se hacía en tiempos del Terror.

Los hombres llevaban picas y en los sombreros y gorros, escrito con tiza, el lema: "¡Pan y la Constitución de 1793!".

Un artillero de la milicia de París que ejercía de orador de la multitud leyó a la Convención las proposiciones del pueblo, encaminadas todas a detener el curso de la contrarrevolución. Romme y los otros diputados que simpatizaban con el movimiento popular hicieron uso de la palabra, apoyando tales proposiciones, y la Convención las aprobó inmediatamente.

Aquella Asamblea, que había asustado a Europa entera, estaba ahora compuesta de residuos; de los hombres que, por su cobardía o su insignificancia, habíanse librado del vértigo mortal del Terror, y que

al verse ahora dueños de los destinos de la patria, eran reaccionarios cuando se consideraban libres y apoyados por la fuerza pública y temblaban y accedían a todo cuando tenían enfrente al pueblo.

Las masas, al ver cumplidos sus deseos y que era ya entrada la noche, retiráronse a sus viviendas, no creyendo en retractaciones traidoras.

Guzmán, que había pasado el día ocupado en organizar las fuerzas populares, presentía algo de lo que iba a ocurrir y hacía esfuerzos para que se reuniera un núcleo de fuerzas que velara durante la noche; pero sólo pudo lograr la concentración de algunos grupos, con los cuales quedó en los alrededores de la Asamblea.

Esta se hallaba en sesión permanente y pronto se tocaron los resultados de su trabajo.

Al amanecer comenzaron a llegar tropas de los alrededores de París, a cuyo frente marchaban oficiales interesados en que continuara la política contrarrevolucionaria, que era la del Directorio.

La Convención, al verse apoyada, arrojó la máscara, y no sólo dió por nula la votación del día anterior, sino que excitó ferozmente a las tropas para que fuesen sanguinarias y exterminasen a los descamisados.

Guzmán intentó resistir a la masa de caballería que acababa de llegar a París y que hasta entonces había ocupado los caminos inmediatos para proteger

el paso de los convoyes que el gobierno enviaba a las fronteras.

Los descamisados fueron acuchillados y puestos en dispersión y Guzmán cayó prisionero por no querer retroceder.

Casi a la misma hora, la Convención votaba el arresto de Rommé y sus cinco compañeros, encargando de su proceso a una comisión militar.

La ira de la contrarrevolución iba a caer sobre estos diputados y sobre Guzmán, que había sido su principal agente, y tal vez porque su suerte sería la misma fueron conducidos juntos al castillo del Toro, en la antigua Bretaña, donde permanecieron veintitrés días.

Pasado este tiempo recibióse en el castillo la orden de conducirlos presos a París para presentarlos ante la comisión militar, o lo que era lo mismo, para llevarlos a la muerte, pues su perdición estaba ya acordada por los elementos reaccionarios que hipócritamente gobernaban a nombre de la República.

Antes de partir, Rommé reunió a sus compañeros en su habitación, y después de enseñarles un pequeño cuchillo que llevaba oculto entre sus ropas y que había sustraído a la vigilancia de los guardianes, juraron todos acabar con sus vidas antes que la contrarrevolución les hiciera morir en la guillotina.

Tranquilos todos de que el odio de sus enemigos no conseguiría hacerles pasar por las manos del verdugo, emprendieron la marcha hacia París, asom-

brando a los soldados de la escolta por su serenidad e indiferencia.

Oíaseles hablar en el interior del carruaje que ocupaban de la muerte y de los condenados a la última pena con tanta serenidad como si marchasen a una fiesta tratando asuntos indiferentes.

Su tranquilidad proporcionaba gran confianza a los guardianes, y tan escasa era la vigilancia de éstos que los presos tuvieron durante el camino muchas ocasiones para huir.

Pero todos ellos desdeñaron tan favorables circunstancias. No querían proporcionar a sus enemigos la alegría de decir que huían, y, además, Rommé exclamaba con profunda convicción:

—¡Para qué queremos la vida si la República está muerta! Es preferible acabar de una vez, a sufrir lenta y dolorosa agonía, viendo cómo se extingue lo que tanto nos ha costado conquistar.

Guzmán, por su parte, levantaba los hombros con indiferencia ante aquella facilidad para la fuga.

Su suerte no le interesaba. Si los reaccionarios thermidorianos respetaban su existencia aceptaría la vida como una carga, y si le sentenciaban a muerte despediríase con tranquilidad de un mundo en el cual no tenía otro ser querido que aquel padre a quien por culpa de las circunstancias había tratado muy poco.

El 24 de Pradial comenzó en París el proceso de aquellos patriotas, que según la frase de un ilustre historiador, sólo fué un asesinato prolongado

La acusación resultó injusta, apasionada y calumniosa, pero ninguno de los acusados protestó contra ella. Rommé y sus compañeros no se hacían ilusiones, y sabían que su muerte estaba acordada de antemano.

No por esto perdían su noble altivez, pues su firme propósito de librarse de la infamante guillotina les daba una serenidad inquebrantable.

El público que asistía a las deliberaciones de la comisión militar mostraba claramente la viva impresión de simpatía que le causaban los procesados.

Rommé impresionaba con su exterior sencillo y modesto de filósofo bondadoso; Goujón admiraba a todos por su sangre fría y la belleza moral que revelaban sus palabras; Bourbotte, con tranquilidad sublime, sonreía graciosamente y, jugueteando con su tabaquera, miraba con expresión galante a las mujeres hermosas que figuraban en el auditorio; Duroy encantaba por la dulzura de su rostro pensativo; Soubrany desconcertaba a los jueces con su soltura caballeresca que tanto hermanaba en él con la energía republicana, y Duquesnoy inspiraba tierna lástima por las huellas que una enfermedad reciente había dejado en su rostro.

Entre este grupo de diputados, todos vestidos de negro, destacábase la arrogante figura de Guzmán, cubierto con aquel uniforme que estaba raído y viejo por las campañas terribles en que su dueño había expuesto la vida.

Cinco días duró la vista del proceso y el 29 de Pradial dictóse la sentencia de muerte tal como esperaban los procesados.

Duquesnoy se levantó entonces, diciendo con sencillez conmovedora:

—Deseo que mi sangre sea la única sangre inocente que se derrame y ¡ojalá pueda consolidar la República!

Bourbotte también habló.

—Los enemigos de la libetad—dijo—son los únicos que han pedido mi sangre. Mi último suspiro será para la patria.

Los otros procesados nada dijeron. Permanecieron rígidos e inmóviles en sus asientos, mientras que el público, cabizbajo y aterrado, abandonaba el salón; pero cuando hubieron salido los últimos curiosos pusiéronse en pie y solemnemente avanzaron hacia la mesa del Tribunal.

Allí, uno por uno, fueron entregando sus tarjetas de diputados y sus carteras, encargando las remitieran a sus familias. Guzmán entregó un pliego doblado y gastado por los bordes. Era un nombramiento de comandante, lo único que podía agradecer a la República.

Después salieron solos del salón, lanzando una mirada altiva a los jueces, que parecían confusos y avergonzados de su obra.

En la gran escalera del palacio no había nadie. La escolta de gendarmes esperaba abajo.

El grupo de sentenciados, erguidos y serenos, bajó lentamente los peldaños de blanca piedra.

Al llegar al primer rellano detuviéronse como movidos por el mismo impulso y cruzaron una mirada que hubiese hecho estremecer a sus perseguidores caso de haberles contemplado.

—Pronto...; ¡ahora o nunca!—dijo Guzmán.

Rommé sacó rápidamente algo de entre sus ropas y se golpeó varias veces con furia en el cuello y en el pecho.

Tenía en la diestra el pequeño cuchillo, en el que cifraban su salvación todos aquellos hombres.

La sangre brotó impetuosamente y con tal abundancia que en un instante todo el rostro y las ropas de Rommé quedaron empapados.

Aquella figura trágica y sangrienta vaciló al darse de puñaladas, pero antes de caer al suelo apoyóse contra la balaustrada de piedra y aún tuvo fuerzas para extender su trémulo brazo, ofreciendo el rojo cuchillo al compañero que estaba próximo.

Esta escena, que recordaba los suicidios de la antigua Roma, tenía una grandiosidad espeluznante.

Los sentenciados dábanse de puñaladas, pero antes de caer reunían todas sus fuerzas para entregar el cuchillo a los que aún conservaban la vida.

Aquella arma bañada en sangre, pasando de las manos de unos a las de otros, parecía un ser animado, una víbora roja que iba rasgando los pechos con su mortal picadura.

Guzmán fué el último que alcanzó la sangrienta arma, y cuando la tenía ya levantada sobre su pecho sonrió amargamente mirando los cuerpos palpitantes que estaban a sus pies.

Sentía la necesidad de protestar contra los hipócritas que les empujaban a la muerte y gritó con voz atronadora, casi al mismo tiempo que con el puñal se atravesaba el corazón:

—La República nos mata... ¡Viva la República!

Y cayó. Así murieron los últimos republicanos que habían sobrevivido al período brillante del 93.

El grito de Guzmán atrajo a los jueces que estaban arriba, y cuando éstos se asomaron a lo alto de la escalera vieron con horror aquellos cuerpos agonizantes, caídos unos sobre otros en los peldaños como negro montón.

La caliente sangre, formando un rojo arroyuelo, saltaba serpenteando hasta perderse en un montoncillo de basura que estaba en el rellano inferior.

Aquella sangre, que era la de los últimos republicanos, resultaba la imagen de un próximo porvenir.

La República, que tanto costaba a la Francia, siguiendo la tortuosa corriente de su destino, había de perderse en la basura de un Directorio primero y, después, en la de un Imperio, que sólo fué una locura gigantesca.

FIN

# LA MARSELLESA

Cuando Grecia veía en peligro su libertad y las proas de los navíos asiáticos rozaban las peñas de las helénicas costas espantando el enjambre de divinidades poéticas inventadas por la imaginación desbordada de un pueblo artista, la lira de marfil fué cambiada por una lira de hierro; sobre el dulce concierto de los amorosos poetas resonó la ruda voz de Tirteo, haciendo callar las otras voces, y toda la gran federación helénica, con el escudo cubriendo el pecho, la espada en la mano y la visera sobre los ojos, marchó al encuentro del enemigo, entonando el *pean*, el canto guerrero de un vate cojo y de menguada figura, pero que sentía arder en su interior el fuego de la patria y de la libertad.

Las repúblicas de Grecia se salvaron luchando fieramente a los sones de bélicos himnos que hacían morir con la sonrisa del entusiasmo en los labios. Muchos siglos después, la República francesa triunfa de toda la Europa coaligada, llevando como má-

gico talismán de la victoria *La Marsellesa* inmortal que convertía a los pilletes de París en héroes homéricos.

En la leyenda de la República, lo que más entusiasma, lo que más conmueve, es ver cuán íntimamente va ligada la aparición de aquélla en todos los pueblos con el arte más puro y sublime, con la música que conmueve el corazón, dulcifica las costumbres y presta al hombre nuevas fuerzas para sostener las luchas de la vida.

En las monarquías, en los Estados despóticos, el pueblo reza cosas que no entiende.

En las Repúblicas el pueblo canta, y su misma voz, sus apasionadas frases a la libertad hacen asomar a sus ojos lágrimas de enternecimiento.

Por los himnos populares puede conocerse el verdadero carácter de un pueblo y escribir toda su historia.

La Francia revolucionaria del pasado siglo, marcó las tres diversas fases de su sublime epopeya con los tres himnos que sucesivamente puso en moda.

A principios de la Revolución, cuando Luis XVI gobernaba a la sombra de una Constitución que sólo reconocía exteriormente, la *Carmañola* fué el canto revolucionario, atacando el pueblo en sus estrofas ligeras y semibufas las personas del rey y de su odiosa esposa María Antonieta. Fué aquel canto algo semejante al grito vengativo, al par que inocente,

del muchacho que se rebela contra el preceptor que le azota. Un conjunto de injurias y desvergüenzas que no encerraba ninguna idea.

Después vino *La Marsellesa,* himno sublime, inspiración divina, evocación poderosa que con sus sones hace nacer de las piedras guerreros de la República y los empuja a las fronteras para pelear y morir por la patria. Fué el rugido del esclavo que en la suprema convulsión de la furia rompe las cadenas y jura perecer si no puede vivir libre.

Y por último, surgió el *Ça irá,* salmodia infernal, melopea espeluznante; casi idéntica al rugido de la fiera, y en cuya sorda armonía se cree percibir el fino chirrido de la cuchilla de la guillotina al caer sobre el cuello de las víctimas. Grito de cruel satisfacción, de venganza ahita, que hiela la sangre en las venas y paraliza los latidos del corazón como en la catástrofe final de una tragedia.

Estos tres himnos sintetizan las tres diversas épocas de la gran Revolución. *La Carmañola* es el canto del pueblo que aún creía en el constitucionalismo, que respetaba a los reyes, aunque burlándose de ellos, y que consideraba como un Olimpo de dioses patrióticos la Asamblea Nacional reunida en Versalles.

*La Marsellesa* es el himno de *la victoria o la muerte*, el rugido que lanza Francia cuando, entusiasmada por aquel trueno elocuente que se llamaba Danton, corre en busca del suicidio o de la gloria, y el

*Ça irá* es el himno grato a la Convención, asamblea extraordinaria, fría, fatal y gigantesca como una tragedia de Esquilo y que sublime en su crueldad pasa sin transición a discutir un reglamento para los museos o una ley de instrucción pública, después de haber decretado el exterminio de unos cuantos centenares de *aristócratas*.

De estos tres himnos sólo ha quedado en pie el segundo, como siempre queda lo más notable y elevado. Los otros han desaparecido de la memoria de los pueblos.

El grandioso himno de Rouget de L'Isle ya no es patrimonio de Francia, ha tomado carta de naturaleza en todos los países donde la República tiene adoradores y ha dado la vuelta al mundo, como Lafayette profetizaba le ocurriría a la bandera tricolor.

Escuchando *La Marsellesa* un escalofrío de entusiasmo recorre los nervios y evócase en la imaginación el recuerdo de aquella gigantesca lucha por la República en 1793, cuando toda la Francia civil, sin zapatos, quebrantada por el hambre pero con el cerebro enloquecido por el entusiasmo, marchaba, fusil en mano, contra Europa entera, rogando al mismo tiempo—con una grandeza de alma enternecedora—a la divina libertad que perdonase a los soldados de los tiranos, los cuales, ignorantes y ciegos, se batían contra ella a pesar de ser hijos del pueblo.

Conmovido el ánimo por el sublime ritmo de *La*

*Marsellesa,* es como se comprende el prodigioso efecto que produjo en Francia y como se aprecia la exactitud del parte de aquel general republicano que decía a la Convención: *Nos batimos uno contra diez; pero "La Marsellesa" venía con nosotros y vencimos.*

La historia de este himno sin rival en el mundo es demasiado conocida para repetirla aquí.

Su autor fué Rouget de L'Isle, músico y poeta que a estas facultades reunía la de excelente soldado.

Cuando la patria estaba en peligro (en 1792) y una cruel carestía martirizaba a la hambrienta Francia, el patriota Dietrich, alcalde de Strasburgo, ofreció una noche al militar soñador la única botella de vino que tenía en casa a cambio de un himno que inflamase el entusiasmo de los soldados que iban a marchar a las fronteras.

Rouget pasó la noche llamando a la inspiración, luchando con lo desconocido, bregando por aprisionar en los hilos del pentágrama y en las sílabas poéticas aquellas vagas armonías que, indecisas como las neblinas del sueño, flotaban en su cerebro. El corazón compuso más que la mano; la obra fuê creada a saltos, formándose y adquiriendo cuerpo al mismo tiempo la música y la letra, y al fin, por las azuladas brumas del amanecer salieron revoloteando las primeras notas de *La Marsellesa,* que en su peregrinación por el mundo debían pasar por todas las naciones dejando tras sí una estela de fuego.

El soldado poeta tituló su himno *Canto del ejército del Rhin,* pero cuando los quinientos republicanos marselleses fueron desde la orilla del Mediterráneo a la ciudad del Sena para derribar la monarquía en la sangrienta jornada de 10 de agosto entonaron el himno, todavía desconocido, en su marcha por los caminos de Francia y esto bastó para que el pueblo, unánimemente, lo bautizase con el nombre de *Marsellesa*.

¡Pobre Rouget! Su obra no le produjo más que disgustos, triste suerte reservada a todos los autores de invenciones sublimes.

Su madre, vieja realista y fanática, a la que él amaba con delirio, escribíale con dura expresión desde el castillo donde vivía rodeada de una altiva pobreza: "¿Qué himno es ese que canta una horda de bandidos al atravesar Francia y al cual va unido nuestro nombre?"

Tras la ruda reprensión de la madre vino la ingratitud de la República con el artista que tantas victorias la proporcionaba, ingratitud que llegó hasta el sarcasmo.

Rouget, que era girondino, al caer este partido en la desgracia fué condenado a muerte y tuvo que huir por las montañas del Jura, departamento donde había nacido.

Cuando, ocultándose tras los gigantestos y calcinados peñascos, trepaba a las altas cumbres, aban-

donado de los hombres y confiando únicamente en Dios y en sus fuerzas, vió a lo lejos, en el fondo de un valle un grupo de hombres con fusiles y gorros rojos que marchaba en su persecución.

De pronto, una ráfaga de viento llevó hasta sus oídos un canto que le hizo palidecer, deteniendo su paso. Fijó más su atención y las notas de aquel himno, aunque debilitadas por la distancia, despertaron en su memoria el doloroso eco que produce una frase de ingratitud.

La República le perseguía cantando *La Marsellesa;* pero este sarcasmo, en vez de indignarle, sólo le hizo caer al suelo desfallecido, arrancando a sus ojos lágrimas de inconsolable tristeza.

Rouget sobrevivió a la Revolución, muriendo pobre y obscuro en la segunda década de nuestro siglo. Antes de morir escribió mucha música y no menos versos, pero su talento artístico en su incesante giro sólo una vez se puso en contacto con la divina inspiración y de este luminoso beso nació *La Marsellesa.*

Su nombre es inmortal, pues vive eternamente encerrado en las armonías de ese himno, que encontrará cantores mientras existan hombres en el mundo.

La Libertad, tiene su panteón donde moran las sombras de los grandes hombres que por ella trabajaron.

Allí, entre Danton y Hoche, la palabra y la espada

de la República, y frente al gran satírico Desmoulins, que fué la pluma de la Revolución, álzase la melancólica figura del autor de *La Marsellesa*; sobre su pecho descansa la férrea lira que heredó de Tirteo y de cuyas cuerdas brotaron armonías tan enérgicas y sublimes cual las arengas de la Convención o tan potentes y arrolladoras como las bayonetas de los soldados de la República.

# INDICE

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EL DÍA 10 DE DICIEMBRE DE 1928,
EN LA IMPRENTA ZOILA ASCASÍBAR.
MARTÍN DE LOS HEROS, 65.
TELÉFONO 31136.
MADRID.

# EDITORIAL COSMOPOLIS

## OBRAS PUBLICADAS

*Paul Morand*: Cerrado de noche............ Ptas. 5

— Lewis e Irene.................................... 5

— Nada más que la tierra......................... 5

— El Buda viviente.................................. 5

*Mauricio Dekobra*: Media noche... Plaza Pigalle. 5

— "Rata de cueva", ladrón........................ 5

— Hamydal el filósofo.............................. 5

*A. de Hoyos y Vinent*: Las playas de Citerea.... 5

— Cómo dejó Sol de ser honrada................ 5

*Eduardo Bourdet*: La prisionera.................. 5

*Arturo Conan Doyle*: El círculo mortal.......... 5

*Colette*: El fin de "Querido"...................... 5

*Rachilde*: El señor Venus.......................... 5

*E. Ramírez Angel*: Ella y él se buscan........... 4

*John Erskine*: La vida privada de Helena de Troya .................................................. 5

*Pedro Mata*: La celada de Alonso Quijano...... 5

*Alberto Insúa*: Hombres y mujeres que aman.... 5

*Eduardo Zamacois*: El guiñol del diablo.......... 5

*G. K. Chesterton*: El regreso de don Quijote..... 5

*Mauricio Bedel*: Jerónimo a 60° latitud norte (La Noruega amorosa) Premio Goncourt, 1928 .................................................. 5

*Anita Loos*: Los caballeros las prefieren rubias.. 5

— Pero se casan con las morenas ................. 5

| | |
|---|---|
| *V. Blasco Ibáñez*: ¡Por la Patria! | 5 |
| — El conde de Baselga | 5 |
| — El padre Claudio | 5 |
| — El señor Avellaneda | 5 |
| — El capitán Alvarez. (Dos tomos.) | 10 |
| — La señora de Quirós | 5 |
| — Ricardito Baselga | 5 |
| — Marujita Quirós | 5 |
| — Juventud a la sombra de la vejez | 5 |
| — En París | 5 |
| — El casamiento de María | 5 |
| — El conde Garci-Fernández | 5 |
| — Fantasías | 5 |
| — El adiós de Schubert | 5 |
| — En el cráter del volcán | 5 |
| — La hermosa liejesa | 5 |
| — La explosión | 5 |
| — Guerra sin cuartel | 5 |

# EL LIBRO DE TODOS

**Publicación mensual**

---

## NUMEROS PUBLICADOS

1.—*Anita Loos*: Los caballeros las prefieren rubias.
2.—*Pedro Mata*: El misterio de los ojos claros.
3.—*Vicente Blasco Ibáñez*: Mademoiselle Norma.
4.—*Alberto Insúa*: La virgen y la fiera.
5.—*Eduardo Zamacois*: La enferma.
6.—*Antonio de Hoyos y Vinent*: El monstruo.
7.—*Enrique Gómez Carrillo*: El evangelio del amor.
8.—*Pedro Mata*: Una ligereza.
9.—*Charlot*: Intimidades de su vida y su arte.
10.—*Alberto Insúa*: El secreto de Cristina.
11.—*Vicente Blasco Ibáñez*: El adiós de Schubert.
12.—*Pedro de Répide*: El maleficio de la U.
13.—*Mauricio Dekobra*: Las noches de Montmartre.
14.—*Eduardo Zamacois*: Sobre el abismo.
15.—*A. Conan Doyle*: La muerte del mundo.
16.—*Mauricio Dekobra*: Memorias de un ladrón.
17.—*Alberto Insúa*: Marte interrumpe el amor.
18.—*Vicente Blasco Ibáñez*: La misa de media noche.
19.—*Mauricio Dekobra*: Historia de un cínico.
20.—*Alberto Insúa*: La dama misteriosa.
21.—*Pedro Mata*: La celada de Alonso Quijano.

UNA PESETA EJEMPLAR



University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

LS.
B6445g

233752

Author Blasco Ibañez, Vicente

Title Guerra sin cuartel.

